



La tres Marias

Karen M. Vega

La
tre
María

A decorative graphic consisting of overlapping circles and a large, elegant flourish that resembles a stylized letter 'S' or a scroll. The circles are positioned behind the text, with one circle partially overlapping the word 'tre' and another overlapping 'María'. The flourish starts from the bottom right of the circles and curves upwards and to the left.

Karen M. Vega

Las tres Marías
© Karen Maiotto Vega
Primera edición: Septiembre 2017
Edición y corrección: Carolina Vivas
Diseño de portada: Julieth Ferrebus
SafeCreative: 1608098632197
karenvega.kvmv@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes está expresamente prohibido copiar, transcribir, almacenar, alterar o reproducir el contenido de esta obra sin permiso del autor.

A la memoria de mis abuelos; Vilma, Elia, Héctor y
Ricardo.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO FINAL](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[REDES SOCIALES](#)

Capítulo 1

La doctora, Alejandra Díaz, entró al gran salón de la Clínica del Oeste donde solía hacer sus terapias de grupo, en sus manos llevaba las fichas de sus tres nuevas pacientes; tres casos de los que ya había sido alertada y que no serían sencillos de resolver. Uno de sus colegas le planteó en más de una oportunidad tomar esos casos por separado y de manera individual, pero ella creía que era interesante hacerlas sociabilizar e intercambiar experiencias, así entenderían que por grave que fueran sus problemas no eran ellas las únicas que sufrían adversidades y peleaban día a día con enfermedades como: trastornos, problemas y pozos depresivos. Su meta era clara, estaba decidida a ayudarlas a sanar, a reencontrarse consigo mismas y a demostrarles que quien quiere, puede.

Al ver los rostros de las mujeres recordó cada línea leída sobre sus situaciones.

A la primera que reconoció — gracias a las fotos que encabezan las historias clínicas — fue a Magela; su rostro reflejaba angustia, soledad y resignación. Era hermosa, de cabello castaño y ojos avellana, sabía que jamás tuvo intentos de autoeliminación, pero en una época si solía cortarse las piernas y brazos.

La siguiente a la que visualizó fue a Oriana. Muy delgada, demacrada, con la mirada perdida; pero aun así una linda muchachita con imponentes ojos verdes.

Por último, Tamara, tenía sus piernas sobre la silla y las abrazaba; su largo cabello rojizo y ondeado cubría su rostro.

Sabía perfectamente qué las atormentaba, pues era su trabajo conocer a cada uno de sus pacientes para llegar a cada rincón de sus mentes, explorar y luego sacar a relucir todo lo bueno que en sus conciencias dormía, debía sacar todo ese potencial oculto que ella sabía tenían y erradicar de cada una los pensamientos negativos que solo les proporcionaban dolor, autocompasión, otras veces odio propio y hasta aborrecimiento a todo el entorno sin causa o motivo. Tomó asiento en su gran sillón de cuero blanco, cruzó sus piernas, acomodó sus anteojos y comenzó a hablar:

— Buenas tardes a todos. Hoy la vida nos da una oportunidad para sanar, para reconciliarnos con nosotros mismos, perdonar y pedir perdón; darnos cuenta de que nada es tan malo como parece y que depende de

nosotros y de nuestra actitud el cómo fluyan las cosas. Hoy se nos unen al grupo tres nuevas compañeras que necesitan de nosotros y de nuestro apoyo, sé que contaré con ustedes para brindarles las herramientas necesarias que las lleven a salir adelante, porque...

— ¡Quien quiere, puede! — dijeron todos al unísono para luego aplaudir. Era el lema del grupo.

— Bien, ¿cuál de las tres se presentará primero? — El más absoluto silencio reinó —. Okay, ya que ninguna se ofrece de manera voluntaria escogeré yo, Magela comienza tú, por favor.

La aludida se puso de pie estirando las mangas de un largo saco de hilo negro que llevaba puesto — a pesar de estar ya en primavera — su mirada se perdió en una pintura que colgaba en la pared y con voz apenas audible comenzó a hablar.

— Soy Magela Gutiérrez y tengo veinticinco años, trabajo con mi madre en su tienda de ropa y estoy casada hace tres.

— ¿Y por qué estás aquí Magela? — La muchacha agachó su cabeza con pena —. Nada de vergüenza, todos han llegado por la misma razón que tú, quieren salir adelante; la diferencia es el motivo. Cuéntanos, nadie te juzgará.

— Soy depresiva... mi mamá insistió en que necesitaba un tratamiento diferente a todos los demás.

— Está bien que lo reconozcas, que lo admitas, ¿y cuál es la razón de tu enfermedad? — El silencio volvió a inundar el lugar —, no te preocupes, ya habrá tiempo para hablar de ello — dijo con una sonrisa satisfecha por el comportamiento de su paciente —, Tamara, preséntate por favor. — La nombrada se levantó de su silla de mala manera.

— Me llamo Tamara Borges y estoy aquí obligada por mis padres, quienes parecen haber olvidado que tengo treinta y tres años y puedo decidir por mí misma a donde ir o no, pero no me queda más alternativa que seguir sus “consejos” ya que me tienen vigilada hasta cuando voy al baño. — Se veía la furia tanto en esas palabras como en la expresión de su mirada.

— Bien. Y cuéntanos, ¿por qué razón tus padres se comportan así respecto a ti? — Alejandra pretendía ver si ella era capaz de admitir sus problemas, así de sencillo, Tamara reveló su inconformidad respecto a la actitud de sus padres, pero no dijo lo que realmente le pasaba, Alejandra en el fondo sabía que eso aún no sucedería.

— Porque les encanta fastidiar. — Dicho esto tomó asiento en su lugar y no volvió a hablar.

— Oriana... — Se dirigió a la tercera chica sabiendo que insistir con

Tamara sería por el momento una pérdida de tiempo.

— Soy Oriana Montes de Oca, no creo que mi vida sea de su incumbencia y mucho menos voy a hablar de ella con este poco de desconocidos.

— Oriana, solo estamos aquí para ayudarte, para ayudarnos entre todos; ese el propósito del grupo. — Le explicó la doctora con su característica amabilidad.

— Me importa muy poco. Y para ser sincera, ya no soporto un segundo más aquí adentro. — Salió de allí como alma que llevaba el diablo sin decir nada más.

El impresionante jardín de la clínica logró calmar un poco su impotencia, aspiró la pureza del aire que allí circulaba, pero la rabia volvió cuando recordó que al día siguiente sería el cumpleaños de su mejor amiga y ella no estaría a su lado. Con cada paso que daba por el inmenso lugar odiaba más a sus padres, y no por el hecho de haberla encerrado allí bajo la excusa de que se preocupan por ella, sino porque sabía que no era así. Ellos solo pensaban en el que dirán sus amigos si se enteraban de que su hija — su única hija — era una enferma. Siempre había sido igual y al estar ella internada en ese sitio les aseguraba tener el control de la situación, sin tener que preocuparse de otra cosa que no fuera pagar la cuota del centro.

En el momento que decidió poner atención a su alrededor, quedó impactada. A pocos metros de donde se encontraba divisó algo que llamó su atención, sin poder evitarlo caminó hasta llegar a eso que la atrajo como un imán; sonrió por primera vez en semanas cuando estuvo frente a esa maravilla que sus ojos veían. Era un lago: pequeño, cristalino, hermoso, casi mágico. En su orilla había un gran tronco en el que se sentó y olvidó la existencia del tiempo, ese sitio le pareció maravilloso — como ningún otro que hubiera visto antes — ¿el motivo? le daba algo que su interior casi no conocía, paz. Una profunda e incomparable paz, no supo cuánto tiempo pasó hasta que decidió volver a lo que había bautizado como «jaula dorada»; la habitación que le asignaron en la residencia de la clínica. Al entrar, lo primero que se encontró fue a una Alejandra demasiado alterada.

— Oriana, ¿dónde se supone que estabas? ¡Estábamos muy preocupados por ti! — Le reclamó.

— Seguro — respondió con sarcasmo ante la declaración de la doctora.

— ¡Claro que sí, aunque no me creas aquí nos preocupamos por

nuestros pacientes mucho! no vuelvas a hacerlo...

— ¿No es suficiente con tener que soportarlos?, ¿ahora también nos quieren tener presos? — intervino Tamara —. La muchacha ya está aquí sana y salva, ya basta de dramas, ¿no?

— No es drama, Tamara, es preocupación — suspiró —, en media hora se sirve la cena, las esperamos ahí. — Dicho esto, Alejandra se marchó dejando a ambas chicas solas.

— ¿Oriana, verdad?

— Sí. — Le sonrió.

— Soy Tamara. — Se presentó extendiendo su mano.

— Lo sé — respondió al gesto —. Gracias por lo que le dijiste.

— No agradezcas, sé bien lo que es tener a alguien pisándote los talones y controlando cada movimiento. No es muy agradable.

— La verdad que no. — Estuvo de acuerdo —. No quiero ir a cenar.

— Tampoco yo. — Ambas rieron —. Las habitaciones son compartidas, ¿cuál te tocó?

— La catorce, ¿y a ti?

— La diecisiete, estamos frente a frente, me toca la compartirla con la otra muchacha que también entró hoy.

— Que bien — acotó Oriana sin mucho ánimo —. Tengo mucho sueño, si Alejandra pregunta dile que me dormí, ¿puedes?

— Por supuesto.

— Gracias, hasta mañana, Tamara.

— Hasta mañana.

Tamara vio a la chica entrar en su habitación, no pudo evitar pensar en lo bueno que sería poder comunicarse así de fácil con su hija — tenían más o menos la misma edad — pero claro que no era lo mismo, ella nunca logró tener con ella una buena relación; es más, ni siquiera podía llamarle “relación” a eso que tenían, a esas alturas ya estaba acostumbrada a ello. Entró a su cuarto encontrándose a su compañera hundida en un mar de lágrimas.

— ¿Qué te ocurre? — preguntó preocupada, Magela se veía mal.

— Nada, es solo... lo mismo de siempre.

— Te entiendo — decidió no indagar —. ¿Vamos a cenar?

— Sí, me lavo la cara y te alcanzo.

En el comedor no eran muchos ya que la mayoría de los pacientes que acudían a las terapias eran transitorios o externos, muy pocos habitaban en el lugar. Tomaron sus asientos y comenzaron todos a cenar, Alejandra notó la

ausencia de Oriana, pero no dijo nada ya que sabía que sería peor el remedio que la enfermedad, debía ir con cuidado con esa niña si pretendía sacarla del abismo donde estaba cayendo de manera tan precipitada, más sabiendo que su caso no dependía solo de su trabajo como psicóloga, sino también de otros especialistas.

El martes fue de recreación — ese día era destinado a ello — hacían juegos, jardinería, pintura y deportes. Oriana estaba de mejor ánimo ya que los deportes eran lo suyo, le sirvió un poco para distraerse y no pensar tanto en el cumpleaños de su amiga. Se encontraba lanzando una pelota al aro cuando Tamara fue con ella.

— Hola, Oriana.

— ¡Ey, Tamara! ¿Cómo estás?

— Bien, gracias. Mira, ella es Magela, mi compañera de cuarto.

— Es un gusto conocerte — extendió su mano.

— Lo mismo digo, Oriana. Es un placer.

— ¿Y cuál de las “grandiosas actividades” que nos ofrecen aquí realizaron ustedes? — Les preguntó exagerando la diversión de los entretenimientos.

— Yo estuve con las plantas — respondió Magela —. Me gustan mucho y disfruto pasar tiempo en el jardín.

— Yo fui a ayudar a la cocina, no es parte de todo este teatro, pero Alejandra no se opuso — explicó Tamara encogiéndose de hombros.

— Qué bien, chicas, yo solo hice deporte.

— Ya lo notamos, no fuiste a almorzar y anoche no cenaste, en la mañana solo te vi beber un jugo... te vas a enfermar. — Fue Magela quien habló.

— ¿Me vigilas? — preguntó la muchacha en tono molesto.

— No, no es eso, es solo que me pareció raro, disculpa — dijo apenada.

— Estoy bien, no pasa nada, mi organismo está acostumbrado a esto, ¿saben algo? — Cambió de tema rápidamente —, me caen bien ustedes. — Las tres rieron y se marcharon de allí.

El miércoles tuvieron una nueva sesión de terapia grupal, conocieron algunos de los motivos por los que otras personas estaban allí, pero la que más habló fue una chica llamada Sonia, ella había sido adicta a las drogas y llegó a robarles a sus padres para consumir. Ahí se dejó notar las diferentes formas de ser de las nuevas integrantes del grupo, ya que al oír los relatos de Sonia sus reacciones fueron sumamente distintas. Magela no pudo evitar llorar, Oriana solo observó y Tamara no prestó la más mínima atención.

El viernes llegó rápidamente y los fines de semana todos iban a sus hogares — salvo pocas excepciones — las tres muchachas se despidieron en la puerta del centro prometiendo verse el lunes por la mañana.

— Llegué — anunció Tamara entrando a la casa de sus padres.

— Hola hija, ¿qué tal tu semana? — saludó su madre.

— Una mierda, mamá.

— ¡No uses ese vocabulario, Tamara!

— ¿Y qué quieres que te diga?, ¿quieres que te mienta? está bien.

— Cambió su tono de enfado a sarcástico — . Fue genial mamá, pude saber de los problemas de veinte personas que no conozco, soportar que me traten como enferma dándome pastillas antes de dormir mientras controlaban que en realidad las tomara. También fue genial soportar las charlas baratas de auto superación que da la doctorcita esa; pero lo más divertido fue pasar toda la maldita semana encerrada allí.

— No seas así, Tamy, sabes que lo hacemos por tu bien y el de Mía, merece una mamá completa y sana.

— Mía no me necesita, ella estaría mucho mejor si yo no existiera.

— No digas eso, sabes que me parte el alma que hables así, todos te queremos mucho.

— Si realmente me quisieran, me hubieran dejado morir la última vez.

Capítulo 2

Ese sábado el llanto volvió a apoderarse de ella — era su único compañero en momentos como ese — Magela sabía que el llorar no solucionaba las cosas ¡Pero cómo ayudaba! sobre todo desde aquel día en que decidió ya no volver a herirse a sí misma.

Los fuertes relámpagos acompañaban la fresca noche y la tormenta que se avecinaba era reflejo de su interior tan revolucionado, huracanado, gris y lluvioso. Cada gota que caía sobre el cristal de la ventana equivalía a una nueva lágrima derramada que viajaba por su rostro, sentía su alma desmoronarse y el poco corazón que le quedaba dejaba de latir. Su existencia ya no tenía sentido sin él, pero era demasiado cobarde como para marcharse a su lado, aunque en algún momento la idea cruzó por su cabeza, pero llegado el momento no pudo hacerlo. De eso nadie se enteró y quedó en sus recuerdos de forma inevitable como algo más de lo que no fue capaz, porque después de todo, ¿qué sería un fracaso más en su larga lista de desdichas? era preferible cargar con ese recuerdo en silencio, no quería que todos lo supieran y comenzaran a atormentarla; ya suficiente tenía con las insistencias de que tratara su depresión como para además soportar que se agarraran de algo que ya no tenía importancia ni sentido solo para atosigarla, era bastante dócil, pero no disfrutaba para nada tener tanta gente alrededor jugando a ser niños de medio turno. Así fue como decidió que lo más sensato era dejar que la vida misma la consumiera, iría a las terapias y aparentaría querer luchar asumiendo su enfermedad, pero una cosa era reconocerlo y otra muy distinta querer vencerlo. Miles de veces pensó en la posibilidad de quedarse tirada en la cama, sumergida en su angustia, mas no se atrevía a hacerle eso a su mamá quien se desvivió por ella y su bienestar cuando su padre falleció en aquel asalto dejándolas solas , y tampoco a Bruno — su marido — ese compañero enviado por el mismísimo cielo para protegerla hasta de ella misma. Ellos merecían creer que sí quería salir a flote, así cuando el dolor la consumiera por completo estaría tranquila ya que habría hecho algo bien, los dejaría con la sensación de que ella lo intentó.

Sus antidepresivos iban a parar siempre al fondo de algún cesto de basura o en el baño para luego tirar la cadena, aunque en la clínica eso se le había complicado.

Oyó pasos dirigiéndose hacia la biblioteca y rápidamente limpió los rastros de esas lágrimas de hiel y fingió una sonrisa.

— Magela, ¿otra vez llorando, mi vida? — Su marido llegó junto a

ella y la abrazó — . No te haces una idea del dolor que me causa verte así, desmoronada, abatida. Daría mi vida entera porque tu rostro se iluminara con sonrisas sinceras y que no fueran simples máscaras para disfrazar tu dolor.

— Perdóname, mi amor, te prometo que pronto estaré bien. Quédate tranquilo, ¿sí? en esa clínica me ayudarán a superar todo y saldré adelante.

— La doctora le dijo a tu mamá que aceptaste hablar un poco, que asumiste que estás allí por tu cuadro depresivo pero que no participaste en las sesiones y que solo oíste; también que muchas veces te emocionaste al conocer las realidades por las que muchos han tenido que pasar, ¿por qué no hablaste? si no cuentas el motivo de tus problemas nadie podrá ayudarte.

— No te preocupes, Bruno. Es que no tenía la suficiente confianza con ellos todavía, pero ya el lunes cuando vuelva tomaré valor y hablaré de mi tema para poder recibir la ayuda que necesito... perdóname por darte más tristezas que felicidad, más angustia que alegrías, más llanto que sonrisas, no es esto lo que mereces, eres demasiado para mí.

— No vuelvas a decir eso, mi amor, yo te amé antes mientras sonreías, te amo ahora con tu tristeza y te amaré mi vida entera con todo lo bueno que vendrá, porque sé que así será, renacerás y yo estaré allí para tomarte de la mano y volver a la vida, para hacerte feliz por siempre como mereces. Y cuando seamos viejitos recordaremos que pudimos superar las adversidades de la vida juntos, nunca te dejaré sola, mi vida.

Sus lágrimas se tornaron dolorosas y culpables por todo lo vivido, por ilusionar a aquel maravilloso hombre cuando la única realidad era que ya se había rendido.

— ¡Oriana, abre esa maldita puerta de una vez! — gritaba Nancy — su madre — mientras golpeaba con fuerza. Esa niña la sacaba de sus casillas, ¿cómo era posible que siendo educada en los mejores colegios y con todas las comodidades, viajes, lujos y una vida perfecta, ella tuviera ese tipo de comportamiento? para esa mujer sin corazón el único propósito de su hija era hacerle la vida imposible y llamar la atención, sabía Dios con qué fin. Es que era imposible que fuera... una enferma, eso no era una posibilidad — , ¡Si no abres ahora mismo llamo a José para que la tire abajo! — Una Oriana despeinada, ojerosa y aún en pijama abrió dando paso al demonio de su madre —. ¿Qué hacías?, ¿con quién estás?

— Solo escuchaba música, estaba alta y no te había oído — contestó de mala gana tirándose nuevamente sobre la cama.

— Levántate y arréglate que vienen invitados a almorzar. — Habló con dureza como de costumbre y abrió con violencia las cortinas.

— Es domingo, mamá, déjame descansar antes de volver a la cárcel a donde tú y mi padre decidieron mandarme.

— No hables así conmigo, sabes que lo hacemos por tu bien, para poder curar tu enfermedad y sobre todo quitarte ese capricho absurdo de vomitar lo que comes.

— ¿Te das cuenta lo que dices? hablas de mi enfermedad como un capricho y de mis decisiones como una enfermedad. Lo que te sobra de elegante te falta de cerebro. — La bofetada que recibió fue fuerte, pero no dolió ni la mitad de lo que lastimaban las palabras y el desprecio que salía de la boca de su madre. Sabía que no la aceptaba, pero jamás creyó que llegaría al punto de tratarla así.

— ¡A mí me respetas! ¡Soy tu madre!

— ¿Respeto?, ¿me exiges respeto?, ¿y a mí quién me respeta? tengo diecinueve años y me tratas como si tuviera catorce solo por miedo al qué dirán de la gente. ¡Sientes terror de que las personas descubran de que tienes una hija anoréxica!

— No digas esa palabra, Oriana...

— ¿Anoréxica? pero si es lo que soy, mamá. Esa es la enfermedad que padezco. Tu hija, la que pretendías que fuera perfecta, la que querías hacer a tu imagen y semejanza, con la que soñabas que siguiera tus pasos, no existe. En cambio tienes una hija que te necesita para superar sus traumas y sus miedos y tú en lugar de apoyarla y acompañarla la dejas en manos de desconocidos y reniegas de sus problemas.

«Yo ya he aceptado mi problema y pondré todo de mi parte para curarme, sin embargo no cuento contigo para hacerlo. Pensó.

— Las cosas no son así. Deseo lo mejor para ti, yo te quiero, hija.

— Lo disimulas muy bien.

— Vamos, Oriana. Tus abuelos vienen a verte, no les hagas ese desaire; tomaron un avión desde Francia, viajaron horas solo para estar contigo porque están preocupados por ti.

— Avísame cuando estén aquí y tal vez baje. — Dicho eso volvió a meterse entre sus sabanas y Nancy salió de allí indignada, ¿cómo se atrevía a hablarle así? ya tenía más que claro que no era la hija con la que siempre soñó, pero a su modo le tenía cierto cariño.

— ¿Y Oriana? — preguntó su marido al verla entrar al gran salón.

— No quiso bajar, dice que le avisemos cuando mis padres lleguen. Volvimos a discutir por lo mismo, ¿y sabes qué? ya me cansé, si ella piensa que no me preocupa no tiene sentido que siga.

— ¿De qué hablas, Nancy? — Su voz sonó sin emoción alguna. La

realidad era que todo le daba lo mismo mientras que su hija estuviera controlada y su mujer conforme.

— De que voy a ir con mis amigas a ese viaje que he estado postergando, llamaré a Margarita López Paz, a Bernarda Capdevilla y a Rebeca Iturbe para irnos juntas al crucero, hace mucho que lo tenemos pendiente.

— Estoy de acuerdo, al fin y al cabo nuestra hija está en buenas manos, estando en la clínica no podrá hacer de las suyas. El miércoles me voy por unos negocios a Japón y tampoco estaré, pienso que durante los fines de semana podemos dar la orden para que José la vaya a buscar y que no la dejen salir de la casa; o que se quede en la clínica bajo los cuidados de la gente que allí trabaja

— Ambas ideas son buenas, Eduardo. Ya veremos cuál es la más conveniente para esa niña caprichosa.

El lunes amaneció celeste y soleado y sin el menor rastro de las lluvias que el fin de semana habían caído con fuerza, el centro las recibió tranquilo y pulcro, solo quedaban siete personas internas — incluidas ellas — en el salón donde transcurrían las sesiones todos esperaban a la doctora Alejandra para comenzar ya que un llamado la tenía retrasada.

— Hola, Oriana. — Tamara se acercó a ella —. ¿Qué tal tu fin de semana?

— Un asco como siempre. Volví a discutir con mi madre, me obligaron a almorzar “en familia”, no me permitieron verme con mis amigos y para rematar mis padres se van de viaje y me dejarán vigilada por extraños. ¡Estoy harta de esto! para algunas cosas me tratan como niña, pero cuando los necesito se comportan como unos miserables y me abandonan a mi suerte, porque eso es lo que hacen, abandonar. — Respiró profundo para tratar de calmarse, después de todo no le servía de nada seguir así de nerviosa puesto que sus padres ya todo lo habían decidido y no lograría nada con alterarse — . ¿Y el tuyo?

— De mal en peor. Comencé discutiendo con mi madre el mismo viernes, para el domingo al mediodía ya no había quien soportara la tensión, el aire podía cortarse con un cuchillo, te lo juro. Mi padre no dice nada para que ninguna de nosotras sienta que está del lado de la otra, así que se limita a pedirnos que hagamos las paces. ¡Como si fuera tan fácil, igual estuvo de acuerdo con traerme a este lugar horrendo más parecido a una prisión que a una clínica! pero en fin, no me queda de otra que aguantar. Al menos si estoy

aquí un par de semanas no podrán decirme que no lo intenté, sobre todo Mía.

—¿Quién es Mía? —preguntó Tamara

— Buenos días a todos... — interrumpió Alejandra — . Somos pocos y eso me hace feliz porque significa que estamos haciendo un buen trabajo, ya muchos están en sus hogares disfrutando de sus familias y amigos. Ellos no están recuperando el tiempo perdido porque el tiempo pasado es eso, pasado, no puede recuperarse por el simple hecho de que no se puede volver atrás. Pero si pueden crear nuevos tiempos, tiempos de sosiego, de sonrisas, de optimismo, de buenas compañías... y sobre todo tiempos de reflexión. Sanar nuestra mente se trata justo de eso, de pensar mucho las cosas y asumir que cada daño que nos producimos al deprimirnos, al herirnos, al menospreciarnos creyendonos poca cosa solo nos deja en una zona de terrible autocompasión, nos destruye. No hay nada peor que dejarse vencer porque significa que elegimos el camino fácil, que fuimos tan débiles que antepusimos nuestros tormentos a todo lo bello que la vida nos puede ofrecer. Hay cosas que nos deprimen y nos parece que todo termina allí, pero son solo pruebas que nos hacen más fuertes y forman nuestro carácter. Estoy muy orgullosa de sus compañeros que pudieron derribar los obstáculos que les impedía ser felices, también lo estoy de ustedes porque que estén aquí significa que están dispuestos a ello también. Y como siempre decimos...

— ¡Quien quiere, puede! — Se oyó en respuesta.

— Excelente. — Sonrió —. ¿Quién desea comenzar hoy? tal vez tú, Magela, ¿qué dices?

No se sentía preparada para hablar de él, no en frente de todos, aún no se sentía lista para eso, pero al menos intentaría contar algo de su vida, de su enfermedad y así calmar un poco la preocupación de Bruno y la de su mamá; ya que el sábado durante la cena le expresó su preocupación por la falta de participación en las sesiones. Es que parece no entender que no resulta nada sencillo contarle a extraños, por más compañeros de terapia que sean, tus miedos y secretos más profundos.

En su cabeza lo comparaba con el sexo, no es nada cómodo dejarte ver desnuda por un desconocido, al principio de la relación te entregas a oscuras y no dejas que el otro te vea por más que el acto en sí es de lo más íntimo. Esto lo sentía casi igual, contar sus problemas es desnudar tu alma, entonces lo que haría sería similar a lo anterior, compartiría en el acto algo íntimo mas no dejaría que la observaran por completo.

— Como les dije hace varios días, sufro de depresión. Nunca intenté suicidarme, pero a veces siento que el encerrarme en mí misma y permitir que la angustia se apodere de mí, igual es una forma de hacerlo. Creo que sin

necesidad de tomar un montón de pastillas, cortarse las venas o meterse en una tina con agua para ahogarse, dejarse llevar por la depresión también es una forma de suicidio. — Alejandra la observaba atónita por cada palabra dicha. Por primera vez, Oriana y Tamara prestaron atención a algo que no fueran los hermosos ojos de Nicolás — el psicólogo y ayudante de la doctora Díaz — que tomaba apuntes en las terapias.

Luego de ese comienzo el resto fue sencillo, dejarse llevar por sus emociones sin ahondar en detalles. De algo le sirvió a Magela lo que llegó a estudiar en la facultad cuando había decidido ser psicóloga, pero a esas alturas ese era otro sueño frustrado.

Capítulo 3

Un mes pasó desde esa increíble sesión donde Magela sorprendió con sus reflexiones y algunas experiencias personales. Se hizo hábito que cada lunes, luego de que Alejandra abriera la charla, ella dijera algunas palabras que dejaba a todos pensando sobre las decisiones que querían tomar para sus vidas.

En ese tiempo cuatro integrantes del grupo fueron dados de alta y otros tres ingresaron, por lo que con la implementación de Magela todo era más dinámico y llevadero. Su interior no cambió nada en ese tiempo, seguía creyendo que dejarse consumir era su mejor opción, aunque despertaba en los demás interés por seguir adelante aparentando ser ella misma un ejemplo de lucha y pelea contra los altibajos que la depresión conlleva.

Su madre y Bruno estaban más tranquilos y la dejaban ser un poco más libre, aunque siempre estaban pendiente de ella. Hasta llegaron a insistirle en volver a la facultad para retomar su carrera aprovechando la experiencia que estaba viviendo junto a Alejandra, pero se negó alegando no sentirse lista para ello, la realidad era únicamente que no le hallaba sentido alguno comenzar con algo que sabía no acabaría. Aunque debía admitir que hablar y dar consejos la hacían sentir feliz y completa aunque fuera por un rato. En algún momento vio un halo de luz entre tanta oscuridad y por algunos minutos creyó poder salir adelante, intentar ser feliz, pero los recuerdos volvían a atacarla golpeando con fiereza cada fibra de su destruido ser, dejándola nuevamente marchita, muerta en vida, hundida. Y era en ese momento donde retomaba su decisión inicial.

Una tarde cualquiera se encontraba comiendo una manzana, sentada bajo un árbol de grandes raíces en la parte delantera de la clínica, como el lugar estaba bastante apartado de la ciudad nadie pasaba por allí dándole un poco de privacidad. De un momento a otro, Tamara y Oriana se acercaron a ella, Magela las recibió con su cálida sonrisa dándoles a entender que eran bienvenidas; se sentaron junto a ella.

— Oye, Magela... — Le habló Oriana —. ¿Cómo se siente poder ayudar a otros? digo, te lo pregunto a ti porque hacerlo con la doctora Alejandra no tendría sentido, ella es una profesional y estudió para eso; también está el hecho que por más buena persona que sea y por más que se preocupe, es su trabajo. Le pagan por sacar a una bola de enfermos y depresivos del “pozo” donde nos encontramos. Pero tú... tú eres una persona común, una más de nosotros aquí dentro y lo haces sin ningún interés de por

medio. Además todos te respetan y te admiran.

— Ay, pues mira... se siente muy bien, es gratificante saber que entre tanto miedo y tantas inseguridades se puede encontrar la manera de apoyar a otros y aportar un granito de arena para incentivarlos a salir adelante. — Y así lo sentía verdaderamente — , y no creo que me respeten y muchos menos que me admiren, solamente les caigo bien. —Culminó dándole otra mordida a su jugosa manzana.

— Lo que Oriana quiere decir es que... que... ¡Ay! ¿Cómo podemos decírselo?

— A ver, chicas, me están asustando, ¿qué ocurre? — Ambas se miraron dándose ánimos para hablar hasta que al fin Oriana lo hizo.

— Tamara y yo queremos hacer nuestras sesiones contigo.

— ¿Qué? chicas les agradezco la confianza y créanme que me siento muy halagada, pero yo no soy doctora ni psicóloga y tampoco es como que lleve adelante las charlas, simplemente doy algunos puntos de vista y opiniones. No creo poder ser de mucha ayuda con problemas reales, con situaciones concretas y tan complejas como de seguro son las tuyas, ¿en qué podría ayudarlas hablar con una depresiva? más que evolucionar retrocederían, eso no es algo que avale yo y mucho menos Alejandra.

— Es que mira, nosotras no hemos hablado de nuestras cosas en ninguna de las sesiones, hace más de un mes que estamos aquí y si no hacemos algo pronto nos tendrán encerradas hasta que *Don Ramón* pague la renta. — Magela rio ante su cometario — . Tú nos inspiras confianza, nos llevamos bien y sabemos que si hablamos contigo nos sentiremos mucho mejor.

— Oriana tiene razón. ¡Ayudamos, por favor!

— Pero es que...

— Porfa... di que sí.

Magela las observó detenidamente, sus rostros reflejaban ansiedad, esperanza, súplica y desesperación. Pensó la situación, ¿qué podía hacer ella para ayudarlas si no podía consigo misma?, ¿cómo ayudarlas a valorar sus vidas si no amaba la suya? pero algo en su interior le impedía decirles que no, no sabía el porqué, pero no era capaz de negarse, solo que les propondría un arreglo para así asegurarse de que al menos ellas pudieran darle a su existir una nueva oportunidad.

— Está bien, las ayudaré. — Ambas mujeres se abalanzaron sobre ella para abrazarla — , esperen ¡Me dejan sin aire! — Exclamó entre risas.

— Perdón. — Se disculpó Tamara — . Fue la emoción.

— Okay, pero antes de que sigan celebrando les diré que hay una

condición para esto...

— Lo que quieras, dinos. — Magela jamás había visto a esa chica tan sonriente, a kilómetros se notaba la falta de cariño y atención que sufría, Oriana era esa mezcla entre dulzura y carácter fuerte, eso la hacía especial.

— Hablaremos de todo lo que quieran sin presiones, sin obligarnos a nada y... será a modo de práctica. Le pediremos permiso a Alejandra para hacerlo y después ustedes deberán participar en las charlas de grupo, aunque no quieran contarle todo, por más que sólo sea una parte de su vida lo que cuenten deben prometer que lo harán, sino no hay trato — dijo alzando ambas cejas en señal de advertencia, las dos muchachas se miraron y con un asentimiento de cabeza entre ellas estuvieron de acuerdo.

— Aceptamos — respondió Tamara por las dos.

— ¿Cómo es eso, Alejandra? no acabo de comprender.

— A ver... Tamara y Oriana quieren hacer sus sesiones de terapia con Magela porque les inspira confianza, la ven como una especie de amiga confiable, no como una extraña que pretende meterse en sus vidas y que quiere decirles qué deben hacer.

— Pero Magela no es médico, consejera, ni nada remotamente parecido. Solo dice palabras bonitas para que los demás se sientan bien. Y permíteme decirte que esa muchacha es el típico caso de «haz lo que yo digo y no lo que yo hago.» Porque muy lindo su discurso sobre aprender a aceptarse, el permitir o no que la depresión te consuma y bla, bla, bla, pero ella no hace el más mínimo esfuerzo por salir de su propio pozo, Ale, esa mujer no ha contado jamás uno de sus problemas, ¿cómo podrá ayudar a las otras dos?

— ¡Justamente por eso, Nicolás! Magela vino hasta aquí a contarme el trato que hicieron, ellas hablarán, se contarán sus cosas, se apoyarán y hasta aconsejarán, pero a cambio, Oriana y Tamara deberán comenzar a participar en las sesiones y yo le pediré lo mismo a ella. Además creo que puede ser interesante ver como tres mujeres totalmente distintas se relacionan entre sí en estos casos, ver como esto afecta en sus sesiones psicológicas particulares, ninguna de las tres han sido las pacientes ideales ni las que te ayudan a ayudarlas, ¿quién sabe y eso funciona para que empiezan a querer curarse? para que realmente quieran sanarse.

— Eres demasiado optimista, mujer.

— No, tan solo creo que hay que darles una oportunidad. Estamos aquí para ayudar y si esta es la forma pues... ¡Bienvenida sea! necesito de tu

aprobación para hacerlo, fue la única condición que el director me puso, tú eres mi compañero en esto, son pacientes de ambos; aunque sea yo la que les habla ambos armamos las sesiones, ¿qué dices?, ¿lo intentamos?

— Está bien — le respondió su compañero luego de meditarlo varios segundos — . Tú tienes más experiencia que yo y con probar no perdemos nada. Cuenta conmigo.

— Gracias, muchas gracias, ya verás que va a salir bien.

— ¿De verdad, Alejandra? — Ésta asintió sonriente —. ¡Gracias, prometo que no te fallaremos!

— Confío en ti, Magela. En que las convencerás para que se desenvuelvan en las terapias, que participen, y sobre todo para que se dejen ayudar por mí, por mis colegas y los profesionales que se consideremos necesarios.

— Esto les servirá, estoy segura porque fueron ellas mismas quienes lo propusieron y aceptaron mis condiciones cuando se las planteé.

—¿Y tú, Magela?, ¿cuándo serás capaz de dejarte ayudar?, ¿cuándo contarás las verdaderas razones de tu sufrimiento, de tus llantos cuando nadie te ve, de tus crisis de depresión?

— Tú sabes el porqué de mis estados. Mi madre y mi esposo se encargaron de contártelo todo antes de ingresarme — expresó casi con reproche.

— Lo sé, pero sería bueno que tú también lo hablaras, que te dejaras ayudar. Hablar de nuestros problemas y de nuestros miedos es una buena manera de enfrentarlos. Sé que es difícil, sé que hablar de lo que nos atormenta hace que nuestros fantasmas parezcan más reales y que eso es lo que asusta, pero lo cierto es que callar no hace que desaparezcan sino todo lo contrario, consume nuestro ser de forma lenta, nos vuelve personas débiles y hasta tóxicas, ya que aunque no sea nuestra intención hacerlo también enfermamos a quienes nos rodean.

— Te prometo que intentaré unirme yo también, pero por ahora, ellas son prioridad ya que no tienes mucho material con que ayudarlas.

— Eres un sol, siempre pensando en los demás, solo no te olvides de ti misma y te tomo la palabra.

Luego de esa charla con Alejandra y después de establecer algunas pautas para el primer encuentro, las tres mujeres se encontraron en el jardín. Oriana les comentó que había un mejor lugar para hablar, Tamara y Magela se dejaron guiar por la joven pasando por un lugar desconocido para ambas, era

evidente que ya no estaban dentro del territorio de la clínica y poco les importó. Era tan pacífico, mágico, sanador... sentían que el aire que allí circulaba era otro, diferente, casi irreal; como si no existieran los problemas. Más tarde le preguntarían como llegó a dar con ese sitio.

El río era fuente de tranquilidad, de sosiego, de armonía, de todo eso que en sus vidas faltaba. Ese sería para siempre el lugar preferido en el mundo para estas tres mujeres, que a pesar de sus diferencias eran su propio reflejo. Y sin sospecharlo, ese día comenzaría un capítulo en sus vidas que cambiaría todo para siempre.

Capítulo 4

Para ese momento ya no eran un simple trío de conocidas y se habían convertido en confidentes, cada una de ellas era muy consciente de que las otras dos la conocían aún más que a sí mismas. Por más que no todo fue revelado lo que allí se habló fue suficiente para un inicio exitoso de lo que sea que fuera eso.

Después de más de dos horas de charla y unas cuantas lágrimas, retornaron a paso lento y pesado al encuentro de sus compañeros y el personal que cumplía turno, Alejandra no estaría de regreso hasta la mañana siguiente aunque eso no era algo que las alarmara.

Cenaron en un profundo silencio, el resto parloteaba de cosas sin sentido, ellas solo observaban.

Un rato después cuando ya descansaban en sus respectivas camas, sus mentes comenzaron a viajar de forma inevitable hacia esa tarde tan peculiar que pasaron, por primera vez en mucho tiempo fueron sinceras, reales y humanas. Ahí dejaron después de días, meses y hasta años de lucha, sentimientos expuestos en un buen porcentaje ante los atentos ojos de alguien más.

— Lo hago desde los dieciséis años. — Confesó Oriana — . Todo empezó cuando un chico con el que salía y del que estaba enamorada como una loca me dejó por Luisa — su peor enemiga — ella y yo éramos de bandos diferentes, Luisa era la típica chica popular con quien todos los chicos sueñan, por la que todos suspiraban, rodeada de amiguitas igual de superficiales que ella, siempre egoísta, altanera, le gustaba humillar y disfrutaba pisotear a los más débiles. De ahí nuestra rivalidad ya que yo defendía a los que ella atacaba, la acusaba con los profesores y varias veces nos agarramos de los pelos fuera de clases. Un día que parecía ser normal fui al parque del colegio a buscar a mi mejor amiga ya que no la encontraba, cuando llegué a la parte trasera vi algo que me partió el alma en dos, el chico que me gustaba — su novio que se suponía la amaba — estaba besándose con mi peor enemiga de una manera voraz como si su vida dependiera de ello, recorría con sus manos los muslos de ella por debajo de la falda mientras Luisa a horcajadas le tiraba el pelo de su nuca sin ninguna suavidad. — Recordarlo era como volver a vivirlo — . Todo era un claro indicio de confianza, ese no era su primer beso, su posición y sus movimientos dejaban en claro que habían hecho más que solo besarse. Invasión por la furia y la desesperación me acerqué a ellos y comencé a reclamarles, ellos solo se

burlaron, se rieron de mí, de mi llanto, de mi dolor... « *¿De verdad creíste que podía enamorarme de ti? ¡Mírate, eres una mediocre, siempre lloriqueando por los demás o deprimida porque tus papis no te hacen caso! ¿Qué esperabas de mí si ni ellos te quieren?, ¿y sabes por qué? porque eres gorda, una gorda cerda, rechoncha, una ballena, una vaca preñada, gorda como un mamut ¡Gooooorrrdaaa, nadie nunca se fijará en ti!* ». Esas... esas fueron sus palabras, cada cosa que me decía era un puñal en el corazón, y no era solo por lo que decía sino porque sus palabras destilaban asco, repugnancia, desprecio.

» Luego de eso todos comenzaron a llamarme «*la vaquita Oriana*», «*gordinflona*», «*orca*», «*sebosa*» y de mil maneras más. Les pedí a mis padres que me cambiaran de colegio, pero no me hicieron caso.

Ya no asistía a fiestas, cumpleaños, ningún evento social, con todo me sentía gordísima. Me dijeron tantas veces que lo era que terminé por creerlo. Empecé a comer menos y cuando lo hacía me provocaba el vómito para eliminar las grasas o al menos eso creía yo, luego de unos meses comencé con el ejercicio como loca, tomé purgantes y pasé días sin comer, varias veces me desmayé por eso y los médicos decían que estaba mal alimentada y dejaban dietas para mí; claro que nos las cumplí. Mis padres no se enteraban de nada y la gente que trabaja en la casa no pudo obligarme a cumplir las indicaciones. Hace unos seis meses la cosa empeoró, comencé a vomitar sangre y ahí sí me asusté, me di cuenta de que eso no estaba bien. Traté de empezar una vida normal por mi cuenta y no pude, mi organismo está dañado ya, tomaba agua y no la asimilaba, vomitaba sin provocármelo. Así que, ya por completo aterrada busqué a mi mamá para pedir ayuda, cuando le dieron mi diagnóstico y le dijeron los riesgos creí que me ayudaría, realmente se veía conmovida, pero cuando estuvimos en casa solo fue capaz de decirme que eran caprichos para llamar la atención. Ya no tenía fuerzas para discutir y me dejó sola, como siempre. Unos días antes de internarme aquí, ella supo algo más acerca de mí, no importa qué, ella me golpeó e insultó y aquí terminé. Desde entonces solo la he visto dos veces y ha sido un infierno, hace tres semanas se fue de viaje a un crucero con sus “amigas” ¡Increíble! a mí me dejó a cargo de sus empleados de confianza, José y Rita.

— ¿Y tú papá? — Al fin preguntó Magela entre lágrimas, muy conmovida por el relato de la jovencita.

— A él le importa poco si estoy internada aquí mientras que sus amigos crean que estoy de vacaciones en Europa y no en un manicomio o en prisión por robar — confesó con una amarga sonrisa.

Oriana reconocía que le había hecho muy bien hablar, contarles a esas mujeres parte del infierno que le había tocado vivir era sanador, por alguna

extraña razón le agradaba. Al día siguiente pediría que la cambiaran de habitación para así dormir con ellas, ya no quería estar sola, su compañera de cuarto era una chica bastante simpática, pero no tenían nada de comunicación.

Se entregó a los brazos de *Morfeo*, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que no estaba sola en el mundo.

— Para ser sincera yo no soy de hablar, suelo guardarme las cosas, aguantar mis angustias sola, no me gusta que... que sientan lástima o compasión por mí. Pero bueno, esto es diferente, estoy aquí obligada por mis padres aunque la principal ideóloga de esto es mi madre. Y la mayor, aunque no la única razón para estar internada aquí es la relación que tengo con mi hija.

Luego de un largo silencio, Magela habló al darse cuenta que si no le preguntaba no diría nada por si sola.

— ¿Tienes una mala relación con tu hija?

— Si tuviera una mala relación con ella sería todo más sencillo.
— Suspiró — . No tengo relación con ella, Mía es producto de una mala experiencia, yo no quería tenerla, pero mis padres no me permitieron abortar ni darla en adopción. Verla crecer fue como ver también crecer mi rabia, mi ira, mi dolor... en el fondo sé que no es su culpa que yo haya hecho todo mal, pero no puedo evitar pensar que me arruinó la vida. Ella cuando era niña lloraba pidiéndome que la abrazara, que le contara un cuento o que jugara con ella, nunca pude. Cuando cumplió once años dejó de llamarme mamá y lejos de afectarme me hizo sentir un enorme alivio. Mi madre me internó aquí porque según ella debo reencontrarme conmigo, perdonarme y empezar a quererme para después poder querer a alguien más, ¿ilógico, no? que ese alguien sea mi propia hija y que no sé amarla por sobre todas las cosas.

— Tamara, entiendo lo que dices y que todo es a raíz de la mala relación con el padre de Mía, pero, ¿eso es razón suficiente para no quererla?, ¿tanto te hizo sufrir ese hombre?

— Pues sí, Oriana, me hizo sufrir mucho y no quería más nada de él, pero el destino me jugó una mala pasada.

— ¿En qué tanto piensas, Tamy? — Ésta se sobresaltó.

— Nada, solo... pensaba en nuestra charla de hoy, me hizo muy bien hablar con ustedes. Como les dije, no soy de hablar de mis cosas, pero contigo y con la chiqui me siento bien y no invadida como otras tantas veces me ha pasado.

— Me alegra mucho saberlo, pero no olvides el trato, tendrán que comenzar a hablar en las sesiones.

— Claro, espero poder hacerlo.

— Sí podrás, estoy segura. Y pronto las tres saldremos de aquí y este lugar pasará a ser solo un recuerdo más.

— ¡Eres un sol, Magela!

— No, no lo soy, el único sol aquí es Alejandra por permitirnos estas charlas tan poco convencionales y fuera de todo plan y régimen psicológico.

— Lo sé, lo sé, pero si tú no hubieras aceptado...

— Ya no importa, lo único importante ahora es salir adelante.

— De acuerdo. Oye, ¿tú no nos contaste por qué motivo estás aquí? ¡Eso es trampa! — Ambas rieron ante el fingido enojo de Tamara.

— Ya se los contaré. Ahora a dormir porque si no mañana nadie nos podrá poner en pie.

Pasaron los días y el viernes llegó. Cada una volvió a su realidad, solo que ahora tenían una razón por la cual querer volver el lunes siguiente: ver a sus nuevas amigas. Oriana pidió que la cambiaran de habitación después de que las chicas se mostraron encantadas con la idea, Alejandra les dio autorización y se veía satisfecha por los buenos resultados de aquella primera, y por el momento, única charla. Ya el lunes, Tamara hablaría y sabrían qué decidía la doctora sobre seguir o no, si la respuesta era negativa al menos las tres habían hecho buena mancuerna y no se sentirían tan mal ni solas.

— Magela, amor, ¿qué te pasa? — Bruno trataba de consolarla mientras lloraba de manera incontrolable — . Mi vida, si no me dices que te ocurre no puedo ayudarte.

— Es... es que... no... no... — El llanto volvía.

— Quédate aquí, te traeré un vaso con agua. — Al llegar a la cocina se encontró con su suegra que llegaba de hacer las compras.

— ¿Y esa cara, hijo?, ¿qué ocurre?

— Magela tiene una crisis — respondió desesperado masajeando su sien.

— ¿Pero, por qué? si llegó tan bien...

— No lo sé, no me lo ha dicho. Voy a llevarle un vaso con agua y azúcar, usted llame al doctor, por favor.

— Claro que sí, hijo. — Y fue lo que hizo con los ojos llenos de lágrimas. Ver a su hija — a su única hija — en ese estado y sufriendo tanto era algo que le consumía el alma.

Más de quince horas pasaron hasta que Magela despertó.

— ¿Bruno?

— Aquí estoy, mi vida, ¿cómo te sientes?

— Como si hubiera dormido una eternidad.

— Bueno, dormiste más de quince horas.

— ¿Qué?, ¿cómo?, ¿qué hora es?

— Son las seis de la mañana. Entraste en crisis y el médico tuvo que aplicarte un sedante.

— Sí, ya recuerdo, ¿y tú no has dormido?

— Sí, dormí algo. No te preocupes, estoy bien, pero tú no, ¿quieres contarme que fue lo que te puso así?

— Cuando venía a la casa pasé por la confitería a comprar unos alfajores que se me antojaron cuando los vi en exhibición, entre a pedirlos y... y vi a una muchacha. — Las lágrimas escaparon de sus ojos aunque por efecto del sedante estaba tranquila — . Iba con su marido a retirar el pastel de cumpleaños para su hijo, cumple un añito y no pude evitar pensar... que nuestro Nachito no llegó a cumplir su primer añito, no tuvo ninguna fiesta. Ni de cumpleaños, ni de bautismo, nada. Y todo por mi culpa.

— ¿Cuántas veces lo hablamos ya? ¡No fue tu culpa! — Ambos lloraron abrazados y perdidos en el recuerdo de la sonrisa de su pequeño hijo — . Pasó y ya, estabas con él, pero si hubiera estado yo o tu mamá tampoco habiéramos podido evitarlo, lo sabes.

— Eso no es consuelo.

— No, no lo es, es una razón para que no te culpes. ¿Crees que Nacho está tranquilo allí arriba viendo que su mamá sufre y se echa la culpa de algo que no le corresponde?

— Pero no lo puedo evitar...

— Mírame, Magela. — Ella así lo hizo, él le diría por enésima vez lo mismo — . Nacho está feliz en un lugar mucho mejor que este, él está con otros angelitos bailando y cantando en el paraíso. Claro que no lo olvidaremos, claro que lo vamos a extrañar y a necesitar siempre, pero dejemos que su alma sea feliz allí, la única manera de lograrlo es recordando las cosas buenas que vivimos con él. Recuerda sus sonrisas, sus travesuras, su vocecita diciendo «mamá», «papá» y «babu». Recordemos lo feliz que nos hizo y lo hicimos.

— Gracias por estar aquí.

— Sabes que te amo y jamás te dejaré.

Ella lo besó con ternura y necesidad, él le correspondió de la misma manera. Se dejaron llevar por el inmenso amor que se tenían, sintiéndose, oliéndose, probándose. Permitieron demostrarse cuanto se necesitaban y todo lo que el otro en ellos despertaba, porque para él, el cuerpo de su mujer era su casa, su hogar, su sitio preferido, su delirio. Y para ella sentirlo allí a su lado era su perdición, su único motivo, su razón para querer seguir viviendo un poco más.

Capítulo 5

— ¿Y cómo te ha ido con *las tres marías*? — Le preguntó un divertido Nicolás a Alejandra.

— ¡Que chistosito! yo creo que va a funcionar, hoy le toca a Tamara hablar en la sesión y estoy segura de que lo hará, además Oriana irá hoy con la nutricionista, Magela es quien me preocupa... su mamá me habló para decirme que tuvo una crisis y el médico de la familia tuvo que sedarla, creo que hablaré a solas con ella.

— Sí, será lo mejor. Yo te lo advertí, ella ayuda a los otros, pero no se ayuda a sí misma, no hace ningún esfuerzo por mejorar.

— Lo sé, Nico, lo sé... pero hasta ahora ella ha estado fuerte y con ánimos de ayudar. Era más que lógico que pronto algo así pasaría y llegó la hora de que tenga su espacio y hable del porqué de tanto dolor, por más que nosotros lo sabemos, ella tiene que abrirse, no tiene más alternativa, no se la daré.

— Me parece lo más sensato, Ale, ¿cuándo hablarás con ella?

— Hoy mismo en cuanto acabemos la sesión de grupo, ¿vamos para allá? ya todos deben estar esperando.

— Vamos.

Cuando llegaron al salón donde se juntaban las vieron a las tres conversando y riendo como niñas.

— ¿De verdad, Tamy? — preguntaba Oriana muy risueña — . Yo creo que deberías invitarlo a salir.

— ¿Cómo se te ocurre? sólo he dicho que tiene unos hermosos ojos ¡Esa no es razón suficiente para invitarlo a salir!

— Claro que lo es, ¿cierto, Magela?

— Yo mejor no opino.

— Eso mismo, gracias amiga. Y tu niña, deberías hacer lo mismo — dice señalándola con un dedo amenazante.

— A ver, no entiendo cuál es el problema, además está mirando para acá y estoy segura de que es por ti.

— ¿Y cómo estás tan segura?

— Magela es casada y yo soy cómo doce o quince años menor que él, es obvio que te mira a ti.

— ¡Estás loca, Oriana, muy loca! — exclama sin evitar reírse. Claro que la idea de gustarle a Nicolás le agradaba y mucho, pero no lo creía posible. Él era uno de sus terapeutas y conocía toda su vida, nadie que la

conociera podría tener un verdadero interés en ella.

— Buenos días, grupo.

— Buenos días, doctora.

— Hoy comenzaremos la terapia de una manera distinta. No hay nadie nuevo esta semana y por lo tanto he decidido que comience a hablarnos hoy Tamara. — La aludida respiró profundo y asintió — . Cuando quieras puedes empezar, te escuchamos.

— Buenos días, soy Tamara y estoy aquí por insistencia de mis padres; puede sonar absurdo, pero así es. El motivo es sencillo y nada de otro mundo: mi relación con mi hija es nula, inexistente. Desde que supe que la esperaba me negué a quererla por diferentes razones, con el paso de los años eso no ha cambiado. Sé que suena horrible, pero es la realidad, mi realidad. Jamás hice el más mínimo esfuerzo por tener con Mía una relación amorosa, de compañerismo, de complicidad... ¿qué estoy diciendo? jamás intenté tener ningún tipo de relación con ella, ni siquiera una mala. Es que me molesta hasta... — Se detuvo antes de hablar más de la cuenta — . En fin, mi madre cree que debo sanar, perdonarme y hacer las paces conmigo y quererme yo antes de quererla a ella o a cualquier otra persona.

— Y dime algo, Tamara, ¿estás dispuesta a intentarlo?, ¿estás dispuesta a buscar dentro de ti el motivo por el cuál reaccionas así contigo para poder sanar y así establecer un vínculo con tu hija?

— Ya lo he intentado, pero no me nace. — No quería llorar, no en frente de todos así que respiró hondo — . Yo no la odio, pero tampoco he podido quererla, me recuerda a su padre y él me hizo sufrir demasiado.

— Ya hablaremos de eso, tranquila. Fue suficiente por hoy.

La terapia grupal continuó con Fermín — estaba allí por alcoholismo — se unió a la clínica por iniciativa propia ya que tenía sus sesiones individuales y de AA, pero se sentía bien compartiendo con otros sus experiencias y así ayudaba a evitar que más personas caigan en ese innecesario infierno.

— Magela, no te vayas, necesito hablar contigo. — Casi una hora había pasado y todos salían de allí cuando Alejandra la interceptó.

— Te esperamos en el patio trasero — dijo Oriana, ella solo asintió.

— ¿Todo bien, Alejandra?

— Sí, todo bien, ¿y tú?

— Feliz. Al fin Tamara accedió a hablar y Oriana tiene cita con la nutricionista. Todo está marchando según lo planeado.

— Con ellas, ¿y contigo qué? mira... tu mamá me llamó el sábado en la tarde para contarme lo que te ocurrió. — La expresión de Magela se

endureció — . No, no te pongas así, ella se preocupa por ti.

— Lo sé y se lo agradezco, pero no era necesario que te molestara con ese asunto. Fue solo un rato de decaimiento.

— ¿Un rato de decaimiento, Magela? ¡Tuvieron que sedarte, por Dios! no puedo decirte que te entiendo porque nunca viví una situación ni siquiera similar a la tuya, pero no puedes seguir así. El trato era que las tres hablaran y se ayudaran entre sí y tú no lo has hecho. Si no hablas ya sea conmigo, con ellas o con cualquiera de mis colegas aquí adentro el trato se termina.

— Pero...

— ¡No hay peros que valgan! esto está acabando contigo y no voy a permitirlo. Eres mi responsabilidad así que tú decide, ¿cómo seguimos? — Con la cabeza gacha y sintiéndose acorralada se frotó en círculos los pulgares uno con el otro en una clara señal de nerviosismo.

— Hablaré con las chicas primero y después contigo, pero quiero sesiones particulares, ¿puede ser? no soportaría hablar de esto frente a todos... por favor — suplicó con ojos llorosos.

— Está bien, haré una excepción contigo, pero prométeme que la próxima vez que algo así suceda vas a llamarme, no importa el día, ni la hora, ¿de acuerdo?

— De acuerdo, gracias. — Se dieron un cálido abrazo.

— ¿Qué tal te fue con la nutricionista? — preguntó Tamara que arrojaba piedritas al lago.

— Bastante bien. Me envió un plan alimenticio que consiste en varias comidas diarias, pero en pequeñas cantidades para que el organismo las asimile de buena manera y el metabolismo trabaje como es debido, ¿sabían que si pasamos más de dos o tres horas sin comer y luego ingerimos mucho alimento de golpe nuestro sistema se sobrecarga, trabaja mal y genera azúcares que nos hace subir de peso? — Ambas negaron — . Ella me explicó, dice que el cuerpo humano es como una máquina. Por ejemplo, si en una licuadora pones muchas frutas funcionará lenta y mal, las frutas no quedan bien trituradas, la licuadora comienza a perder contenido al estar saturada y la máquina puede llegar a romperse; en cambio si las colocamos de a poco funcionará bien y hará un excelente trabajo. Bueno, nuestro cuerpo es igual.

— ¡Qué bárbaro! — exclamó Tamara.

— Pues sí, ¿verdad? también me explicó que un adicto puede dejar las drogas, un comprador compulsivo puede aprender a controlarse, un jugador puede dejar el juego... pero nadie puede dejar de comer. Y los bulímicos y

anoréxicos debemos aprender a comer sin enfermarnos, a ser equilibrados, a como comer, ¿me explico?

— Claro que sí, nos contenta que vayas a estar bien, nosotras te vamos a ayudar, ¿cierto, Magela?

— ¡Por supuesto, vamos a estar contigo!

— Gracias, chicas. — Sonrió con sinceridad — . Magela, ¿qué tienes? esta mañana llegaste rara, pero luego de la conversación con Alejandra quedaste como ida, ¿estás bien?

— La verdad es que no. — Suspiró con pesadez — . Creo que hoy me toca a mí contarles porque estoy aquí. Esto va a ser difícil, no lo suelo hablar.

— Tranquila, tómate tu tiempo.

— Bien... — Respiró profundo, cerró los ojos y evocó fuerzas del mismísimo universo para comenzar a hablar — . Hace más de dos años — casi tres — me daban la noticia más hermosa y mágica del mundo «*vas a ser mamá.*» Fue algo inesperado, Bruno y yo nos habíamos casado solo tres meses antes aunque ya vivíamos juntos desde hace tiempo. Por más que nos tomó de sorpresa la alegría nos invadió, para ambos era como completar nuestras vidas, él iba a tener por primera vez una familia de verdad ya que creció en un orfanato, huérfano, y yo tendría una persona más en mi vida por quien luchar. Mi madre y yo siempre estuvimos solitas desde que mi padre falleció, luego llego Bruno y ese bebé era el broche de oro para llenar nuestros corazones de amor y regocijo.

» Las primeras semanas fueron cansonas porque solo quería comer pizza y manzana, todo lo demás me daba asco y dormía como un oso. Al entrar en la decimotercera semana ya comía casi todo aunque el sueño seguía allí. Comprábamos cositas todo el tiempo y mi mamá tejía. En la semana veinte nos dieron la mejor noticia — la que los tres queríamos oír — «*es un varón.*» El nombre lo escogimos de inmediato, se llamaba Juan Ignacio como mi papá. Después de eso ya todo lo comprábamos en azul, verde y amarillo, Bruno compraba pelotas y muñecos, le armamos un cuarto hermoso donde dormiría y otro de juegos.

Nachito nació llenando todo de amor y algarabía. Se parecía mucho a mí y tenía el color de ojos de su papá, era un niño muy alegre y risueño, sus sonrisitas traviesas nos enamoraban y cuando empezó a comer fue todo un show. Nunca imaginamos que tanta dicha tendría fecha de vencimiento — dijo con la voz quebrada — . Cuando tenía ocho meses... él... él... nos dejó.

Bruno se había ido a su trabajo como todas las mañanas y mamá se fue al súper por las compras de la semana, Nacho se había dormido y yo me fui a regar las plantas siempre con el interlocutor a cuestas. Terminé en el jardín,

doblé la ropa, mamá me llamó para decirme que demoraría un rato más porque se había encontrado con una amiga que hacía años no veía e irían por un café así que decidí ver un poco de televisión, pero me dormí cerca de una hora. Me desperté sobresaltada y corrí a la habitación de mi chiquito, estaba tan tranquilo, tan en paz... pero no era normal, ya tendría que estar llorando de hambre y con su pañal sucio. Cuando me acerqué a él... no respiraba — confesó sollozando — . Lo sacudí, le grité, golpeé su espalda, pero nada. Justo en ese momento llegó mi mamá con Aurora — su amiga — mamá y yo estábamos desesperadas y fue Aurora la que hizo las llamadas. No sé cuánto tiempo pasó, pero esperábamos el parte médico. Bruno ya estaba con nosotras, ninguno de los tres entendía que pasaba, o sí, pero no queríamos asumirlo. «*Muerte súbita*» nos dijeron. Lo que vino después fue lo más duro, asumir que eso era real, enterrarlo, llegar a casa y ver sus cosas regadas por allí, pero él ya no estaba. Despertar por las noches sintiendo su llanto, pero no era cierto, soñar con sus sonrisas, sus escasas palabras, sus ojitos. Mi vida ya no es vida desde ese instante. Todo fue mi culpa.

— No, Magela, no fue tu culpa. — Se animó a decir Tamara.

— Todos dicen lo mismo, pero si en lugar de irme a ver televisión lo hubiera ido a despertar para darle su leche...

— Es duro lo que voy a decirte, pero tal vez ya estaba...

— ¿Y si no, Tamara?, ¿y si hubiera llegado antes de que pasara?

— El «hubiera» no existe, existe lo que pasó por más triste que sea.

— Tamy tiene razón. Siento mucho lo que pasó con tu hijito, pero no es tu culpa. Vas a salir de esto, nosotras estamos ahora contigo y no te dejaremos.

— Gracias. — Las tres se abrazaron por largo rato mirando ese río, absorbiendo la paz que les daba.

Desde lejos, Alejandra las observaba pensando en lo fuerte que eran y sabiendo que había tomado la decisión correcta al juntarlas.

Capítulo 6

Tres nuevas semanas pasaron sin más.

Las chicas estaban cada día más unidas, más cercanas. Es que hablar y contarse sus cosas más íntimas ya se había vuelto cotidiano, a cada rato conversaban de todo, ya estaban conociéndose mucho. Sabían esos detalles que son insignificantes y a la vez tan importantes para entablar una amistad. Ya era sabido para el trío de amigas que, Magela es alérgica a la naranja, ama con locura los platillos agridulces y odia el color rosa, Tamara le tiene pavor a las arañas, es fanática del pollo a la mostaza y odia las aceitunas, Oriana ama bailar y es fan de *Justin Bieber*; lo que provocó que Tamara al enterarse fingiera un escandaloso ataque cardíaco en plena cafetería.

Compartían el gusto por el cine Argentino y también por la lectura romántica, sus charlas nocturnas eran sobre cosas así de triviales, pero a la vez significativas ya que era algo nuevo para todas tener una amistad consolidada y era algo que, de forma inevitable, se estaba arraigando en sus seres. Es que jamás se les había cruzado la cabeza que lo que empezaría como una estrategia para salir de ese lugar de manera rápida, se podía llegar a convertir en algo tan bonito; claro que el tiempo que llevaban no era demasiado, pero sí el suficiente como para tenerse más confianza y sentir muchísimo cariño.

La creación de estos nuevos lazos traía consigo una simple alegría a la vida de las muchachas, también para su entorno. Magela estaba más animada, cosa que a Bruno y su mamá les daba mucha tranquilidad. Por otra parte Tamara estaba menos agresiva y hasta había pasado un fin de semana a solas con Mía cuando sus padres tuvieron que viajar de apuro porque una prima de su papá se enfermó, madre e hija vieron juntas una película. Oriana ya se alimentaba con más normalidad y estaba en un mejor peso, se veía mucho más saludable y bonita de lo que ya era, seguía sola en la casa y para ella eso era la gloria, solo que se le estaba acercando el infierno; ese día había organizado una pijamada con Alexia — su mejor amiga — y su madre volvía y ella no lo sabía.

Estaban tranquilas oyendo música, sumidas en su vínculo que era especial, único, incomparable y hasta indestructible. Ellas son como dos piezas de un puzle donde encajan la una con la otra a la perfección, juntas son una.

— Hija, ya volvió mami... — Ingresó de improvisto a la habitación —. ¿Qué hace esta... muchachita aquí, Oriana?, ¿acaso no fui clara al decirte que no quería que siguieras viéndola y mucho menos en mi casa?

— Hola, mamá, yo estoy muy bien, gracias, ¿y tú?, ¿cómo has pasado estos casi dos meses sin verme?

— Deja el sarcasmo y responde, ¿acaso tu “trastorno alimenticio” también afectó tu cerebro? — dijo enfatizando «trastorno alimenticio» con sus dedos en el aire.

— Eres una desalmada, ¿por qué me tratas así? no, mejor no respondas. No quiero escuchar tus mentiras.

« ¡Cómo dolía! » El rostro de Nancy enrojeció de furia.

— ¡Vete! — le gritó a la amiga de su hija.

— No, señora, aquí me quedo. Usted está mal de la cabeza, no pienso dejar a Oriana sola.

— Mira tú, que rebelde resultó la mocosa ¡José, José! — El hombre entró casi de inmediato — , llévate a ésta y que no vuelva a entrar. — José tomó a Alexia del brazo arrastrándola.

— ¡Suelta a mi amiga, desgraciado! — Su madre la detuvo —. ¡Suéltame, déjame en paz!

— Eres una niña malagradecida, mal educada, corriente, enferma, degenerada.

— ¡Y tú una insensible! ¡Soy tu hija! ¿Tan poco te importo?

— ¡Claro que me importas! pero también importa lo que dirá la gente de nuestro círculo si se enteran que tengo una hija enferma.

— Hipócrita, desgraciada, mala madre — dijo sintiendo una punzada de dolor en su pecho.

— ¡Niña, imbécil!

Lo próximo que sintió no dolió más que los insultos. Esa mujer a la que ya no era capaz de llamar madre la jaló de los cabellos con una brutalidad que desconocía, su cuerpo casi desnudo fue a parar al gélido piso donde recibió una, dos, cinco, diez, mil bofetadas. Tantos insultos que perdió la cuenta, tanto dolor en su alma que deseó morir, no tenía fuerzas para pedir, rogar que la dejara ya, que no siguiera, que entrara en razón.

Pasaron minutos, quizás horas, pudieron ser días cuando sintió que alguien le retiró a esa desquiciada mujer de encima. Los gritos de Nancy reclamando el que la dejaran seguir golpeándola se mezclaban con los de varias voces, entre ellas pudo distinguir la de su padre.

Una vez que quedó sola en la habitación, respiró hondo varias veces y se puso en pie. Los golpes fueron solo en la cara, su labio sangraba y sintió su pómulo derecho inflamado. Tomó su celular y marcó.

— *¿Tamy? Tamy, ayúdame, por favor. — Hasta ese instante no notó que lloraba —. Mi... Nancy enloqueció y me golpeó, no quiero seguir aquí,*

ven por mí, ¿sí?

— *¡Por Dios! claro mi niña, dame la dirección.*

— *Avenida de las Américas al 2345 esquina Los Olivos. Es un barrio privado.*

— *Ya anoté, en veinte minutos estoy allí, tranquila.*

— *Te espero afuera, gracias.*

— *No tienes nada que agradecer.*

La jovencita tomó varias mudas de ropa y las puso en un bolso dispuesta a salir.

— *¿A dónde crees que vas? — Era su padre.*

— *Me voy a casa de una amiga, no voy a seguir soportando a tu mujer y sus ataques de histeria ¡Está loca!*

— *¡No hables así de tu madre! me dijo que reaccionó así porque estabas en tu cuarto con Alexia y también la insultaste.*

— *Ella se lo buscó. Y no entiendo por qué le tienen tanta idea a Alexia ¡No lo comprendo!*

— *¿De verdad, Oriana? no puedo creer lo que dices. Nosotros nos preocupamos por ti, por tu futuro, no queremos que nadie te señale ni se burle de ti.*

— *¡Mentira! a ustedes solo les importa el no quedar en ridículo frente a sus amistades, pero ya no tienen que preocuparse, me voy y no pienso volver.*

— *Si cruzas esa puerta te olvidas de todo, ya no existirás para nosotros.*

— *¿Qué más da? créeme, no notaré la diferencia.*

— *Como prefieras, pero de aquí no te llevas nada. Ni ropa, ni celular, laptop, perfumes, cremas, nada en absoluto. Solo lo que llevas puesto.*

— *Soltó su bolso con violencia y luego estrelló su teléfono contra una pared.*

— *Que tengan una buena vida, ustedes ya no son mis padres.*

— *Ya nada importaba, de todos modos siempre estuvo sola.*

Al finalizar la llamada, Tamara pidió las llaves del auto de su mamá explicándole que Oriana estaba en problemas, ésta no se opuso. Fue lo más rápido que pudo aunque con precaución, ¿cómo podía una madre tratar a su hija así? y más a alguien como Oriana, un ser con tanta luz que lo único que reclamaba era cariño. Se sintió rara al pensar así, ella nunca golpeó a su hija, pero tampoco era una buena madre, ni siquiera era madre. Algo en su interior se despertó: culpa. ¿Sentiría su hija lo mismo que Oriana?, ¿sería posible que

sufriera sus desplantes, sus desaires, sus malos tratos? esas posibilidades la atormentaron hasta que llegó a su destino.

Oriana subió al auto y se dieron un fuerte y casi eterno abrazo. En el camino, Tamara llamó a Magela y ésta fue a su encuentro.

— Pasen, bienvenidas a mi casa.

— Gracias, Tamy. — Las tres entraron y fueron a la cocina.

— Voy a preparar té e iremos a mi habitación, así curo tu rostro y nos cuentas que pasó.

— Hay algo que no entiendo. — Habló Magela — . ¿Por qué tus padres detestan tanto a tu amiga Alexia?, ¿y por qué están tan preocupados por lo que digan los demás? tu anorexia está muy bien tratada y ya casi te dan de alta, creo que hay algo que no nos estás contando.

— Pues sí, es verdad. Hay un pequeñito detalle que... que aún no les he revelado, pero se los contaré después, en el río, ¿puede ser?

— Claro que sí. Cuando tú quieras.

— Gracias. — Sonrió —. Tamara, ¿me prestarías el teléfono para llamar a Alexa?

— Úsalo con confianza.

El fin de semana fue bueno. El sábado muy temprano fueron a un cajero donde Oriana retiró el máximo de dinero que podía con una tarjeta que su padre no notó que se llevó a escondidas, con la misma compraron varias mudas de ropa y comieron en un restaurante, también fueron al cine a ver el estreno de una película de Disney.

El domingo lo pasaron en casa de Magela, las tres juntas cocinaron pastas caseras, rieron como niñas, salieron a caminar por un parque y en la noche, Bruno las llevó al teatro a ver una comedia.

Ya para el lunes, Oriana habló en la sesión, contó que ya casi salía de su problema con la alimentación y la obsesión por su peso y su cuerpo, que estaba aprendiendo a quererse, a valorarse y a entender que la vida no es la talla del jean sino la talla del corazón.

Entrada la tarde fueron al río a petición de Oriana y fue ella misma la que comenzó a hablar.

— Esto no tiene nada que ver con mis complejos, ni con las terapias. Se los voy a contar porque confío en ustedes, porque en estos dos meses me han apoyado y acompañado más que nadie en toda mi vida, porque las considero mis amigas, pero quise que fuera aquí, en el río, porque este es nuestro lugar, donde nos contamos y confesamos las cosas más importantes para nosotras.

«Tengo la certeza de que no van a juzgarme ni a discriminarme,

aunque tal vez sí se sorprendan.»

— Deja el misterio que me pones los pelos de punta, Oriana. ¡Por favor!

— Tamara tiene razón, ya habla.

— Bueno... verán. Alexia y yo nos conocimos al iniciar la secundaria y desde entonces somos inseparables, pero nuestro lazo se hizo aún más fuerte cuando pasó lo de mi novio. Algunos meses después de eso nosotras comenzamos a cambiar y empezamos a hacer algo que... que cuando mi madre lo supo, casi se muere, no sin antes matarnos, claro. Ella dice que Alexia es la culpable, que me llenó la cabeza con ideas y me enfermó, pero no es así.

— ¿Usan drogas? — preguntó Magela casi aterrada.

— No, no, es otra cosa. Es que... que... bueno, Alexia... ella y yo, pues... tenemos una relación.

Capítulo 7

—¿Relación? relación de...

—Relación, Tamy, de pareja. De dos personas que están enamoradas, se quieren y desean estar juntas. Del tipo de «no logro imaginar mi vida sin Alexia» de que me despierta todos los sentidos, de que me pierdo en su mirada. Relación de que nos acariciamos, nos besamos... relación de que la amo.

«No logro imaginar seguir adelante sin ella, es mi complemento. Siento que somos una misma alma dividida en dos y solo al estar juntas estamos completas.»

— Es muy lindo y muy romántico lo que dices y como te expresas por ella. Se nota que ese sentimiento es verdadero.

— Sí, Magela, lo es. De verdad la amo muchísimo, y sé que ella siente lo mismo, pero mis padres lo ven como una aberración, como una enfermedad, no entienden que es amor. De más está decir que tampoco lo aceptan y es tan grande su ignorancia que creen que aquí me van a «curar». Pero eso ya no importa, decidieron sacarme de sus vidas y se los agradezco porque por primera vez en diecinueve años hicieron algo que me hace feliz, me dieron mi libertad.

— ¡Ay, chiquita! nadie se merece unos padres así de insensibles, pero ya no estás sola, Tamy y yo estamos aquí, ¿cierto? — dijo girándose hacia ella, pero tenía la mirada perdida en el río —, Tam... — No respondió —. ¡Tamara!

— ¿Qué? — preguntó saliendo de su trance.

— ¿En qué pensabas?

— Nada importante. — Fingió una sonrisa.

— Bueno... — respondió Magela sin creerle —. Le decía a Oriana que ahora está con nosotras y nunca estará sola.

— ¡Por supuesto! siempre estaremos contigo.

— Gracias, chicas, no saben lo que significa para mí que estén conmigo, que me acepten así como soy, que no me juzguen ni me discriminen.

— Mira, Oriana, el amor es eso... amor. No importa la raza, ni la religión, ni la descendencia, no importan las clases sociales, las profesiones, las cualidades, las capacidades o la ausencia de ellas. Y tampoco importa la preferencia sexual, lo único relevante es que sea sincero, honesto, transparente y real. El que seas o no heterosexual no te define como persona ni como ser

humano porque tu vida sexual solo te involucra a ti y a tu pareja. A mí lo que me importa de ti es que eres dulce, buena persona, una excelente amiga fuerte y valiente; no con quien vas a la cama. Y sé que Tamara piensa igual que yo.

— Eres maravillosa, ambas lo son ¡Las quiero muchísimo!

— Awwww...

— Y nosotras a ti, Oriana — agregó Tamara.

Y se sumergieron en un gran abrazo.

— ¡Tamara! — La chica iba en compañía de sus amigas hacia el patio, acababan de merendar y como ya era jueves estaban planificando su fin de semana, el que incluía teatro, paseo en bicicleta y una visita al zoológico. Giró al oír su nombre aunque ya antes de hacerlo sabía de quien se trataba. Allí estaba él, tan guapo, con su sonrisa de lado capaz de enamorar a cualquier mujer, con su mirada pacífica y su cabello prolijamente despeinado. Ella sintió sus piernas temblar, Nicolás se sentía un adolescente al percibir en su estómago esa sensación de mariposas alojadas ahí, ¿pero qué diablos? era una mujer hermosa aunque ella se empeñara en ocultarlo. Tal vez por malos recuerdos, tal vez por miedo o quizá, ella simplemente no creía en el amor. Sabía que no sería sencillo, pero lo intentaría porque estaba seguro de que esa mujer era su otra mitad, él estaba dispuesto a ser el bálsamo sanador que ella necesitaba. — Hola, hola chicas.

— Hola. — Saludaron las otras dos al unísono mirándose con complicidad.

—Oye, Oriana —dijo Magela—, ¿me acompañas a la habitación? olvidé ponerme perfume. — Tamara las miró frunciendo el ceño.

— Claro, vamos. — Se tomaron del brazo saliendo de allí a toda velocidad.

— Son geniales — dijo él intentando romper el hielo.

— Sí que lo son. — Ya hablaría con ese par — . ¿Qué se te ofrece, Nicolás?

« ¡Dios, su nombre pronunciado por ella sonaba glorioso! »

— Yo... yo... bueno es que me preguntaba si... si tal vez... no sé. — Parecía quinceañero enamorado, Tamara lo observaba entre divertida y curiosa ¡Qué vergüenza! respiró hondo y lo dijo sin más — . ¿Aceptarías salir conmigo este sábado? podríamos ir a cenar y luego a bailar.

— Gracias. — Moría por aceptar, de verdad le gustaba pero no podía, ella sabía que no era capaz de entregarse al cien por ciento en una relación — . No puedo, Nicolás.

— ¿No quieres pensarlo al menos?

— De verdad me siento muy halagada, pero no creo que sea correcto.

— Eso también le producía un sonoro eco en su interior — . Eres uno de mis terapeutas.

— Está bien, acepto tu negativa pero solo por hoy. Seguiré insistiendo, Tamara. — Acarició suavemente su mejilla, le guiñó un ojo y se marchó.

— ¿Qué fue eso? — preguntó Magela entre risas.

— ¡Yo lo sabía! te advertí que está loquito por ti, ¿qué te dijo?

Tamy rodó los ojos y comenzó a caminar, sus amigas iban detrás de ella llenándola de preguntas que no respondía. Al fin les confesó que la invitó a salir y que ella se negó.

— ¿Pero por qué, Tamara? si a kilómetros se nota que te gusta.

Pensó en decirles el verdadero motivo y lo haría, aunque no en ese momento porque aún no se sentía lista para hablar de ello. No por falta de confianza porque tenía la certeza de que ellas la entenderían, la apoyarían y no contarían su historia a nadie, sino porque exteriorizarlo era volver la situación aún más real de lo que ya era, y sobre todo, se trataba de remover toda esa basura que su pasado guardaba; así que dijo una verdad a medias, algo que igualmente sería entendible.

— Para salir con alguien primero debo estar bien conmigo, ¿cómo voy a tratar con amor a otros si yo misma me desprecio?

— ¡No hables así, Tamara! — Le recriminó Magela —. Además, a nosotras nos demuestras cariño.

— Sí, pero es diferente, con las amigas siempre es diferente — dijo sonriendo y fingiendo inocencia.

— Yo creo que hay algo que no nos has dicho.

— Yo también lo creo — acotó Oriana.

— Miren — dijo ya un poco irritada —. No me gusta que me fastidien ni que me controlen, creo que a estas alturas lo saben bastante bien.

— Disculpa, Tamy, no era nuestra intención hacerte sentir mal o perseguida, es solo que nos preocupamos por ti. Y si hay algo que no nos quieres contar lo respetamos, pero sabes que puedes confiar en nosotras.

— Sí, lo sé y se los agradezco. Solo ténganme un poco de paciencia, les prometo que más adelante hablare de eso, aún no me siento lista.

— Y eso que no nos dices aún... ¿es el motivo por el que no aceptaste la invitación de Nicolás?

— Algo de eso hay, pero tampoco me parece muy ético. Él es uno de mis terapeutas, lo sabe todo de mí.

— Y aun sabiéndolo todo de ti — le dijo Magela al tiempo que la

picaba con su índice derecho — . Se acercó y te pidió una cita, eso es porque le gustas de verdad, no creo que él sea de ese tipo de doctores que se mete con sus pacientes solo para pasar el rato.

— Por favor, dejemos el tema aquí, ¿sí?

— Está bien, ya no hablaremos de eso, ¿qué les parece si vamos al salón de recreación a hacer unas manualidades?

— ¿Y eso Oriana?, ¿desde cuando eres aficionada a esas cosas?

— Es que me dieron ganas de hacer un portarretratos para regalarle a Alexia con una foto que nos tomamos el verano pasado, en Las Ruinas de Machu Picchu.

— ¡Qué lindo! ¿Conoces muchos lugares?

— Sí, muchísimos. Vamos, que mientras inventamos algo les cuento...

— ¿Qué hiciste qué, Nicolás Sosa? — Alejandra no daba crédito a lo que oía. Sabía que esa muchacha le gustaba, sabía que tenía esa idea de invitarla a salir, pero no creyó que fuera capaz, al menos no tan pronto.

— Es que no pude contenerme, tú sabes que me encanta esa mujer, su carácter, su valentía. Y físicamente es bellísima ¡Pero qué más da! igual me mandó al diablo. — Rio amargamente.

— ¡Ay, Nico! ¿Y qué esperabas? es lógica su reacción después de todo lo que ha vivido.

— Lo sé, lo sé, pero tenía que intentarlo. Yo puedo ayudarla a superar sus miedos, Ale. Quiero hacerla ver que vale mucho, que merece lo mejor del mundo y yo estoy dispuesto a dárselo, quiero que entienda que por más que ha sufrido tanto y que la han lastimado de la peor manera, todavía puede ser feliz. Quiero cuidarla, protegerla, mis intenciones con ella son las mejores.

— Si le dijeras eso creo que sería peor. La pobre saldría corriendo ante tanta miel.

— Eres una insensible — respondió su amigo tocando su pecho de forma dramática — . Hieres a este sensible corazón.

— ¿Qué haces aquí? deberías ser actor, lo que Hollywood se pierde contigo ¡Por Dios! — Ambos estallaron en risas — . Ya, hablando en serio, deberías darle tiempo a Tamara, tiempo para que sane, para que se perdone, para que comience una relación como es debido con su hija. Alguien con la vida tan desordenada debe encarrilarse antes comenzar una relación; tú me entiendes.

— Claro que sí, comprendo muy bien.

— Calcula que ella ni siquiera ha hablado con las chicas de lo que le

ha pasado, todavía no exterioriza todo ese dolor, toda esa rabia. Dale tiempo, apóyala, muéstrate ahí para ella, hazla saber que puede confiar en ti. Acércate poco a poco y luego de que esté bien consigo misma y sepa que en verdad la quieres, que no es un juego ni un capricho, ahí sí ponte en plan romance.

— Tienes mucha razón, voy a tratar de controlarme. Gracias por tus consejos, eres un ángel. Te quiero mucho, ¿lo sabes?

— Y yo a ti, mereces mucho ser feliz.

— ¡Alejandra, Alejandra! — Era Oriana quien entraba casi al borde de un ataque de desesperación.

— ¿Qué ocurre?

— Es que... es Magela... — Estaba demasiado agitada.

— Oriana, si no te calmas, ni Alejandra ni yo te entenderemos. Respira profundo. — Inhala profundo junto con ella — . Exhala, otra vez, ahora dinos, ¿qué ocurrió con Magela?

— Estábamos en la sala de recreación, se desmayó y se golpeó la cabeza. El doctor Brum la está revisando, dijo que no se golpeó muy fuerte, pero igual van a llevarla al hospital.

— ¡Ay, Dios mío! voy a llamar a su marido.

— Sí, Alejandra, por eso vine, pero es que nos asustamos mucho, perdón.

— No pasa nada. Nicolás, ve con ella, yo voy a llamar a Bruno y los alcanzo.

Pasaron casi tres horas desde el desmayo y accidente de Magela. Luego de que Alejandra habló con Bruno, éste junto con su suegra fueron directo al hospital a donde llevaron a su mujer, unos quince minutos después llegó la ambulancia que se la llevó, también Alejandra. Nicolás se había quedado para tranquilizar a Oriana, a Tamara y a los otros pacientes de la clínica, ya que estaban muy angustiados por la salud de esa muchacha a la que tanto querían.

Luego de varios análisis ya les habían confirmado que Magela se encontraba en buen estado, pero como aún no reaccionaba no permitían que la vieran y no les confirmaban al cien por ciento que el golpe no tuviera alguna consecuencia.

— ¿Familiares de la señora Magela Gutiérrez?

— Aquí doctor, yo soy su esposo y ella es Pilar, mi suegra.

— Mire, señor...

— Lemos. Bruno Lemos.

— Señor Lemos, su esposa está fuera de peligro y ya reaccionó, respondió bien a las pruebas de reflejo, el golpe no fue fuerte y tampoco

producirá consecuencias.

— Gracias Dios, por proteger a mi niña — dijo Pilar aliviada —. ¿Podemos verla?

— Sí, señora, pero si me permite voy a llevar al señor Lemos primero ya que quiero hablar con él y Magela. No se preocupe — le dijo al ver su expresión —. No es nada malo.

— Claro, voy a estar en la cafetería.

— Yo la acompaño. — Se ofreció Alejandra, juntas se marcharon.

Al entrar a la habitación, Bruno observó a su mujer, quien tenía los ojos hinchados y muy rojos como si hubiera estado llorando.

— ¿Qué te pasa, amor?, ¿cómo te sientes? — preguntó tomando su mano y besándola.

— Estoy bien. Un poco... aturdida nada más.

— Me lo imagino, debes haber despertado totalmente desorientada.

— Sí, eso también. Pero... hay algo más. — Mordió sus labios como siempre hace cuando está nerviosa, su marido la observó ansioso —. El doctor acaba de decirme algo que... ¡Ay! — No aguantó el llanto.

— Me estás asustando, Magela, ¿qué pasa?

— Estoy embarazada, cariño ¡Vamos a ser papás!

— Júramelo. Júrame que es cierto. — Ella solo pudo asentir —, esto es... es maravilloso. —A abrazó a su mujer con fuerza, un abrazo colmado de esperanza y emoción.

— Por eso le pedí que viniera conmigo, señor Lemos, por suerte el golpe que sufrió la señora no fue grave como para requerir de una tomografía, el desmayo no fue a causa del golpe. Le hicimos una placa, pero en ese caso la radiación no es ni cercana a la producida en un TAC y fue solo por tranquilidad nuestra. De todas formas precisará de varios cuidados por su estado ya que tiene un poco de anemia. Magela, si no tienes un médico ginecólogo de cabecera para controlarte puedo recomendarles uno aquí mismo, solo me avisan. Te quedarás en observación hasta mañana en la mañana, yo mismo vendré a firmar tu alta. Ahora los dejo para que disfruten de la noticia. Felicidades.

— Gracias por todo, doctor. — Él asintió y se marchó —. Mi vida... mi amor, ¿te das cuenta? tenemos una nueva oportunidad.

— Lo sé y estoy feliz.

— También yo.

Ambos estaban muy emocionados. Y entre besos, abrazos y caricias, por primera vez en mucho tiempo el llanto fue producto de una gran felicidad.

Capítulo 8

La noticia sobre ese nuevo embarazo cayó sobre todos como un balde de agua fría. Ninguno se lo esperaba, fue una grata y enorme sorpresa, estaban demasiado felices. Pilar luego de abrazar a su hija lo que se sintió como una eternidad, hizo lo mismo con su yerno, luego corrió a llamar por teléfono a su amiga Aurora para contarle la buena nueva, dijo que haría con las señoras de la iglesia a la que asistía a misa los domingos una cadena de oración en agradecimiento, y que el lunes a primera hora iría a comprar telas y lana para comenzar a tejer y coser ropitas para su nieto.

Bruno, por otra parte, se sentía en una nube como si toda su existencia ahora tuviera un nuevo sentido, que no sólo viviría y se desviviría por su mujer a la que adoraba con locura, sino también por el hijo de ambos. Ese hijo que para su entender venía a sanar heridas, a aliviar dolores del alma, a calmar llantos cargados de pena y angustia. Ese niño venía a la vida a llenarlos de paz, de sosiego, de regocijo, de amor. Pero... ¿y Magela?, ¿qué pasaba con ella? al principio se mostró muy emocionada y feliz por la noticia, pero con el paso de los minutos y a medida que tanto él como su suegra planeaban y hablaban de toda esa alegría que los invadía, ella parecía más y más lejana, como si se hubiera mudado a la otra punta del planeta; no quería presionarla, de sobra sabía que así nada conseguiría, pero tenía que saber qué le había ocurrido de un momento a otro.

— ¿Estás bien, cariño? — le preguntó mientras le acariciaba el cabello.

— Sí, no te preocupes — respondió con una leve sonrisa en sus labios.

— Mírame — exigió con ternura —, sé que no lo estás, no me mientas, por favor. Si no me lo quieres decir, está bien, te respeto. Tal vez prefieras hablar con tu mamá, con Alejandra o con tus amigas, ¿quieres que llame a alguna de ellas? o mejor, ¿deseas que las llame a todas? podemos pedir un permiso especial y hacen aquí una pijamada. — Eso la hizo reír demasiado.

— ¿Estás loco? — preguntó con esfuerzos entre sonoras carcajadas que trataba de aminorar cubriéndose con sus manos.

— Locura o no, haría cualquier cosa con tal de verte reír siempre así como lo estás haciendo ahora, daría todo por verte feliz. Si tuviera que elegir entre mi vida y tú sonrisa moriría en paz solo porque tú vivirías sonriente.

— ¿Qué hice de bueno en mi otra vida para merecerte, Bruno Lemos?

— cuestionó ella con mirada soñadora y enamorada.

— En tu otra vida no sé. En esta, el simple hecho de existir.

Magela hizo lo único que pudo, tomarlo por el rostro y besarlo. Pero no con una simple unión de sus bocas sino uno de esos besos que son mucho más, son como hacer el amor con los labios, esos besos tan llenos de sentimientos que son capaces hasta de mezclar las almas.

— Te amo, Bruno. Eres mi sueño hecho realidad.

— Y tú eres la realidad que va más allá de cualquiera de mis sueños. Te amo.

Para el sábado pasado el mediodía, Magela ya se encontraba en su casa, con indicaciones de regresar ante cualquier eventualidad y el lunes por la tarde tendría que acudir a su primera cita con el ginecólogo. Al llegar a su casa lo primero que pidió fue que llamaran a casa de Tamara para que ella y Oriana fueran a visitarla, quería mucho verlas y sabía que ambas estuvieron muy pendiente de ella y que si no la habían ido a ver fue porque no eran horas de visita; así que con ayuda de su madre preparó chocolate caliente y galletas de avena para merendar las tres juntas.

A eso de las cinco sus amigas llegaron, se dieron su característico abrazo entre las tres y pasaron a la sala.

— Bueno, ¿qué es eso tan importante que tienes para contarnos? Tamy y yo ya no podemos más con los nervios.

— ¡Ay chicas! — exclamó suspirando —, estoy embarazada. Por eso el desmayo. — Lo soltó así tan de repente que Oriana se ahogó con un trozo de galleta y Tamara quedó con los ojos desorbitados.

— Te... ¿felicito? — dijo esta última al ver la rara expresión en el rostro de su amiga.

— ¡Claro que la felicitas, tonta! — reclamó Oriana.

— ¿Pero es que acaso no ves la cara de susto que tiene?

— Pues es lógico que la tenga, pero eso no quiere decir que no esté feliz. O sea ¡Va a ser mamá!

— Lo sé, niña, ¿pero es que acaso te olvidas de todo lo que pasó?

— ¡Por supuesto que no me olvido!

— ¿Podrían dejar de hablar como si yo no estuviera presente, por favor? — dijo irritada, cosa que solo logró que las otras dos se desconcertaran más. Nunca la habían visto en ese plan.

— Discúlpanos, Magela, de verdad. Pero dinos, ¿qué te pasa? y no digas que nada porque no te creemos.

— Pues tengo miedo. No a que me pase lo mismo que con Nacho sino a que él se nos olvide. Me da terror pensar en que Bruno ya no recuerde que tuvimos otro hijo antes, que mi mamá olvide que éste será su segundo nieto y que yo misma llegue a ser tan feliz al tenerlo entre mis brazos que ya no lo recuerde.

— No, Magela, eso no pasará. — Habló Tamara acercándose a ella — . Claro que serás feliz, que Bruno será un orgulloso papá y tu mamá amará a este bebé con locura. Pero no olvidarán a Nacho, ni tú ni ellos, ahora tendrán un motivo para sonreír y no pensar en lo malo que les sucedió, este niño es un regalo de la vida para que vuelvan a creer.

— Hoy Bruno me propuso que deje la clínica. Creo que él piensa que ya no voy a caer en pozos depresivos ni crisis nerviosas, entonces allí es donde me pregunto, ¿pensará él que olvidaré a mi hijo gracias a este nuevo embarazo?, ¿será él capaz de hacerlo?

— Ay, amiga... ¿y tú que le respondiste?

— Que siento que necesito las sesiones más que nunca, debo aprender a amar a este bebé sin olvidar a Nacho, debo aprender a entender que un hijo no reemplaza al otro y que por ser feliz con esto que me está pasando no estoy traicionando a mi niño.

— Ya verás que lo lograrás — añadió Oriana — . Puedes hablar con Alejandra y nosotras también estaremos ahí para ayudarte ¡Vamos a ser tías, Tamara!

— ¡Yeeees! — Rieron las tres.

— Gracias, hermosas, las quiero tanto, tanto...

— Y nosotras a ti, amiga.

— ¿Alexia? — preguntó Oriana desconcertada la tarde del martes en el patio de la clínica. Había estado jugando al tenis con Benicio — un nuevo paciente de la clínica — que para alegría de ambos compartía su pasión por ese deporte teniendo con quien practicarlo. Se veía tan linda como siempre, sus ojos color miel eran muy hipnóticos, había cortado su cabello y éste ahora caía sobre sus hombros y usaba una vincha con una enorme flor azul del lado izquierdo, su sonrisa tierna era capaz de enamorar a cualquiera, pero no enamorar como pareja, sino enamorar como persona por el simple hecho de derrochar paz y armonía — . ¿Qué haces aquí?

— Te estaba extrañando demasiado.

— Yo igual. — Se abrazaron fuertemente.

— ¿Estabas ocupada?

— ¡Para ti nunca, nena! — Se sonrieron con esa complicidad única que las caracterizaba —. Ven, caminemos un rato.

Se tomaron de la mano como tantas veces lo quisieron hacer y no podían, como tanto lo soñaron y no lograban cumplirlo, como en muchas oportunidades lo anhelaron y era prohibido. Sentir el silencio a su alrededor solo percibiendo ese amor tan grande que flotaba en el aire y podía palpase, olerse, sentirse, respirarse... no necesitaban nada más.

Oriana sabía que esa no era una simple visita, que algo más allí había, pero esperaba a que Alexia hablara.

Y así era, Alexia había sufrido uno de los peores y más humillantes momentos cuando Nancy se había presentado en su casa para culparla del — según ella — descarrilamiento de su hija. La discusión no fue muy larga, pero sí grosera y dolorosa. A pesar de ello había decidido que no se lo contaría a Oriana, o al menos no en ese momento.

— *Mira... muchachita. Lo mejor que puedes hacer es marcharte de la ciudad. Echaste a perder a mi hija, le llenaste la cabeza de pura basura, de locuras, de perversión. Eres un mal ejemplo para ella y para cualquiera.*

— *Yo no pienso irme a ninguna parte y mucho menos voy a dejar que usted se dirija a mí de esta manera. Su hija y yo nos amamos y eso no es basura ni ninguna de esas bajezas que nombró.*

— *¿Enamoradas? ¡Pero si serás imbécil! eso no puede llamarse amor, eso es algo asqueroso, repugnante, tú eres una degenerada que encontró en Oriana a una pobre chica de baja autoestima y la enredó vaya Dios a saber con qué propósito.*

— *¡Váyase de mi casa! — gritó abriendo la puerta.*

— *¡No he terminado de hablar!*

— *¡Pero yo sí y sinceramente no tengo ni tiempo ni ganas de seguir oyéndola!*

— *Seré clara. O te marchas de aquí y dejas a mi hija en paz para que recapacite o me encargará de que no consigas empleo en ningún medio de comunicación ni en esta ciudad ni en los alrededores. — Esa mujer le había dado en uno de sus puntos débiles. Estaba cursando el segundo año de periodismo y esa profesión era la que siempre soñó. Por un momento sintió su mundo caerse a pedazos, pero pronto recupero la compostura.*

— *No le temo a sus amenazas. Ahora lárguese de mi casa y llévese con usted su veneno y su ignorancia.*

— *Eres una mal educada.*

— *¡Y usted una víbora!*

Ofendida, pero con la cabeza en alto demostrando altanería, Nancy

salió. *No sin antes susurrarle un «te lo advertí».*

Ambas chicas se sentaron sobre unas rocas.

Ori... he estado pensando y... quisiera saber hasta dónde estás dispuesta a llegar con lo nuestro. O sea, yo quiero que seamos una pareja como todas, ir al cine, a comer, tomarnos de la mano en la entrada del teatro, presentarte ante mi familia como mi compañera... pero necesito saber si tú quieres lo mismo.

— Alexia...

— Espera... — la interrumpió —, deja que termine de hablar. — Ésta asintió —. Durante todo este tiempo esperé, fui paciente y entendía la situación por tus padres, pero ahora que ya no estás con ellos quiero hacer lo que por tanto tiempo nos prohibimos, no quiero seguir escondiéndome por la simple razón de que no creo que estemos haciendo algo malo. Me parece injusto porque los seres humanos tendemos a escondernos para amar por miedo a ser juzgados y expresamos violencia frente a todos sin que eso nos afecte.

— Ay, mi hermosa — dijo mientras acariciaba su rostro con adoración —, yo tampoco quiero seguir escondida y poco me importa lo que piense el resto, sólo quiero estar contigo siempre. — Juntaron sus frentes y sonrieron.

— Entonces... ¿ya somos pareja formal?

— Como siempre debió ser.

— Me gustaría que el fin de semana fuéramos a comer con mis papás, ellos saben de lo nuestro y quieren que vayas, pero no cómo una amiga más como lo hacíamos en la adolescencia sino como mi novia.

— ¡Me encanta la idea! también quiero que conozcas a mis amigas, Tamara y Magela.

— ¡Uy... sí, me muero de ganas por conocerlas! — expresó con sincero entusiasmo.

— Sabes que te amo, ¿cierto?

— No tanto como yo a ti.

Así como se marcharon regresaron. En el trayecto planearon pasar la tarde y parte de la noche del sábado con las chicas y el domingo irían a casa de los papás de Alexia. Ya en el portón comenzaron a despedirse, había varias personas en el jardín — entre ellos Tamara y Magela — que hablaban con Benicio para tratar de descubrir a dónde y con quién se había ido Oriana, pero en ese instante la vieron hablando con una chica y ambas supieron de quien se trataba. Sonrieron pícaramente.

— Oriana... hay mucha gente aquí.

— ¿Qué no fuiste tú misma la que dijo que no quería seguir escondiéndose? bueno, comencemos ahora mismo.

— ¡Eres una loca! — dijo entre risas. Oriana se acercó a ella enredando sus brazos al cuello de Alexia, ésta la tomó por la cintura y se dieron un tierno y amoroso beso dejando a todos anonadados y a Benicio muy desilusionado, ya que Oriana le gustaba y mucho.

— Adiós, linda, te llamo mañana.

— Adiós.

— Ay... pero que románticas me salieron — exclamó Tamara haciéndola sonrojar.

— ¡Tonta! — Las tres rieron — , mejor vamos que tengo que darme un baño y mientras merendamos les cuento la razón de la visita de Alexia. Les adelanto que estoy muy feliz — dijo alzando los brazos al cielo.

Capítulo 9

El fin de semana fue sumamente especial para esas tres mujeres. Estuvo lleno de alegrías, risas, felicidad, pero también de confesiones, secretos revelados y reencuentros cara a cara con el dolor.

Primero juntas y después cada una por su lado, vivieron cosas que inevitablemente las marcó y en su mayoría para bien. Y es que compartir esos momentos juntas las hacía sentirse poderosas, importantes, pero también las hacía comprender que demostrar un poco de sus sentimientos y hablar de cosas que podrían llegar a mostrar su lado vulnerable, no era tan malo; no al menos con amigas así.

El sábado en la mañana se encontraron en la casa de Tamara, estaban solas las tres ya que sus padres se encontraban fuera y Mía estaba en casa de una amiga.

Pusieron música a todo volumen y comenzaron a bailar y cantar. Mientras la anfitriona y Magela preparaban el almuerzo, Oriana elegía canciones sumamente alegres en la computadora, también tomaba cualquier cosa que allí encontrara para utilizarlo como micrófono y fingir ser la cantante del tema de turno. Por momentos era la hermosa *Thalia*, en ocasiones la avasallante *Gloria Trevi* y hasta llegó a ser la impresionante *Celine Dion*, sus amigas la aplaudían y coreaban «*otra, otra*» mientras silbaban y fingían ser desesperadas fans.

Luego del show comenzaron a preparar los últimos detalles para la comida que tendrían con Alexia. Magela preparó unas ensaladas para cumplir con el plan alimenticio de Oriana, Tamara adornó la mesa, colocó las copas y cubiertos sobre ella mientras la más chica fue a buscar a su enamorada al parque para guiarla a la que ahora era su casa.

— ¡Llegamos! — Anunció Oriana entrando al comedor tomada de la mano de Alexia — , bueno Alexia, ellas son Tamara y Magela. — Las señaló respectivamente — , chicas... ella es Alexia, mi chica — dijo mirándola con dulzura, acto que la otra repitió.

— Hola, Alexia, bienvenida. Como te dijo Ori yo soy Tamara, pero puedes decirme Tamy como lo hacen las chicas, las puertas de mi casa están abiertas para ti cuando desees venir.

— Muchas gracias, eres muy amable.

— Vamos a comer que se enfría la pasta, ¿no? — dijo Magela ansiosa por hincar los dientes en los tallarines a la Carusso que tanto estuvo deseando, era lo que se le podía llamar su primer antojo.

— Sí, mejor vamos, no vaya a ser que nuestro sobrino o sobrina nazca con una mancha de salsa en la frente. — Rieron.

Pasaron a la mesa donde entre bocados y bebidas de frutas comenzaron a interrogar a la muchacha. Supieron que tenía veintiún años, estudiaba periodismo y soñaba con trabajar como reportera para algún programa de televisión. Se enteraron de que vivía sola, que sus papás estaban en una ciudad vecina y que tenía un hermano mayor y una hermana menor; y lo más importante, confirmaron lo mucho que esa chica quería a su amiga. Alexia por su parte, conoció alguna de las causas por las que ellas se encontraban en la clínica, Magela le contó un poco lo de su niño y que acababa de enterarse de forma sorpresiva que estaba embarazada, Tamy — siempre la más reservada — solo comentó que tenía épocas de depresión

Hicieron una sobremesa con café, té, galletas de avena y cupcakes de chocolate, sellando así lo que fue un día fantástico.

— Realmente me hace muy feliz saber que Oriana tiene unas amigas tan lindas como ustedes. Estoy tranquila al saber que ella está cuidada y protegida, ambas son mujeres muy luchadoras y sé que han pasado por mucho por lo que me han contado hoy, me deja en paz saber que en toda la semana, ella está junto a ustedes y no la dejan sola.

— Eso nunca, Alexia, te lo aseguro. Magela y yo la cuidaremos y no permitiremos que nada malo le pase.

— Gracias. Estoy segura de que eres una gran mamá, Tamy. — Esto hizo que su pecho se oprimiera. Y es que era ya bastante el hecho de llevarse tan mal con su hija, estaba atormentada.

Se despidieron con la promesa de volver a juntarse pronto para seguir conociéndose. Cuando ya habían levantado todo de la mesa, Tamara les pidió a sus amigas que hablaran.

— ¿Qué ocurre, Tamy? cuéntanos.

— ¿Podríamos ir al río? sé que es una locura, pero me gustaría que fuera allí.

— No es ninguna locura — dijo Magela — . Claro que vamos.

Así fue como las tres — en el auto de Magela — salieron rumbo a su destino. Dejaron el vehículo en el estacionamiento de la clínica e hicieron el mismo camino de siempre para llegar a ese sitio que se había vuelto su favorito; el que por alguna razón les inspiraba paz y les proporcionaba la fortaleza para hablar.

— Bueno, lo primero que tienen que saber — dijo Tamara comenzando a hablar —. Es que la verdadera razón por la que mis padres me internaron fue por mis constantes intentos de suicidio. Desde que nació Mía y

hasta ahora fueron más de diez, pero siempre me salvaron, los médicos hacían un buen trabajo o alguien llegaba a tiempo para impedirlo, pero como dicen por ahí «*si no es para ti ni aunque te pongas, si lo es ni aunque te quites.*» Comenzaré desde el principio...

» Cuando cumplí mis quince años, mis papás me obsequiaron una excursión a Bariloche. Yo estaba muy emocionada porque no me lo esperaba, siempre había querido conocer la nieve y esquiar, más que feliz preparé mi maleta, mamá y yo fuimos al shopping donde compramos prendas de abrigo, le dijeron que allá nos prestarían camperas especiales para andar entre la nieve, pero me surtió de otro montón de cosas. El día llegó y muy contentas nos marchamos, éramos un grupo de quince muchachas e hice una profunda amistad con una de ellas — Lorena — Lore y yo durante los diez días que duró la excursión fuimos inseparables, nos identificábamos mucho la una con la otra. Al regresar intercambiamos números y quedamos en contacto, hablábamos casi a diario y los fines de semana, ella se quedaba en mi casa o yo en la suya; un día todo cambió.

Tres meses después del retorno estábamos un sábado en su casa tomando chocolate porque hacía mucho frío. Un muchacho — el más hermoso que había visto jamás — entró por la puerta de la cocina, Lorena corrió a abrazarlo feliz y luego nos presentó — era su hermano mayor, Axel — se nos unió y comenzamos a conversar.

A medida que los días pasaban, él me gustaba más y más. Un domingo cualquiera se me declaró y comenzamos a salir a escondidas ya que mis papás no apoyarían que estuviera de novia con un chico cinco años mayor que yo. Me escapaba del colegio, él iba a casa cuando estaba sola, cosas así, locuras de adolescente; claro que el cuento de hadas duró poco.

Una tarde que estábamos en casa los besos empezaron a subir de intensidad. Como siempre lo frené, pero esa vez no... se detuvo... no lo hizo. Comenzó a meter su mano derecha dentro de mi blusa tocando mis senos mientras con la otra sostenía mis brazos encima de mi cabeza, yo daba patadas, pero solo logré enfurecerlo. Me abofeteó varias veces, arrancó mi ropa, le rogué que parara y él... él solo me dijo que me lo merecía por siempre calentarlo y que esa vez no iría con alguna de sus amigas a sacarse las ganas, que lo haría conmigo porque era yo quien lo ponía así. Con violencia continuó arrancando mi pantalón y mis bragas, cerré mis piernas con fuerza... de nada sirvió, él era más fuerte que yo. Sin piedad alguna me penetró tan... tan fuerte, yo lloraba, suplicaba que se detuviera; ya era en vano. Solo pude cerrar mis ojos y rogar para que eso acabara lo más rápido posible, cuando al fin terminó me dijo que si llegaba a decir algo de eso iba a matarme. Axel se fue

dejándome destruida de todas las maneras posibles, me dolía el cuerpo, me dolía el alma, se llevó todo: mis sueños, mis ilusiones, mis ganas de vivir, mi inocencia. Desde ese día nunca volví a ser yo.

Nunca más quise saber de él y tampoco de Lorena, ella no me hubiera creído y tampoco sus papás. Y a los míos, ¿qué les diría? así que me lo guardé para mi cómo lo que era, mi peor pesadilla.

Varios minutos pasaron hasta que Magela habló, no sin antes entre ella y Oriana abrazar a su amiga para consolarla ya que recordar lo que ese día pasó fue como volver a vivirlo. Lágrimas de impotencia recorrían su rostro.

— Ese... Axel, ¿él es el padre de Mía? — preguntó bajito.

— Sí, ¿entienden ahora el porqué de mis sentimientos hacia ella?

— Claro que te entendemos, pero, ¿qué pasó después?

— Mis padres se enteraron de mi embarazo sin saber que fue una violación. Recién supieron eso cuando Mía cumplió ocho años, luego de que me recriminaran el no haber estado en su fiesta.

— Creo que ahora, Magela y yo entendemos muchas cosas.

— Así es, pero dinos algo, Tamara, ¿qué te está pasando ahora?

— Gracias a ustedes y a esta especie de terapia, a sus experiencias, al verte a ti Magela sufriendo por tu niño, al verte a ti Ori y lo que has sufrido con tu madre... he pensado mucho. Voy a hablar con Mía, voy a contarle la verdad y... voy a pedirle perdón. Quiero tener con ella esa relación que nos negué todo este tiempo si es que ella me lo permite.

— Estamos seguras que sí lo hará y van a ser muy felices, amiga. Estamos muy orgullosas de ti, ¿verdad, Oriana?

— Claro que sí. Te queremos mucho, muchísimo.

— Y yo a ustedes.

El domingo llegó y cada una por su lado vivió grandes momentos.

Magela lo pasó con Bruno, éste la consintió en todo. Pasaron el día en la cama, vieron películas, pensaron en nombres para el bebé, hablaron de Nacho, lloraron juntos viendo fotos de los tres y decidieron que nada de lo que le perteneció sería usado con el hijo que esperaban, sino que éste tendría su habitación y sus cosas. Eso la hizo sentir más tranquila ya que pudo hablarle de sus miedos, sus incertidumbres, de ese terror que le daba reemplazar a su primer hijo. Como ya se lo habían dicho sus amigas, Bruno estaba feliz, pero nunca olvidaría a su primogénito, porque los hijos son únicos e irremplazables, sentía dudas y miedos, pero eran a causa de sentir una felicidad que hacía tiempo no experimentaba. Saber que su marido estaba igual de asustado que ella la hizo tranquilizarse pues se acompañarían mutuamente en esta nueva aventura.

Oriana estuvo con Alexia en casa de sus papás y la presentó como su pareja. Claro que ya se conocían, pero esta vez fue diferente para todos; a diferencia de sus padres los de Alexia eran comprensibles, amorosos y la recibieron alegres por el simple hecho de ver a su hija tan feliz. Compartieron el almuerzo y toda la tarde conversaron de lo más lindo, pasearon juntas por el parque que había a pocas cuadras y se columpiaron como dos pequeñas.

Tamara llamó a su hija diciéndole que necesitaba que fuera a la casa, ésta entre sorprendida y asustada acudió a su madre. Llegó pasadas las diez de la mañana, Mía supo por boca de su mamá toda la verdad, cada detalle, aunque fue muy doloroso: lo de su padre, sus intentos de suicidio, el porqué de sus actitudes y cómo llegó a darse cuenta de que había estado equivocada durante la mitad de su vida al negarla ya que ella era lo único que tenía. Lloraron, se perdonaron, se reconciliaron y juraron jamás volver a distanciarse. Pasaron la tarde abrazadas cómo Mía tantas veces soñó, la felicidad no cabía en su pecho, ahora tenía mamá. Se conocieron, hablaron de sus gustos en todo, escucharon la música favorita de ambas e hicieron una lista de las películas que debían ver juntas. A la noche sus padres llegaron, las encontraron en la alfombra del living jugando al twister y locas de risa, al verlos ambas cayeron y las risas fueron más fuertes. Tamara se paró y fue hacia ellos para abrazarlos, les susurró un «*perdón*», eso bastó para que su madre soltara el llanto, Mía se les unió en ese abrazo que parecía un sueño.

Ya el lunes en la clínica, Tamara habló en la sesión grupal, Alejandra estaba sorprendida, pero feliz. Nicolás sentía que amaba a esa mujer, contó prácticamente todo aunque los detalles más pequeños los dejó para ella y su entorno, pero lo más importante fue que admitió sus errores, su miedo, sus caídas, estaba dispuesta a remendar y recomenzar.

— ¡Qué bueno, Tamy! — dijo Oriana — . Estoy feliz por ti, por tus papás y por Mía, porque ahora tendrá una mamá genial.

— Yo también estoy feliz. Si no hubiera sido tan terca, si hubiera aceptado antes la ayuda, hace tiempo que estaría disfrutándola.

— Eso no es lo importante, lo que realmente importa es que ya lo hiciste y poco a poco podrás establecer esos vínculos con ella.

La conversación acerca de lo que fue su domingo se vio interrumpida por un sonido musical que cada vez se sentía más cerca. Cuando se dieron cuenta de lo que ocurría quedaron casi en shock, Nicolás cantando con toda una banda sonora acompañándolo.

Bésame la boca con tu lágrima de risa...

Bésame la luna, tapa el sol con el pulgar...

No podía ser cierto, Tamara estaba... estática. Casi sin reacción.

*Bésame el espacio entre mi cuerpo y tu silueta,
y al mar más profundo bésale con tu humedad...*
Él cada vez estaba más cerca y sus piernas temblaban.

*Bésame el susurro que me hiciste en el oído,
besa el recorrido de mis manos a tu altar...*

Miró a su alrededor y todos — incluso sus amigas — los veían divertidos.

*Con agua bendita de tu fuente, bésame toda la frente,
que me bautiza y me bendice esa manera de besar...*

Ya estaba frente a ella, su corazón latía acelerado.

*Besa mis campos y mis flores, con tus gotitas de colores,
besa la lluvia que resbala en la ventana...*

Mierda... ¡Se desmayaría!

*Besa mi vida y mis cenizas, me dirás que voy de prisa,
bésame y deja con un grito que lo logre...*

Se perdió en su mirada.

*Besa el torrente de ilusiones, bésame todas las pasiones,
besa mi río hasta su desembocadura...*

«No puedo enamorarme.» Se repetía.

*Besa mi vida y mis cenizas, me dirás que voy de prisa,
besa mis días y mis noches, mis diluvios y mi cielo a pleno sol...*

«Demasiado tarde.» Le respondió su corazón.

*Bésame los ojos aún dormido en la mañana,
bésame la piel con el caudal de tu estrechez...*

Odiaba las rosas, pero la que él acababa de darle era la excepción a la regla.

*Con agua bendita de tu fuente, bésame toda la frente,
que me bautiza y me bendice esa manera de besar...*

« ¡No lo hagas! » Pensó.

*Besa mis campos y mis flores, con tus gotitas de colores,
besa la lluvia que resbala en la ventana...*

Pero lo hizo, acarició su mejilla.

*Besa mi vida y mis cenizas, me dirás que voy de prisa,
bésame y deja con un grito que lo logre...*

Él pudo ver sus ojos llorosos.

*Besa el torrente de ilusiones, bésame todas las pasiones,
besa mi río hasta su desembocadura...*

«Déjame hacerte feliz.» Dijo él con su mirada.

Besa mi vida y mis cenizas, me dirás que voy de prisa,

*besa mis días y mis noches, mis diluvios y mi cielo a pleno sol,
y mi cielo a pleno sol...*

«No creo estar lista.»

Capítulo 10

Hermosa, maravillosa, querida, deseada. Así se sentía Tamara, así y más, era como estar sumergida en un mar de sentimientos en el que quería nadar hasta perderse, que cada gota tocara su piel, sumergirse en su profundidad y empaparse. Deseaba cerrar los ojos y dejarse llevar por la corriente sin importarle nada más, pero, ¿qué pasaba si una vez más quedaba a la deriva?, ¿soportaría volver a quedar varada como un naufrago y no tener salvavidas alguno a mano para salir a flote?

«Nicolás no es igual a Axel.» Le dijo su voz interior.

Pero lo que para su cabeza era tan fácil de entender no lo era para su corazón. Tenía miedo, miedo a salir herida una vez más, a sufrir de nuevo, a llorar por las noches con la única y absoluta compañía de ese vacío que invadía su pecho. Y no sólo por lo físico, no, sino también por su alma, porque contrariamente a lo que todo el mundo puede pensar o creer, el alma también dolía ¡Y vaya que ella lo sabía! dolía porque quería desprenderse del cuerpo y no podía, dolía porque ella no estaba preparada para que la hirieran, dolía porque era pura hasta que otra alma ya sufrida la inundó de maldad; porque esas almas llegan al mundo inocentes, sanas, limpias... y son atacadas por puñales que irrumpen a través de otra alma que ya pasó por eso. Y es que de forma inevitable y casi inconsciente esos actos están dentro de un círculo vicioso casi como un efecto dominó. Ese hombre al que amó y tanto daño le hizo atacó la suya, ella la de su hija y la de sus padres, así sin más. Y estaba el hecho que al pensarlo de esa forma temía herir también el alma de Nicolás.

Luego de la sorpresa que Nico le había dado con esa linda canción, los músicos, la rosa... después de las miradas cargadas de tanto nerviosismo amalgamado con esperanzas y una buena dosis de corazones acelerados, fueron a dar un paseo a un parque cercano — fue raro porque todos se quedaron allí, algunos confundidos, otros divertidos y la mayoría impresionados por semejante osadía de parte del doctor — al llegar se sentaron bajo un árbol y siguieron con la conversación que habían iniciado durante el camino.

— Lo sé, Tamara — decía su enamorado — . Sé que no es fácil, sé por todo lo que has pasado, pero yo sólo quiero ayudarte a sanar esas heridas por completo, quiero cuidarte el corazón, hacerte feliz por siempre. Que entiendas que eres capaz de enamorar y enamorarte, aún puedes ser muy feliz y quiero ser yo quien te saque cada una de tus sonrisas y ser el dueño de tus suspiros.

— Ay Nico... — Tomó su rostro con manos heladas a causa de los nervios que sentía — . Temo sufrir, no voy a negártelo, pero temo más aún hacerte sufrir a ti.

— No entiendo — dijo ladeando la cabeza, gesto que a Tamara simplemente la enloqueció.

— No sé cuándo seré capaz de cumplirte como mujer ¡Y peor aún, no sé si seré capaz de hacerlo en algún momento! desde que me pasó aquello... bueno ya sabes... yo nunca... nunca...

— ¡Tamara! — exclamó Nico enternecido extendiendo la última letra de su nombre.

— Ni siquiera he vuelto a besar a un hombre.

— Todo a su tiempo, mi reina, deja que te acompañe, acepta salir conmigo, vayamos al cine, al teatro, a dónde tú quieras. Conozcámonos y veamos que ocurre después, dame la oportunidad de enamorarte, de mostrarte que el amor del bueno existe en la realidad y que no está sólo en los libros y las telenovelas. Déjame estar junto a ti sin presiones, sin tiempos, sin importar si para lograr un beso de tus labios debo esperar una eternidad. Créeme que prefiero estar a tu lado sin tocarte jamás, a tenerte entre mis brazos y luego perderte.

Lo que ella sentía en su estómago era indescriptible, una mezcla de alegría y miedo que lo oprimían y subía por su pecho hasta llegar a su garganta con la intención de gritarle que se estaba enamorando como nunca creyó hacerlo. Tuvo que respirar hondo varias veces para contenerse, él creyó que ella lo estaba pensando, ignorando que el corazón de esa mujer que amaba ya le pertenecía.

— Está bien, Nico, tú ganas. — La sonrisa del hombre se ensanchó a más no poder y la abrazó.

— No te vas arrepentir, Tamy. Te lo prometo.

— Sin presiones — le advirtió señalándolo con su dedo índice.

— Sin presiones — reafirmó él sintiendo su corazón galopar a la velocidad de la luz.

— Entonces, ¿qué vendrían a ser? — preguntó Oriana luego de que su amiga le contara a ella y a Magela lo que había hablado con Nico.

— No lo sé, Ori. Y para serte sincera prefiero no saberlo, me basta con que no hallan presiones y dejemos que todo fluya y que pase lo que tenga que pasar.

— Pues a mí me parece muy acertado lo que decidieron hacer.

— Habló Magela — , si están destinados a estar juntos, así será. — Las tres rieron divertidas.

— Ya, mejor cambiemos de tema que esto ya se está poniendo cursi, ¿y cómo va nuestro sobrinito o sobrinita allí adentro, eh? — preguntó Tamara acariciando la pancita de su amiga.

— Bien, mañana en la mañana tenemos la ecografía, los análisis de rutina han salido a la perfección, estoy ansiosa por verlo aunque sea por la pantalla, escuchar su corazoncito, todo...

— ¡Ay, qué lindo! ¿Y tú cómo te sientes?, ¿estás mejor con la charla que tuviste con Bruno? — Fue Oriana la que habló esta vez.

— Sí, me hizo bien hablar de mis miedos con él. Hablar con Bruno siempre me calma, me hace bajar a Tierra. Chicas... yo sé que siempre solemos contar nuestras cosas en el río, pero ya es tarde para ir hasta allá y bueno... hay algo que me gustaría contarles, algo que no quiero ocultar más, al menos no a ustedes que han sido sinceras, honestas y me han demostrado que puedo confiar, que sí son mis amigas. Quiero que sea ahora, este el momento para contárselo, lo necesito. — Las otras dos se sentaron de manera más cómoda y con sólo sus miradas le dieron el aliento para hablar — . Cuando pasó todo lo de Nacho y caí en ese pozo depresivo comencé a... a lastimarme a mí misma, me cortaba con las cuchillas de las máquinas de afeitar, con vidrios de vasos o botellas que rompía con ese fin, otras veces me golpeaba a mí misma contra las paredes, me jalaba el cabello, me arañaba... hacía todo lo posible por sufrir físicamente; era como una especie de castigo que me hacía a mí misma por no haber cuidado bien de mi hijo, también quería sentir todo ese ardor, ese dolor en mi cuerpo lograba que el dolor interno disminuyera aunque fuera un poco.

» Un día, una de esas veces que me iba a cortar tuve por primera vez el pensamiento de... bueno... de quitarme la vida. Creí durante unos minutos que sería una buena idea dejarme ir, encontrarme con mi angelito, abrazarlo, amarlo, pero no fui lo suficiente valiente para hacerlo, ¿y saben qué? ahí descubrí que quienes se quitan la vida tienen un grado de valentía importante; no esa clase de valentía para admirar, no, sino un valor muy grande para asumir interrumpir allí su existencia.

En fin... no pude, pero desde ese día me fui dejando llevar por la tristeza, comía poco, tiraba los medicamentos por el inodoro, asumí como mi pensamiento de cabecera que dejarse llevar por la depresión también es una forma de suicidio, solo que menos drástica. Podía hacerles creer a todos: a mis médicos, a mi esposo y a mi mamá que quería cuidarme, que estaba dispuesta a salir adelante. Por eso hice un trato con Alejandra, yo las ayudaría a ustedes

y a cambio tendría que hacer mis terapias y hablar yo también, por eso me costó un poco aceptar que ustedes hicieran sus terapias alternativas conmigo, no podía con mis problemas, menos iba a poder ayudar a los demás, pero todo dio un giro drástico y salió mucho mejor de lo que esperaba.

— Que duro, Magela — dijo Tamara sintiéndose en algún punto identificada — . Te ha tocado algo muy difícil de sobrellevar.

— Tamy tiene razón, Magela, te tocó duro, amiga. La pérdida de un hijo ha de ser... es que ni siquiera... ¡Disculpa, soy una bruta! — dijo apenada.

— No pasa nada, chiquita — le respondió con sinceridad.

— Pero lo importante es que sin quererlo has podido ir superando poco a poco tus problemas.

— Sí, Ori. Y ustedes han sido parte fundamental para ello, porque si bien éste bebé viene a terminar de sanar mis heridas, ya desde antes estaba mejor. Ya no pensaba todo el tiempo en mis sufrimientos, deseaba que el día siguiente llegara para poder hacer juntas lo que habíamos planeado, sin siquiera proponérselo me ayudaron a darle un poco de sentido a mis días.

— Y pensar que todo esto empezó para sacarnos de encima las sesiones con Alejandra. —Se rieron—, terminó convirtiéndose en algo muy hermoso — dijo Tamara acercando a ella a ambas amigas para abrazarlas —. Las quiero chicas.

Se abrazaron como solían hacerlo, no era la primera vez que ocurría. Pero esa vez fue diferente, algo había cambiado, por primera vez fueron conscientes de lo mucho que se habían ayudado, de todo lo que había cambiado en su interior. Lo que había comenzado como una terapia, como parte de un acuerdo necesario para escapar de esa cárcel en la que se sentían atrapadas ahora era una necesidad, necesitaban contarse sus cosas, les hacía falta la comprensión de las otras, y lo más importante, hicieron la más hermosa y perfecta amistad.

La mañana siguiente llegó y Magela se encontraba con su marido en el consultorio médico listos para esa primera ecografía. Ya ella se encontraba sobre la camilla, con su blusa arremangada a la altura de sus pechos, debajo de ellos — en su vientre aún plano — la doctora colocó el gel frío, Magela se erizó aunque supo que no era a causa de la sustancia sino a consecuencia de la ansiedad.

La doctora comenzó los movimientos con el ecógrafo, tomó las medidas del bebé e hizo que oyeran su corazón al tiempo que les confirmaba que todo venía bien y les entregó los resultados junto con la grabación del estudio. En la puerta del consultorio, ella y Bruno se miraron para luego

abrazarse y llorar, llorar por la vida, por la muerte y por la magia que lograba que esas dos cosas tan distintas se unieran con el fin de subsanarse una a la otra.

— Magela, mi amor. — Las lágrimas corrían por su rostro sin control — . Recién ahora logro comprender de lo que me has hablado todo este tiempo sobre... sobre el miedo de... de suplantar el recuerdo de Nacho con este nuevo bebé. Pero te juro por mi vida, nena, que eso no sucederá y nuestro bebé sabrá que tuvo un hermano mayor que lo protege desde el cielo, que es su angelito de la guarda. Lo haremos juntos, iré contigo a las terapias, haremos todo juntos ¡Esto es mágico, nena!

— Lo sé... gracias, cariño. — Volvió a abrazarlo sin saber que más decirle a ese hombre tan perfecto para ella.

Capítulo 11

Dos semanas después todo seguía su curso, varias cosas iban tomando forma y otras volvían a su lugar.

Oriana y Alexia planeaban su primer viaje juntas como pareja, pasarían tres días en la playa en una casa que arrendarían aprovechando el feriado del viernes, Alejandra le dio la autorización para salir ese jueves por la noche de la clínica y así partirían el viernes en la mañana. Lo cierto es que la doctora ya estaba pensando en darle el alta, sus problemas alimenticios estaban muy bien dominados, su carácter había mejorado muchísimo desde el momento en que se fue de la casa de sus padres y hasta había comenzado a buscar una carrera corta para ponerse a estudiar en cuanto le dieran de alta y también trabajar. Esto último representaba un problema ya que Oriana ni siquiera sabía hervir un huevo — literal — pues como toda niña rica creció rodeada de gente que todo lo hacía por ella, en su niñez y parte de su adolescencia supo ser lo bastante altanera como para ni siquiera lavar la taza en la que había bebido su té, pero lo importante era que estaba dispuesta a aprender, quizá podría cuidar a algún niño o hacerle compañía a una persona mayor; eso sí, buscaría trabajo durante el día y así en la noche estudiaría. Otra cosa que no definía aún era a dónde viviría, se sentía muy a gusto en casa de Tamara, sus padres la trataban como a una nieta y su vínculo con Mía se había visto fortalecido luego de que Tamara y ella hicieran las pases, pero no podía quedarse allí para siempre, irse con Alexia no era una opción ya que una vez lo habían charlado y su novia le había dicho que soñaba con casarse, no se conformaría con ser la concubina de nadie. Claro que eso fue hace mucho tiempo atrás cuando ellas ni siquiera se sentían atraídas y Oriana aún andaba de amores con el maldito de su ex; justo de eso hablaba con Magela en la habitación al tiempo que preparaba su maleta.

— Y por eso mismo no me atrevo a proponérselo — decía mientras doblaba su polera verde manzana.

— A ver, Ori, yo creo que ustedes dos tienen una hermosa relación y también mucha confianza, se conocen hace tiempo y las cosas ahora son distintas. Y lo más importante es que ustedes dos se adoran. — La tomó del brazo y la sentó a su lado — , si no lo hablas no sabrás qué es lo que en realidad piensa, además el hecho de que ahora puedan vivir juntas no significa que no vayan a casarse luego. Háblalo con ella, la comunicación es uno de los pilares fundamentales en la pareja. — La animó acariciando su hombro.

— Muchas gracias, Magela, eres una persona en verdad increíble y

muy certera, tienes la palabra justa para cada momento. Deberías retomar tu carrera, la psicología es tu don sin duda alguna.

— Pues lo haré cuando el bebé nazca y cumpla sus primeros meses, me inscribiré en la facultad para continuar, ya lo hablé con mi madre y con Bruno, se alegraron muchísimo, mamá cuidará de su nieto mientras estoy en clases, va a ser algo cansón, pero valdrá la pena.

— ¡Te felicito, amiga! es una gran idea y estoy segura de que te irá genial.

— Y tú, ¿ya sabes qué estudiarás?

— Sí, estudiaré administración de empresas, eso sumado a los estudios que ya tengo en algunos programas informáticos y otros que haré, eso me ayudará a conseguir un buen trabajo de aquí a un par de años.

— Muy bueno tu plan. — Le sonrió al tiempo que una idea se le cruzó por la cabeza, y es que cuando de ayudar a otros se trata podía llegar a ser muy imaginativa.

— ¿En qué piensas? — dijo su amiga frunciendo el ceño —. Conozco esa carita.

— Solo en que... ¿cómo le estará yendo a Tamara con Nicolás?

— Sí, lo mismo me pregunto, y yo que no me enteraré de nada hasta el lunes...

— Pues tampoco yo ya que en un rato también me voy a casa, mañana en la mañana tengo que hacerme un análisis de sangre, se llama curva de glicemia y es algo tedioso y cansón, Alejandra me dio permiso para irme directamente a casa.

— Pues nos toca esperar hasta el lunes entonces. — Un golpe en la puerta cortó la charla, era Alejandra.

— Hola, chicas, ¿cómo están? — Les sonrió.

— Muy bien, gracias — respondió Magela por ambas mientras le devolvía la sonrisa.

— Me alegra mucho saberlo. Vine por dos motivos, el primero eres tú, Oriana. — Se acercó a ella y la tomó de las manos —, estoy muy orgullosa de ti, las terapias que has tenido conmigo han ido en ascenso y la nutricionista me informó que vas de maravilla con los planes alimenticios. Estamos cerca del final y sé que hay algunas cosas por allí que te preocupan, pero quiero pedirte que estés tranquila estos días porque son muy importantes no sólo a nivel personal sino también cómo paciente psicológica en etapa final de recuperación. Estarás por primera vez en meses lejos de tus amigas y de tus médicos, confío en ti y en que sabrás llevar la situación, no hay que pensar en cosas malas, pero si necesitas algo, lo que sea, llama a cualquiera de

nosotras, ¿está claro?

— ¡Por supuesto, doctora! y gracias... gracias por todo, has sido mucho más que mi psicóloga y lo sabes. Gracias por siempre estar al pendiente, por permitirnos llevar a cabo esa idea loca de la terapia entre nosotras tres. — Rieron suavemente — . Gracias porque por ello conocí a dos mujeres increíbles y ahora tengo a las mejores amigas.

— Me hace sentir muy feliz saber que todo ha salido mejor de lo que pensamos.

— Perdón que interrumpa. — Una enfermera abrió la puerta apenas entrecerrada — . Buscan a Oriana.

— Me voy — dijo emocionada — , adiós Ale y otra vez gracias. — Se dieron un cálido abrazo — , y tú... cuida a mi sobrino — dijo caminando hacia Magela quien la recibió con los brazos abiertos.

— Pásala genial, mi chiquita, diviértete y cuídate — dijo soltándola.

— ¡Adiós! — Les gritó ya fuera de la habitación.

— Esa chica es increíble — dijo Alejandra.

— Sí, lo es. Y muy valiente. — La doctora asintió — . ¿Sabes? estaba pensando en algo relacionado con ella.

— ¿Sí? cuéntame.

— Es que ella me estaba diciendo que va a estudiar administración y que tiene algunos cursos informáticos hechos. Aquí en la clínica, Camila está sola para ocuparse de todo y se me ocurrió que tal vez puede ayudarla, ¿qué te parece?

— Es una buena idea, no sabía que esa era la intención de Oriana, pero es algo muy bueno. Camila podría enseñarle algunas de las tareas de aquí, más lo que ella ya sabe es perfecto, si le sumamos los conocimientos que irá adquiriendo... pues es un excelente plan. Yo aquí no tomo la decisión sola, pero sé que el resto estará de acuerdo, al menos la mayoría.

— ¡Qué bien! — exclamó feliz.

— Cuando entré les dije que venía aquí por dos cosas, la segunda era hablar contigo sobre algo más, también estoy orgullosa de ti y mucho, has sido un pilar fundamental en la recuperación de Tamara y Oriana, ayudaste a muchas personas con tus introducciones a las charlas y ahora tus depresiones han desaparecido casi por completo. Es lógico que siempre tendrás luto en tu corazón y ahora estás dominando en qué momentos éste te puede invadir, pero a mí no me engañas; si no fuera por ese bebé que viene ahora en camino todo seguiría igual para ti. Siempre noté que aparentabas estar mejor de lo que en realidad estabas, pero como no había signos de que siguieras hiriéndote ni alertas en tu comportamiento de que podías hacer algo peor, te dejé para ver a

donde llegabas.

› No debería decir esto porque soy médico, pero gracias a Dios la vida te regaló un nuevo motivo para salir adelante y para volver a querer seguir. Cómo ya lo hablamos, un hijo no reemplaza a otro ¡Pero cómo alivia! esa es hoy tu mejor terapia, ver tu vientre crecer, empezar a sentir sus movimientos, tener antojos, que tu mamá y tu esposo te llenen de besos y abrazos, que busques nombres y compres ropita. Lo cierto es que ya nada puedo hacer, así que Magela, hoy yo te doy el alta de este lugar. — Sorprendida fue hacia la doctora para abrazarla con fuerza.

— Gracias, gracias, gracias... — repetía una y otra vez mientras lágrimas rodaban por sus mejillas.

— No tienes nada que agradecer porque yo sólo he cumplido con mi trabajo. Ahora voy a explicarte lo que haremos. — Asintió limpiando sus lágrimas con las palmas — . Hoy cuando te vayas puedes llevarte todas tus pertenencias, Bruno debe firmar el alta ya que te ingresó aquí en contra de tu voluntad, vendrás los martes y viernes a control, eso solo por algunas semanas, luego vendrás dos veces al mes. Los antidepresivos no dañan al feto así que seguirás con ellos al menos por algunas semanas, pero en dosis bajas, veinticinco miligramos por día en la mañana. Si llegas a sentirte muy ansiosa me lo dices y te recetamos un ansiolítico, eso tampoco dañará al bebé, lo importante es que lleves este embarazo lo más tranquila posible por ti y por tu hijo, ¿sí?

— Entiendo. Gracias, doctora. — La sonrisa no le cabía en la cara.

— Bien, voy a acelerar todo para que cuando Bruno llegue por ti solo sea para firmar.

— Alejandra... — La llamó cuando ésta ya iba de salida — . Quiero pedirte un favor.

— Claro, dime.

— Quisiera seguir viniendo los lunes a iniciar las charlas como voluntaria.

— Por mí no hay problemas, déjame ver que dicen los demás ya que aquí no hay voluntarios porque es una clínica privada, pero tú tranquila que de alguna manera lo arreglaremos.

Cuando la doctora se marchó, Magela solo pudo llorar, lloró de felicidad, de alivio, de satisfacción. Tocó su vientre y agradeció a Dios esta nueva oportunidad.

— ¿Qué es esto? — le preguntó Tamara a Nicolás luego de que éste la

llevó a un lugar que ella no conocía. Habían ido primero al cine y luego a una exposición sobre objetos pre-colombinos en un museo. Al salir de allí, él le dijo que cenarían, pero el camino comenzó a tornarse largo y le fue inevitable comenzar a asustarse. Él lo notó y colocando una mano en su rodilla le susurró un «*tranquila, mi reina*» que hizo magia en su interior. Al llegar al lugar estaba algo oscuro y Nico le pasó una tela para que se cubriera los ojos, ella accedió a regañadientes, caminaron por algunos minutos, Nico la guiaba con una mano en su cintura cosa que a ambos les provocaba una fuerte corriente eléctrica por el cuerpo — química le llaman algunos — para Tamara era un signo de alerta y para Nico era una reacción física del amor. Cuando al fin llegaron y los ojos de Tamara fueron descubiertos vio el hermoso sitio — un velero anclado a la orilla de un río — había una pequeña mesa redonda con velas, vino, una cena y música lenta de fondo.

— ¡Es maravilloso, Nico!

— Gracias — respondió con tono de autosuficiencia — . Es para ti, para nosotros.

Ella asintió sonriendo y tomaron sus lugares.

— ¿Cómo lo lograste? digo, alguien debe haberte ayudado.

— Sí, tuve una cómplice inteligente, con buen gusto, discreta y hermosa... cómo su mamá.

— ¿Mía? — indagó con incredulidad — . Esa niña...

— Esa niña te adora, no dudó ni un instante en ayudarme cuando le conté del plan.

— Ustedes dos son unos tramposos — afirmó mientras reía, se sentía muy feliz.

— No, no somos tramposos, solo te amamos. — Sus miradas se conectaron por un segundo. «Sin presiones» se recordó a sí mismo — . Comamos.

La velada transcurrió de manera perfecta, la magia podía olerse, casi palpase. Hablaron, rieron y se contaron anécdotas de su infancia, Nico ya sabía casi todo de los últimos años de la vida de Tamara, pero oír algunos relatos de su propia boca fue diferente.

Por otra parte, él quiso contarle varias de sus experiencias, un poco porque quería que lo conociera y otro poco para que ella no se sintiera en desventaja.

— Pues bien, tengo treinta y un años y soy psicólogo recién recibido, Alejandra fue una de mis profesoras en la facultad y me trajo a la clínica porque según ella soy bueno y tengo vocación. Estuve casado con una novia de la secundaria, contrajimos matrimonio cuando ambos teníamos

veintiuno... Belén falleció cuatro años después a causa de una infección pulmonar que los médicos no pudieron frenar, eso me devastó y renuncié a mi carrera de veterinario, a mi vida social y familiar; pero una noche casi un año después de su muerte soñé con ella. Me pedía que siguiera con mi vida, puede parecerte loco, pero para mí en ese momento fue mi salvación, así que a la mañana siguiente comencé de nuevo. Allí fue cuando decidí estudiar psicología, tengo fotos y cosas tuyas, pero están guardadas, solo en la chimenea tengo una fotografía de ambos el día de nuestra boda, a Belén le gustaba mucho esa foto.

— Ha de ser muy fuerte perder así a tu pareja, al amor de tu vida.

— Sí, es algo muy difícil de asumir y sobrellevar, pero aprendí a hacerlo y creí que sería mi único amor, me equivoqué. Tamara... — dijo tomándola de la mano — . Sé que dijimos que no habría presión y créeme que no es mi intención, pero estas semanas solo he conseguido enamorarme más de ti, no quiero perderte a ti también, quiero vivir este amor. Sé que sientes algo por mí y que es el miedo lo que te impide obrar. Por favor, deja que él se marche, no lo alimentes, alimenta tus sentimientos para así permitir que te haga feliz.

Nicolás la observaba dulce y desesperadamente con su mano aún sobre la suya, ¿cómo era posible? su tacto lograba que ella sintiera frío y a la vez calor. Él comenzó a acercarse en forma lenta, ella quería que siguiera y también que se detuviera, su cuerpo temblaba, un fuego inmenso recorría su rostro, su estómago, sus partes más íntimas, pero sus manos y pies los sentía helados como un témpano; hasta sentía taquicardia... ¡Creía que moriría en cualquier instante! y es que no sabía que esas sensaciones en realidad existían.

Sus manos izquierdas estaban entrelazadas, la derecha de ella jugaba con el pelo de él y la mano derecha de Nico acariciaba la barbilla de Tamara ¡Quería besarlo, pero no quería hacerlo! Dios... ¿qué deseaba en realidad? muy en el fondo de su ser sabía, sentía que hiciera lo que hiciera despertaría luego un arrepentimiento.

Se miraban a los ojos, se decían todo y a la vez nada, así pasaron segundos... así pasó una eternidad hasta que al fin él lo hizo... la besó.

Probar sus labios fue la gloria para ese hombre tan enamorado, para ella era como probar pura miel en un acto tan salvaje como tierno, esa mezcla sí existe. Era un beso de esos que tienen personalidad, vida propia, esos que hacen lo que quieren, los que toman el rumbo que se les antoja y uno ya no es dueño de él porque es su decisión cómo y cuándo acabar.

Capítulo 12

Tamara llegó a su casa en lo que ella sentía — una nube con aroma a cerezas y miel — se sentía una adolescente otra vez, su interior estaba en el punto máximo de adrenalina y su corazón no latía, galopaba. El cosquilleo en su estómago demostraba que casi todas sus barreras y cada uno de sus miedos habían sido derribados, Nicolás se había mezclado en ella, en cada gota de su sangre, en cada rincón de su esencia, en cada milímetro de su alma.

No podía evitar preguntarse cómo se sentiría el día que al fin fuera capaz de entregarse al él por completo, si sólo con sus besos viajaba por los cielos si llegaban en algún momento a hacer el amor se perdería entre las estrellas.

Rozaba sus labios con su mano derecha evocando el sabor de sus bocas fundidas en una y con sólo pensarlo era capaz de volver a sentirlo, suspiró arrojándose al sofá sonriendo como tonta.

— Mamá. — Mía la llamó. No obtuvo respuesta —, ¡Maaa! — dijo aún más alto —, ¡Mamáaaa! — Un grito mucho más agudo le funcionó —. ¿Estás sorda? Pfff... qué pregunta la mía, tú lo que estás es enamorada.

— Para que te digo que no, si sí. — Rieron —. Nico es maravilloso, es inteligente, dulce, paciente... nunca creí que alguien así llegaría a mi vida.

— Te lo mereces por todo lo que sufriste estos años.

— No sé si en realidad me lo merezco, Mía. Es cierto que sufrí, pero también te hice daño a ti y a mis papás, ninguno de los tres lo merecía.

— Ya hablamos de eso — dijo intentando frenar las culpas de su madre.

— Sí, lo hablamos, pero no me va a alcanzar la vida para pedirles perdón. Soy responsable de muchas de sus lágrimas y de la mayoría de sus angustias, podría haber intentado salir adelante hace mucho, haber oído las advertencias, las alertas, pero no, fui egoísta, solo pensaba en mi sufrimiento sin darme cuenta de que con todo lo que hacía ese dolor crecía más y más llegando hasta ustedes que nada tenían que ver.

— Ya no te martirices, mamá. Ya todo eso pasó y lo importante es que estás bien y pronto estarás todos los días en casa, vamos a compartir muchas cosas nuevas y nada va a separarnos nunca más.

— Gracias, hija. Gracias por perdonarme después de todo el sufrimiento que te causé. — Se sonrieron —. Ahora comprendo a la perfección eso que nos dijo Alejandra cuando recién comencé en la clínica *«el tiempo perdido no se recupera, pero se pueden crear nuevos tiempos.»* Si de

algo estoy segura es que quiero tenerte en cada uno de ellos, quiero compartir mi vida contigo y que tú lo hagas conmigo.

— Así será, mamá. — Se abrazaron — . Ahora deja de hacerte la tonta y cuéntame cómo te fue con Nicolás.

— Para empezar te diré que ya estoy enterada de que fuiste su cómplice — dijo señalándola con su índice y la miró divertida.

— Yo sólo quería verte feliz y sé que con él puedes serlo. — Se justificó.

— La verdad es que la pasamos muy bien, me gusta mucho y no te diré más nada porque eres mi hija y me siento incómoda haciéndolo.

— Solo dime si hicieron cositas o no...

— ¡Mía! ¿Cómo se te ocurre hablar así conmigo? ¡Soy tu madre, caramba! — decía al tiempo que le tiraba una almohada a su hija convirtiendo la acción en una guerra muy divertida.

— Alexia... ¡Este lugar es hermoso! ¿Cómo hiciste? — dijo Oriana viendo maravillada el apartamento en el que se instalarían, no era muy grande: un estar, cocina, un dormitorio y baño. Pero los detalles en piedra y madera, la estufa a leña, el estilo de decoración y una pequeña estantería llena de libros le daban al lugar una hermosa sensación de verdadero hogar.

— El poder del ahorro, cariño — respondió guiñándole el ojo — . Me gustaría mucho que durante el invierno pudiéramos venir y darle uso a esa chimenea.

— Suena genial. — Se sonrieron.

De pronto Oriana pudo notar el fogoso deseo en la mirada de Alexia y eso bastó para que sintiera una chispa encenderse en su interior, se acercó a ella y besándola con dulzura le susurró un «te deseo» que fue suficiente para rebasar los límites y mandar el autocontrol al mismísimo infierno.

Comenzaron a quitarse sus prendas con suma delicadeza, como si la otra fuera a quebrarse al ser tocada. La primera en quedarse en ropa interior fue Alexia, quien recibió una mirada lujuriosa de su enamorada y la hizo ruborizar, no era la primera vez que iban a tener intimidad, más nunca había sido algo tan especial ya que siempre era a escondidas y sin poder dejar que sus cuerpos se exploraran con total libertad.

Desprovistas de las telas que las cubrían se recorrieron mutuamente con suma delicadeza, con roses y toques cosquillosos impregnaron sus pieles de besos y caricias.

Eso era amor en el estado más puro. Era sellar su relación, reafirmar sus sentimientos, era comprobarse la una a la otra que ahora sin miedos se pertenecían por completo, sin obstáculos, sin temor alguno.

El miércoles las tres se encontraron en una cafetería en el centro. Querían contarse varias cosas, estaban en constante comunicación, pero no les parecía suficiente lo que hablaban por el grupo de *WhatsApp* «*Las Tres Marías*» como Nico les decía, no se comparaba con estar juntas y ver los rostros de las demás con sus reacciones y gestos.

Magela llegó agitada y un poco atrasada.

— Disculpen, chicas — dijo saludándolas — , es que una clienta se puso complicada con los vestidos. — Rodó los ojos — , nada le servía o era muy oscuro, muy brillante, demasiado largo... ¡Qué fastidio! — Las otras rieron a carcajadas —. No es gracioso.

— ¡Perdón! — exclamaron al unísono, no sirvió porque ahora las tres reían más fuerte.

— Ya, la gente nos mira raro, deben pensar que estamos locas.

— ¡Ay, Magela! ¿Qué importa lo que piensen? estamos felices y eso es lo único que debe importarnos — expresó Oriana.

— Bueno, a ver Oriana, empieza tú a contarnos — dijo Tamara moviendo las cejas de arriba a abajo con picardía. Por más que ellas aún permanecían en la clínica habían decidido no hablar hasta estar las tres juntas, Magela no había podido antes ya que su mamá estaba con una de esas gripes de verano y ella debía hacerse cargo de la tienda sola, pero ese día había cerrado un rato antes para ver a sus amigas; las tres estaban ansiosas por hablar.

— Fueron tres días maravillosos, paseamos de la mano como cualquier pareja normal, corrimos por la orilla del mar, cocinamos juntas, fuimos a bailar... era como estar de luna de miel. — Sus amigas la observaban con dulzura — , por primera vez pudimos hacer el amor sin miedo a ser descubiertas, disfrutar de estar juntas, de descubrirnos más... ustedes me entienden. — No pudo evitar ruborizarse.

— ¡Que tierno, Ori! — Magela acarició su mano — . Ahora dinos, ¿hablaron de algo más? o sea, eso de vivir juntas o algo.

— La verdad es que no, eso sí lo hablé con Tamy. — La miró — . Pero eso ya entra en lo que ella debe contarnos, ¿cierto?

— Tamara, cuenta, ¿cómo te fue con Nico?, ¿a dónde te llevó esta vez?, ¿qué es eso de lo que habla Oriana?

— Mete el freno, Magela. — Rieron.

— ¡Es que estoy ansiosa! — exclamó frotando sus manos.

— ¿De verdad? pero si no lo notamos... — Esta vez habló Oriana con

sarcasmo.

— ¡Ya cállense o no cuento nada! — Ambas se pusieron atentas — . Así me gusta.

Les contó todo, desde que Nico la recogió en su casa, la película que vieron y cómo la tomaba de la mano mientras la veían, como pasearon por el museo mientras él le pasaba el brazo por el hombro y le enseñaba sobre los objetos que exhibían, la cena que preparó con complicidad de Mía... y el beso.

— ¿Y qué sentiste?

— Ay, Magela! la pregunta correcta sería, ¿qué no sentí? jamás había experimentado algo igual y no solo por lo bien que besa sino por la intensidad y por lo que me despertó. Y no sólo fue un beso sino que nos dimos varios después, las caricias... — suspiró — . Pero eso no está bien.

— No digas tonterías, Tamy — le reclamó Oriana — . A kilómetros se nota que están locos el uno por el otro, ¿qué es lo que está mal según tú?

— Siento que no lo merezco, no creo merecer tanto amor, tantas cosas bonitas. Yo hice sufrir mucho a mis padres y a mi hija, ¿cómo puedo merecer algo así?

— Disculpa, pero no estoy de acuerdo — dijo Magela ahora muy seria — . Cometiste muchos errores, es verdad, pero los asumiste y pediste disculpas. Y no solo eso, estás demostrando con hechos que de verdad te arrepientes, no es de la boca para afuera. Hace algunas semanas te hubiera dicho que antes de querer a alguien más hay que quererse uno mismo, valorarse, perdonarse y que estabas dentro del proceso correcto, pero ahora que ya has asumido las cosas, que estás formando un vínculo precioso con tu hija, ya has hablado con tus papás y sobre todo que has asumido tus errores y estás mejorando, ya no tienes excusas. Sé que tu preocupación no es por el hecho de creer que no mereces ser feliz o al menos no solo por eso, sino también porque tienes miedo a sufrir lo mismo que con el padre de Mía, pero ya no será así y no porque Nicolás sea cómo es sino porque ya no eres una niña y vas a saber defenderte; confía en ti misma, en tu instinto, no permitas que los fantasmas del pasado sigan dominando tu vida. Permítete ser feliz, amiga.

— Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad? bueno a ambas. — Rio entre lágrimas.

— Y nosotras a ti y siempre estaremos para ti — le dijo Oriana.

— Gracias, les prometo que voy intentarlo. — Se limpió el rostro húmedo.

— ¡Eso... así me gusta! — Sonrieron — . Ahora bien, ¿de qué habla Ori?

— Es que cuándo Alejandra me dé el alta voy a alquilar un apartamento para vivir con Mía y así aprendamos a convivir, a llevarnos mejor. Creo que es algo que nos hará mucho bien a las dos, también va siendo hora de que salga del ala protectora de mis padres y comience a valerme por mi misma y hacerme cargo de mi hija — aunque ya esté crecida — Mía está muy contenta con la idea y fue de mutuo acuerdo proponerle a Ori que se venga con nosotras; aunque esta cabeza dura se negó mucho, terminó aceptando.

— Es que no quiero estorbar, ustedes necesitan tiempo juntas.

— Sí, lo tendremos. Pero yo no pienso dejarte sola porque ahora tengo dos hijas; Mía y tú.

— Gracias — dijo sin más. Las palabras de Tamara la emocionaron.

— ¡Esto hay que celebrarlo! — dijo Magela — . Pidamos jugo de mango para brindar.

Por lo general cuando el frío comienza a azotar, la vida se calma, y eso mismo pasó. Para principios de junio — cuatro meses después de aquel café — muchas cosas pasaron.

Oriana luego de ser dada de alta comenzó a trabajar en la recepción de la clínica, así como Magela le había sugerido a Alejandra, atendía llamadas, ingresaba fichas en la computadora, entre otras cosas; había comenzado su carrera de administración por lo que estaba todo el día ocupada. Su mente no tenía tiempo para pensar en nada que no fuera trabajo, estudio, amigas y Alexia ¡Se sentía tan feliz! sonaba irónico que antes, teniendo todo, no tenía nada en realidad, pues le faltaba alegría y también libertad. A veces por las noches al agradecerle a Dios todo lo bueno que le había regalado la vida, de manera sorpresiva pensaba en cómo sería si siguiera con sus padres en aquella mansión, seguramente estaría esquelética, sin haber superado su trastorno alimenticio, deprimida y sola; o estudiando en el exterior una carrera horrible de esas que su madre quería que estudiara. Pero como el hubiera no existe mejor se dedicaba a disfrutar lo que sí tenía: una vida encaminada que pintaba sería hermosa, una hermana del corazón, una mamá del alma que se transformaba en una de sus mejores amigas cuando se juntaba con Magela, también compartía con el amor de su vida. Ya había hablado con Alexia y cuando ambas acabaran sus carreras se casarían y tal vez hasta podrían adoptar un niño.

Por otra parte, Tamara estaba dichosa ya que sentía que tenía dos hijas, al final no había resultado tan malo. Ya no estaba interna, pero tenía que

asistir a varias terapias más, estaba trabajando en una inmobiliaria, enseñar casas no era lo que le gustaba, pero dejaba buen dinero y podía pagarse sus estudios y parte de los gastos generales, finalmente se decidió por estudiar enfermería; el siguiente año comenzarían las prácticas y pronto trabajaría de eso. Su relación con Mía marchaba de maravilla, la chica estudiaba su último año de preparatoria y el próximo año comenzaría magisterio. Con Nico todo iba viento en popa, paseaban, hacían viajes cortos algunos fines de semana, ella se quedaba a veces en su apartamento o él con ella cuando Mía visitaba a sus abuelos o ya sea porque Oriana se quedaba con Alexia. Aún no habían dado «ese paso», pero Nico le tenía paciencia aunque Tamara sabía que no faltaba mucho para que ocurriera.

Y Magela... ella se sentía completa. Había aprendido a dominar sus sentimientos y entender que su nuevo bebé no era un reemplazo, veía las fotos de Nacho y ya no lloraba tanto como antes, se controlaba y trataba de recordarlo siempre con una sonrisa. Seguía yendo a la tienda a ayudar a su mamá, pero ya comenzaba a leer libros de psicología que Alejandra le había prestado para irse preparando para la facultad, aún faltaban unos nueve meses para empezar. También daba charlas los lunes en la clínica luego de la insistencia de la Dra. Alejandra a los directivos y que estos comprobaran que la chica era realmente buen incentivo. Con su vientre que pisaba el sexto mes de gestación estaba radiante, les habían confirmado que era una niña y escogieron llamarla Paloma.

Solían ir al río las tres aunque ahora solo a pasar tiempo juntas, a respirar paz, ninguna de las tres olvidaba una de las últimas veces que allí estuvieron, Alejandra las había observado a lo lejos y se acercó a hablarles:

«Estoy muy orgullosa de cada una de ustedes, supieron ser valientes y fuertes, admito que este logro no es mérito mío sino completa y totalmente de ustedes, porque en estos casos yo casi no obré. La terapia que realmente funcionó aquí fue su amistad, estoy feliz de que empiecen sus vidas otra vez y recuerden que siempre estaré aquí para ustedes. Las quiero mucho.»

Un martes se encontraban las tres en casa de Magela ya que todas tenían la tarde libre. Té de jazmín y galletitas de limón en medio de una animada charla eran el ambiente perfecto.

— ¡No, Magela, no, por favor! — Suplicó Tamara — . Hay miles, millones de nombres, ¿por qué Paloma?

— Ya, no seas mala — se defendió — . Es dulce.

— ¡Ay no, no lo supero! — dramatizó.

— A mí me gusta — opinó Oriana.

— ¿Ya ves? no soy la única, Ori me apoya.

— ¡Par de locas! — El timbre sonó —. Voy yo, ese es Nico.
— Awwwww... es Nico. — Comenzaron a burlarse sus amigas.
— Son una pareja tan linda — dijo Oriana asegurándose de que Tamy no la oyera.

— Sí, lo son.

— Buenas tardes, ¿cómo están *Las tres Marías*? aunque ya las veo, bellísimas como siempre.

— Y tú siempre tan exagerado, yo estoy que salgo rodando con esta panzota — dice Magela frotándola.

— Nada de eso, sabes que estás muy linda.

— Nico tiene razón — añadió Tamara —. Ya quisieran todas la embarazadas estar tan radiantes como tú.

— Ustedes lo dicen porque son mis amigas y me quieren. Igual, gracias. — Su celular sonó por lo que se paró del sillón, pero al hacerlo un mareo la invadió, las chicas la sostuvieron.

— ¿Estás bien? — preguntó Tamara nerviosa.

— No... — No podía hablar.

— Chicas — dijo Nico —. Llévela a su habitación, yo llamaré a Bruno y le avisaré.

Así lo hicieron, Nicolás llamó a Bruno y éste al médico de su esposa. Una hora después ya la había revisado y suministrado un calmante suave.

— La señora Magela tiene la presión alta. Es normal durante el embarazo, pero necesita cuidados y descansar, le di el calmante por el dolor de cabeza, es consecuencia de los valores de la presión arterial, pero no hay de qué preocuparse, deberá seguir un régimen asódico y el jueves llévela a mi consultorio para evaluarla.

— Gracias, doctor. — Bruno le estrechó la mano —. Allí estaremos.

— Los espero a las diez de la mañana — respondió —. Buenas noches a todos.

— Nosotros también nos vamos — anunció Nico —. Cualquier cosa, avisa.

— Sí, Bruno — intervino una preocupada Tamara —. No importa la hora, cualquier cosa llama, por favor.

— Claro que sí, gracias a los tres, son grandes personas. — Los acompañó y despidió en la puerta.

Llegó la mañana luego de una noche en la que Magela durmió como un angelito y Bruno permaneció despierto cuidando a su esposa y su hija.

— Buenos días, amor — saludó Bruno a su mujer cuando ésta abrió sus ojos.

— Hola, mi vida — acarició su rostro —, ¡No has dormido!
— Sentenció. Lo conocía a la perfección.

— Estaba cuidando de ustedes.

— Pero no era necesario que te desvelaras — dijo con ternura.

— Por ustedes pasaría en vela mi vida entera, las voy a cuidar por siempre. Son mi vida, mis mujercitas lindas, mi reina y mi princesa. Las amo.

— Y nosotras a ti. — Se dieron un dulce beso.

— Mi suegra sigue en el campo con su amiga, no quería preocuparla así que no le dije nada de lo que pasó ayer, pero hoy si la llamarás, ¿de acuerdo?

— Claro, la llamaré en la tarde.

— Mañana en la mañana debemos ir a la consulta para ver los valores de tu presión. Ya llamé a la oficina para avisar que no iré a trabajar hoy.

— No es necesario, amor, me siento bien.

— Eso no está en discusión — respondió firme.

— Bueno, solo si me traes un té de pomelo y tarta de manzana — dijo sabiendo que era inútil tratar de convencerlo.

— Iré a buscar la tarta a la panadería, no tardo. — Le dio un sonoro beso en los labios y otro a su panza — . Ya vengo.

Bruno salió de la casa para ir en busca de lo que su esposa y su hija querían desayunar, Magela encendió la televisión y comenzó a buscar algo para ver hasta que encontró un episodio repetido de *Hermanos a la obra*, pero no le importó ya que amaba ese programa; mientras lo veía tocaba su vientre — algo que se había vuelto habitual hacer — pensó en que debía escribirles a sus amigas aunque primero debía ir al baño.

Todo fue a la velocidad de la luz. Ella parada en el escalón más alto, un fuerte mareo, perdió el equilibrio y cayó por las escaleras...

Capítulo 13

Al llegar a la casa, las chicas prepararon la cena para los cuatro, ya que Nico se quedó con ellas. Cocinaron como siempre lo hacían, Tamy la pasta semolada y Oriana la salsa, en la casa las tres seguían el régimen alimenticio de Oriana casi al pie de la letra, no era nada descabellado y así también contribuían con la chica; la bulimia y la anorexia es de esas enfermedades que con cualquier paso en falso puedes recaer, Tamara al tomarse el papel de madre velaba por la salud y bienestar de su hija.

La cena transcurrió divertida entre anécdotas de infancia, picardías que habían hecho y Nico con sus chistes de esos que son tan malos que terminas riendo para no golpear a quien lo contó. Luego de recoger los platos y pelearse por quien los lavaba, el celular de Oriana sonó y se fue a hablar a su habitación.

— Ma — dijo Mía —, los abuelos vienen a buscarme ahora, ¿recuerdas?

— ¡Cierto, lo había olvidado! ¿Ya arreglaste tus cosas?

— Sí, tranquila, tengo todo listo. Igual solo necesito lo que debo llevar mañana a clases, allá tengo hasta cepillo de dientes.

— ¿Después de clases te vienes para acá?

— Claro. — En eso una bocina sonó —, ¡Son ellos! — Corrió a su habitación por la mochila —, adiós ma, adiós Nico, me despiden de Oriana, por favor —. Los besó en la mejilla y corrió hacia la puerta.

— Ay... tú hija es increíble. — Sonrió Nico —. Es igualita a ti.

— No, como crees, ella es pura luz.

— Y tú eres mi luz — le respondió haciendo énfasis en el «mí.»

— Y yo te amo, novio hermoso — dijo ella al tiempo que le daba cortos besos en la boca y mejillas.

— ¡Cuanta miel hay por aquí! — exclamó Oriana.

— No molestes — respondió su amiga fingiendo enojo.

— Ya mismo dejo de molestarlos, no te preocupes — soltó una carcajada —. Alexia viene a buscarme para ir al cine, vamos a ver una película en trasnoche y dormiré en su casa hoy... ¿Y Mía?

— Se fue a casa de mis papás, dormirá allá, te dejó saludos.

— Genial, gracias. Oye Tamy, ¿me ayudas a buscar mi blusa turquesa? no la encuentro.

— Sí, claro. Vuelvo enseguida — le dijo a su novio dándole un corto beso.

Le pareció extraña la petición de Oriana.

— ¿Esta es la blusa que no encontrabas? — preguntó Tamara tomando una prenda de ese color que estaba sobre la cama de Oriana. — Esta rio — . ¿Qué pasa?

— Tamy... Alexia me hizo esta invitación porque dice que tiene algo importante que contarme, pero yo ya sé de qué se trata — suspiró — . El otro día estaba en su casa sola, ella había ido a hacer las compras para hacer la cena, yo me quedé porque no me sentía bien — ya saben, asuntos femeninos — como el dolor no cesaba fui a la habitación a buscar un analgésico y en el cajón de su mesa de noche encontré una carta que le enviaron de la dirección de la facultad donde estudia. En ella ofrecen una pasantía durante lo que le resta de carrera, pero en una radio en la otra punta del país.

— Ay, mi vida. — Tamara le acarició el cabello.

— Tengo miedo, no quiero perderla ahora que estamos tan bien.

— Eso no quiere decir que la vas a perder, ni siquiera creo que se tengan que separar.

— Sí, pero es que...

— ¡Pero es que nada! espera a ver que te dice y lleguen a un acuerdo, ustedes se adoran y sé que ninguna hará algo que perjudique a la otra.

— ¿Y por qué no me ha dicho nada entonces? — cuestionó.

— Tal vez, ella también tenga el mismo miedo que tú.

— Chicas. — Nico tocó la puerta —. Alexia ya llegó.

— Ya voy — respondió Oriana —. Gracias por estar conmigo siempre.

— Te adoro, chiquita.

Dos horas habían pasado desde que Oriana y Alexia se marcharon, Tamara y Nicolás se quedaron viendo una película y ya estaba terminando.

— Yo creo que es muy triste que él haya muerto. — Tamy lloraba.

— Salvó a todos, es un héroe y los héroes nunca mueren.

— Tu frasecita hecha no me hace sentir mejor ¡Es injusto! elijo una película de ciencia ficción y termino en el mismo estado que cuando veo *Titanic*. — Se quejó.

— Esta es una de mis películas favoritas, si él no hubiera muerto el final no tendría sentido, ¿Por qué crees que se llama *Soy leyenda*?

— Bueno, no sé, sólo me parece injusto. — Se cruzó de brazos y frunció los labios como si fuera una niña, Nico no paraba de reír.

— Ay, amor — dijo calmando la risa —. Lo que a ti te pasa es que no te gusta mostrar tu lado sensible y buscas maneras para esconderlo evitando

cosas como películas románticas, pero aparecen este tipo de situaciones y ya no puedes fingir.

— ¡No me psicoanalices!

— No es un psicoanálisis, bobita — respondió pellizcando su nariz — . Es sólo lo que veo.

— Ya no me importa, voy a prepararme un baño en la tina. — Mientras hablaba movió su cuello y lo masajeó cerrando los ojos — . Con sales, aceites y fragancias frutales, muy relajante.

— Tamara... — Él respetaba sus tiempos ¡Pero era hombre, joder! un hombre enamorado y sintiéndose tentado a por primera vez asaltarla sin piedad.

— Sé lo que estás pensando, me basta ver tus gestos para adivinarlo — dijo ella levantando la ceja y mirándolo con picardía — , ven conmigo. — Le extendió su mano.

Lo guio hacia el baño en donde comenzó a quitarse la ropa frente a la mirada deseosa de su enamorado.

El resto es historia.

A la mañana siguiente parecían una pareja en plena luna de miel. Tanta pasión guardada, tantos impulsos retenidos se habían soltado al mismo tiempo sin temor alguno, para ambos era un viaje por otra galaxia ya que cada uno desde su propia historia se había cerrado las puertas del sentir, aunque la vida tenía algo más destinado para ellos.

Prepararon el desayuno entre risas y besos y aún en ropa interior, haciendo el amor en cada rincón, la idea era permanecer así hasta que se hiciera la hora de que las chicas llegaran, Tamara tenía el día libre en su trabajo y Nico llamó para pedirlo.

Se encontraban alimentándose uno al otro cuando el celular de Tamara sonó.

— No atiendas — le rogó su novio besándole el cuello.

— Puede... puede ser... importante. — Hablaba entre jadeos y reía.

El teléfono volvió a sonar y con mucha fuerza de voluntad, Tamy se apartó de Nico para ver quién era. Era Bruno. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

— *Hola...*

— *Tamara. — Lloraba desconsolado — . ¡Ay, Tamara!*

— *¿Qué pasó, Bruno?, ¿qué le pasó a Magela? — Era lógico que algo le había ocurrido a su amiga.*

— *Estamos... estamos en el hospital. Vengan... por favor.*

— *Ya vamos para allá — dijo terminando la llamada.*

— ¿Qué le pasó a Magela? — preguntó Nicolás preocupado.

— No sé, Nico, solo me dijo que están en el hospital. Vamos, voy a llamar a Oriana.

Cuando llegaron encontraron a Bruno desconsolado; Oriana y Alejandra ya estaban allí.

— ¿Cómo están Magela y la bebé? — preguntó Tamara. Bruno intentó hablar, pero no lo logró y volvió a llorar.

— Hoy en la mañana, Bruno salió a la panadería a comprar un pastel para Magela, cuando volvió la encontró desmayada al final de las escaleras y había mucha sangre — explicó Alejandra.

— ¡Ay, no, no puede ser! — exclamó Tamara cubriéndose la boca con las manos —. ¿Pero cómo está?

— Todavía no nos dan noticias.

— ¿Por qué tuve que dejarla sola?, ¿por qué no me quedé con ella? ¡Si algo le pasa a alguna de las dos será mi culpa! ¡Mi culpa! — gritaba Bruno fuera de sí y caminaba de un lado en la sala de espera.

— ¿Dónde la tienen? — le preguntó Tamy a Alejandra en voz baja.

— Estaban en emergencia, pero acaban de llevarla a cirugía y aún no nos han dicho nada. Justo antes de que llegaras hablé con la madre de Magela, le dije que su hija estaba internada para no preocuparla, ya bastante complicado será para la señora cuando llegue. Tampoco sabemos nada con certeza.

— Esto es demasiado triste, si algo le pasa a la bebé, Bruno y Magela van a volverse locos — añadió Oriana.

— Pues sí, ahora sólo resta esperar.

Tres horas y ningún médico salía a darles alguna novedad. El ambiente estaba pesado, la tristeza y la preocupación flotaban en el aire, podía palparse.

Bruno se culpaba una y otra vez, sus amigos trataban de tranquilizarlo aunque no lo lograban, la madre de Magela llegó y fue puesta al tanto de la situación, como era de esperarse cayó en la desesperación; a todos los alteraba el hecho de que ningún médico salía a decirles nada.

Otro par de horas corrieron en el reloj, Tamara estaba sentada en un banco un poco apartada del resto, Oriana se acercó a ella con un café.

— Gracias. — Lo recibió tratando de sonreírle —. ¿Cómo estás?

— No muy bien, toda esta situación es estresante y es en estos momentos que más me cuesta controlarme, ya sabes, con la comida.

— Comprendo, ¿cómo te fue con Alexia? — preguntó tratando de

cambiar de tema aunque fuera por un rato.

— Bien. Me contó de la pasantía, yo no le dije que lo sabía para evitar problemas, ella está muy entusiasmada porque es una gran oportunidad para su carrera, esa referencia en su currículum será la puerta a grandes oportunidades, pero me confesó que no aceptaría porque no quería dejar lo nuestro. Y bueno... yo la animé para que sí lo acepte, le dije que yo estoy segura de lo nuestro, serán solo unos meses, es por sus sueños y nuestro futuro.

— Estoy muy orgullosa de ti. Te has convertido en toda una mujer y es muy maduro de tu parte tu actuar.

— Es que pienso que tal vez en un futuro eso pueda ser un problema entre nosotras. La realización personal es importante, cumplir las metas, no quiero que más adelante le falte ese detalle en su carrera para obtener el trabajo que desea, y pues, sentirme culpable por permitir que renuncie a una gran oportunidad por no separarse de mí, es absurdo.

— Cuando Magela te escuche va a estar igual de orgullosa, estoy segura. — Le acarició el brazo.

— Dios quiera que todo salga bien con ella.

— Familiares de Magela Gutiérrez. — Escucharon decir a varios metros de ellas.

— Soy su esposo. — Bruno se acercó rápidamente al doctor junto con Nicolás, que en ningún momento se había separado de él, también Alejandra y Pilar se acercaron.

— Buenas noches, empezaré por lo bueno. Su señora sufrió fuertes contusiones, pero está fuera de peligro, las consecuencias fueron varias: tiene dos costillas fisuradas, varios golpes en su cuerpo, pero ningún sangrado interno, por fortuna tampoco sufrió lesiones a nivel de su nervio ciático; su pie derecho sufrió una fractura expuesta por lo que tuvimos que intervenirla, pero como les dije, su vida no corre riesgo a pesar de lo fuerte que fue el golpe.

— Gracias a Dios — expresó Bruno entre fuertes respiraciones y agradecimientos silenciosos — . ¿Y mi hija?, ¿qué hay con la bebé, doctor?

— Ese es otro tema — expresó tomando una respiración honda — . El sangrado que presentó la señora se debe a un desprendimiento fetal, como el embarazo ya estaba avanzado se le realizó una cesárea, ya que dentro del vientre materno no resistiría y también era peligroso para la madre. Las posibilidades de ser viable en un nacimiento tan prematuro son pocas, pero puede que la bebé sobreviva, la niña fue retirada y derivada a emergencia pediátrica para realizarle los procedimientos necesarios.

— ¿O sea que mi hija nació con vida? —A Bruno se le iba a salir el corazón del pecho.

— Así mismo, pero... lamento tener que decirle que a pesar de realizar todo lo que estaba al alcance de los médicos, la niña... la niña no resistió. — El corazón de todos allí se oprimió y se detuvo.

— ¿Cómo... cómo que... cómo que no resistió? eso... eso no puede... no. — Tomó al doctor por el cuello de su bata y lo arrinconó a una pared — , ¿dónde está mi hija?, ¿dónde? — El dolor, la rabia, la impotencia, la culpa... era un combo frustrante que se apoderaron de su ser cegándolo por completo.

— Bruno, suéltalo. — Nicolás logró romper el agarre y así separarlos — . Amigo, cálmate.

— ¿Qué me calme?, ¿qué me calme? mi hija está muerta, está muerta... y es mi culpa... mi culpa... — Se deslizó por la pared hasta terminar en el piso, cubrió su rostro con sus manos para llorar sintiendo todo ese dolor materializarse a través de sus lágrimas.

Capítulo 14

A veces la vida puede ser tan cruel.

Nos da algo, nos ilusiona, nos esperanza... y luego así sin más, nos lo arrebatata dejándonos la sensación de un enorme vacío donde hace eco el dolor y la desesperación.

Y es aún peor cuando lo hace de manera tal que nos es inevitable el sentimiento de culpa, pensando en que si no hubiéramos hecho esto o aquello tal vez hubiera sido distinto. Pero, ¿de qué sirve eso? la realidad es que nada nos asegura que las cosas pudieran haber sido diferente, de todas formas es inevitable sentirse culpable porque es parte del combo llamado depresión; y la depresión no es sólo tristeza, es la pérdida de la esperanza, es la sensación de que nada de lo que podamos hacer, decir o sentir, está bien.

Dos semanas habían pasado desde la tragedia y apenas el día después de su accidente le contaron a Magela de lo sucedido con su bebé, sumado a la triste noticia de que ya no podría tener hijos. Fue por demás difícil para ella saber que la historia se repetía y que quedaría otra vez con los brazos llenos de amor de madre y sin tener quien dárselo, Paloma era su nueva fuente de alegría, su alivio, su salida definitiva de esa oscuridad en la que se había visto sumergida por tanto tiempo; su hija era la confirmación de que la vida siempre podía traernos esperanza cuando ya no creemos en ella. Lo extraño era su actitud, Magela estaba demasiado tranquila.

Los médicos habían preparado una decena de medicamentos con la idea de calmar su crisis, lo sorprendente fue cuando la noche en la que supo lo ocurrido se durmió de tanto llorar de tristeza como era de esperarse, mas no entró en el mismo estado de nervios que cuando ocurrió lo de su primer hijo.

Esos quince días fueron bastante complicados para ella, no solo por la pérdida y esos inmensos dolores en su cuerpo y su alma por saber que no volvería a tener hijos, sino también por la lejanía de su marido. Él estaba sin estar, su mirada se perdía largo rato en la nada misma, fuera de la realidad o quizá demasiado sumergido en ella.

Sus amigas le decían que le diera tiempo para procesar todo, que estuviera tranquila, pero sentía que debía hablar con Bruno.

Ese miércoles le habían traído el almuerzo, Bruno trataba de alimentarla ya que ella no lograba hacerlo por sí misma a causa de los dolores que todavía sentía causados por los golpes de la caída.

— ¿Está bien así o prefieres que te lo enfríe un poco más? — Le preguntó su marido.

— Así está bien, gracias. — Tomó con suavidad las tres cucharadas de caldo que él le daba hasta que se decidió a hablar —, Bruno, tenemos que hablar de esto, es doloroso, pero debemos hacerlo — dijo con suavidad.

— ¿Hablar? no estoy listo. — Colocó la cuchara dentro del plato y se giró evadiendo la mirada de su mujer.

— Pero nos hará bien, amor. — Acarició su mano.

— No debí irme, no debí dejarte sola. — Comenzó a llorar de manera desgarrada como si le estuvieran sacando el corazón con una mano.

— Ven aquí — respondió ella con paciencia, apartó la tablilla de la comida e hizo que su marido se sentara a su lado y recostara la cabeza en su pecho —, a mí también me duele. — Acarició su cabello —, y también pienso que si en lugar de haberme levantado hubiera llamado a las chicas esto no hubiera pasado. — Sus lágrimas se escaparon —. Pero por favor, no caigamos en eso, no otra vez, ambos estamos sufriendo y solo nos tenemos el uno al otro para consolarnos.

— Pero es que...

— Pero es que nada, mírame — le ordenó tomando entre sus dedos la barbilla de Nico —. Fue un accidente y los accidentes son eso, accidentes, si hubieran culpables dejarían de serlo porque ya habría involucrada una intención y no fue así, ni de tu parte ni de la mía.

— ¿No estás enfadada conmigo por haberme ido? — preguntó como un niño a su mamá.

— No, mi amor, ¿cómo se te ocurre? ahora vendrán momentos muy duros para los dos, debemos mantenernos unidos y no dejarnos caer.

— No sé si pueda, no voy a poder. — Negó con la cabeza —. Fue mi culpa.

Bruno se puso de pie y salió de allí ofuscado, invadido por el inmenso dolor que todo eso le producía, dejándose guiar por ese sentimiento de culpa que lo enceguecía por completo y lleno de odio a sí mismo. Quería herirse, quería sentir su piel desgarrarse como le estaba sucediendo a cada parte de su interior, deseaba evocar las fuerzas más poderosas para que se lo llevaran junto a sus pequeños. Anhelaba morir.

Vagó durante horas por la calle hasta que más tarde fue a su casa, tomó los regalos y la ropa que tenían para su niña y lloró abrazado a todo aquello. Aún no tenía un lugar físico a donde ir a llorar a su chiquita, así que esa era su única manera por el momento.

Magela en la clínica se había quedado nerviosa y preocupada, les contaba a sus amigas lo ocurrido. La doctora Alejandra también estaba allí ya que también a ella la llamó, su madre estaba en la capilla rezando y así

también le daba a su hija el espacio que necesitaba para hablar con sus amigas.

— Me siento tan impotente — le decía a las tres mujeres que la escuchaban con atención — . Intenté hacerlo entrar en razón, pero fue inútil, se siente culpable, está todo el tiempo ajeno a la realidad y para ser sincera tengo miedo de que cometa una locura.

— No te atormentes — dijo Tamara — . En unos días te dan de alta, cuando estés en casa va a estar mejor.

— Pero todavía falta lo más difícil — añadió — , tenemos que... que enterrarla. — La última palabra la dijo en un hilo de voz, cerró con fuerza sus ojos y lágrimas brotaron de ellos.

— Magela... — Alejandra habló — , esto que voy a decirte es un tanto complicado y créeme que no lo hago con la intención de preocuparte, solo... — Suspiró — . Los roles se están invirtiendo ahora mismo, él está tomando tu lugar y tú el suyo, esa culpa que Bruno siente por dentro es la misma que tú sentiste cuando pasó lo de tu hijo y él trataba de hacerte entrar en razón, que entendieras que no fue tu culpa, pero ahora es al revés.

— ¿Qué me quieres decir? — preguntó aun sabiendo la respuesta.

— Que esta vez te tocará a ti ayudarlo a salir adelante para que no caiga como lo hiciste tú. Esta vez te toca ser la fuerte.

— ¿Cómo se supone que haga eso? estoy muriendo por dentro ¡Yo también perdí a mi hija!

— Lo sé, Magela — dijo la doctora acercándose a ella para tomarle sus manos entre las suyas — . Piensa en que si Bruno pudo hacerlo por ti, tú también podrás hacerlo por todo ese amor que le tienes. Ahora mismo tú eres la más fuerte de los dos.

— No sé de donde sacaré fuerzas para ambos si estoy a punto de volver a perderme yo también, ¿saben? — Sintió la necesidad de hacer una confesión — . Desde que me enteré del embarazo, mi plan era fingir que estaba mejorando mientras me dejaba consumir por dentro, mi hija era mi renacer y la perdí.

— ¡Ay, amiga! — exclamó Tamara acercándose a ella junto con Oriana para abrazarla.

— No será fácil, Magela, pero ustedes deberán aprender a ser solidarios el uno con el otro, a ser compañeros, a darse apoyo incondicional. Y lo más importante es que no lo dejes sólo porque él a ti jamás te abandonó, y no te lo digo como psicóloga, te lo digo como amiga.

Al llegar a la casa, Magela se encontraba mejor físicamente, sus lesiones sanaban con rapidez al igual que sus huesos, pero en su interior se

encontraba derrumbada no sólo porque acababa de enterrar por segunda vez todos sus sueños, todo su amor, toda esa capacidad para dejarse envolver por lo más bello de la vida; sino también por su marido.

Su caída precipitada a la depresión era imparable: no comía, no se duchaba, no hablaba... sólo lloraba y se echaba la culpa de lo sucedido. Nicolás como su amigo y psicólogo trató de hablarle, de hacerle entender que las cosas no eran así; fue en vano como todos los intentos de su esposa.

Todo se ponía cada vez peor y con el paso de las semanas en lugar de mejorar, empeoraba.

— Les juro que ya no sé qué hacer, chicas — les decía Magela a sus amigas una tarde sentadas bajo un árbol en una plaza — . He hecho todo lo que Alejandra y Nico me han recomendado, pero está hundido. La mayoría de las veces ni siquiera quiere tomar la medicación y tengo que obligarlo a que lo haga, me siento como su mamá al tener que verificar que en realidad la traga y no la esconde bajo la lengua como lo hacía yo.

— Mage, voy a decirte algo y espero no te lo tomes a mal — dijo Oriana — . Yo entiendo que lo quieres ver mejor, que deseas que recapacite y que entienda que nada fue su culpa, pero lo estás presionando demasiado. Poco más y lo arrastras para obligarlo y no creo que sea la manera, tú mejor que nadie sabes lo largo que puede ser este proceso y lo doloroso que es sumarle la culpa al dolor, deberías darle un poco más de tiempo y no estar tan encima suyo.

— No estoy de acuerdo — respondió Tamara — . Si ella no lo trata así, si no lo obliga a levantar cabeza, Bruno va a seguir encerrado en sí mismo, hundiéndose de tal manera que va a ser imposible sacarlo adelante después. Y es justo porque ella sabe lo difícil que es que debe evitar que sea peor.

— Mejor cambiemos de tema, por favor — les rogó Magela, necesitaba pensar en otra cosa aunque fuera por un rato — . Ori, ¿cómo vas con el viaje de Alexia?

— La verdad, bien. La extraño mucho aunque hablamos a diario y también día por medio tenemos video llamadas. Las dos somos conscientes de que esto es por nuestro futuro y yo la apoyo porque se trata de sus sueños, el tiempo pasa rápido y cuando menos nos demos cuenta va a estar de regreso y comenzaremos a planear la boda — dijo ruborizándose.

— Bueno, yo también debo contarles algo — dijo Tamara — . Nico quiere que vivamos juntos.

— Dime que aceptaste — la amenazó Oriana.

— Sí, solo quedamos en esperar a que Mía cumpla su mayoría de edad

para que ella decida si viene con nosotros o prefiere quedarse en el apartamento.

— Creo que todos sabemos muy bien que es lo que Mía va a preferir.

— Pues sí, ¿verdad? — Las tres rieron.

— Que bien — añadió Magela y las tomó de las manos — . Me alegra mucho que ustedes, mis amigas del alma, estén tan bien y tengan un futuro prometedor y lleno de cosas buenas.

— Tu futuro también será maravilloso y allí estaremos nosotras para verlo — agregó Tamara — . Las tres seremos muy felices.

Capítulo 15

Luego de la charla en el parque, Tamara y Oriana llegaban a su apartamento.

— ¡Vas a vivir con él, Tamy! eso es tan maravilloso.

— Lo sé, lo sé — respondió feliz. Se sentía demasiado bien, su corazón palpitaba con fuerza, su historia de amor le parecía un regalo casi absurdo, temía una mañana despertar y que fuera solo un sueño — . Aún no puedo creer que alguien se haya fijado en mí después de conocer mi lado más oscuro.

— Eso es porque tu lado luminoso es mucho más grande y potente. El amor es aceptar todo de la otra persona sin prejuicios, sin reclamos y sobre todo, es aliviar el alma atormentada de quien amamos para regalarle paz.

— ¡Eres una cursi! — dijo golpeando su brazo.

— Es culpa de Alexia. — Se encogió de hombros.

— Igual me gusta lo que dices. — Oriana negó sonriendo y Tamara rio —, cuanto silencio hay aquí — dijo de repente, colocó la llave en la cerradura y abrió la puerta, la mochila de Mía estaba en el suelo junto a otra, dos vasos con jugo por la mitad y varios cuadernos y útiles regados por la pequeña mesa del living. ¿La sorpresa? sobre el sofá, Mía y un chico se daban un acalorado beso —. ¡Mía Valentina Borges...! ¿Qué significa esto?

— Ma... — respondió la chica sobresaltada —, ¿qué... qué no ibas a... estar con tus... amigas? — preguntó nerviosa.

— Sí, pero ya volví y por lo visto te arruiné la fiesta.

— No es lo que parece, o sea sí es, pero no es.

¿Podría hablar con coherencia? Tamara lo dudaba.

— Me quedó clarísimo — respondió su madre con tono irónico.

— Yo mejor voy al mercado a comprar tomates, servilletas o... algo — dijo Oriana girando sobre sus talones y salió de allí.

— ¿Y bien? — Tamara alzó una ceja con cara de pocos amigos.

— Mamá, él es Rodrigo, Rodri, ella es Tamara, mi mamá. — Los presentó en un hilo de voz, ¿por qué estaba tan asustada? tal vez por el simple hecho de que la idea no era que se conocieran en esas circunstancias.

— Ajá, ¿y Rodrigo quién vendría siendo? — No quería ser tan dura, pero así sonaba, de todos modos debía marcar los límites.

— Es... bueno... él y yo... es mi...

« ¡Cálmate tonta! » Se dijo mentalmente.

— Soy el novio de su hija. — Habló por fin el muchacho, tenía acento

brasileño, no era muy alto, pero sí de cuerpo bien formado, ojos verdes y su piel morena — , mucho gusto, señora. — Extendió su mano y Tamara la aceptó, ésta lo veía esperando que continuara — . Le pido disculpas por la situación, no fue nuestra intención sorprenderla de esta manera para nada grata.

— Disculpa aceptada — dijo después de varios segundos — . No te lo tomes a mal, voy a pedirte que te retires para hablar con mi hija.

— Claro. — Tomó su mochila —. Sólo... permítame decirle algo, quiero mucho a Mía y no tengo intención de hacerle daño.

Tamara asintió, Rodrigo se despidió de su novia desde lejos y se marchó.

— Ma... de verdad lo siento, iba a contarte te lo juro, pero no encontraba el momento adecuado — dijo nerviosa.

— ¿Hace cuánto salen?, ¿dónde lo conociste?, ¿cuántos años tiene?, ¿qué hace con su vida?

— ¡Espera, mamá! — Pidió casi riendo por el interrogatorio — , a ver... lo conozco hace como tres años o más, estudiamos juntos, somos compañeros de clase, tiene dieciocho años y acaba de comenzar a trabajar con sus papás, tienen un restaurante en el centro de la ciudad. El próximo año comienza su carrera, va a ser chef — dijo orgullosa.

— Todo suena muy bonito, pero aún no me dices hace cuánto que es tu novio.

— Hace poco, más de un mes. Antes éramos amigos, pero hace un tiempo lo empecé a ver con otros ojos, es buen amigo, muy inteligente, con sus objetivos claros... su manera de ser comenzó a atraerme y de ahí a quedar loca por él fue cuestión de minutos. Una tarde después de acabar un trabajo de historia que hacíamos en su casa se lo dije aun corriendo el riesgo de perderlo, para mi sorpresa me respondió con un beso diciéndome que desde hacía mucho me quería. — Su madre escuchaba con atención — , no te enojas, porfa. — Hizo un leve puchero para convencerla

— No estoy enojada. — Se acercó a ella — . No quiero que hagas las cosas sin pensar.

— Tranquila, mamá, tengo mis prioridades muy bien marcadas. Sé en qué orden quiero las cosas en mi vida y Rodrigo también.

— Me gusta cómo se oye eso. — Acarició su mejilla — . No quiero detalles de tu vida privada, solo te diré que te cuides y si ese Rodrigo te hace sufrir o llorar lo dejo sin descendencia.

— ¡Ay, ma! — dijo riendo a carcajadas — . Te amo.

— Y yo a ti, mi niña. — Tamara la envolvió en un abrazo.

— ¿Crees que podamos organizar una comida para que los abuelos y Nico conozcan a Rodrigo?

— Me gusta mucho esa idea.

— Buenas, ya volví — anunció Oriana —, traigo limones.
— Mostró la bolsa con al menos dos kilos del cítrico.

— ¿Para qué tantos? — preguntó Tamara desorientada.

— ¡Ni idea! — Las tres rieron —, podríamos hacer un mouse de limón ¡O un pie! — ¿Me ayudas, Mía?

— Claro.

— Yo quiero ayudarlas — protestó Tamy siguiéndolas a la cocina.

— Bruno, mi amor, ¿qué haces? — Magela entró al que sería el dormitorio de la niña encontrando a su marido allí en un rincón, llorando en silencio. Se sentó a su lado para abrazarlo.

— ¿Sabes? ahora puedo entenderte, comprendo todo ese dolor que sentías creyendo que perdimos a Nacho por tu culpa, comprendo tus ganas de no querer seguir. Entiendo tan bien lo agobiante que es tener a todo el mundo a tu alrededor queriendo hacerte sentir mejor, intentando que el sentimiento de culpa se desvanezca, ahora sé lo que es que no te dejen vivir tu agonía en paz, que cada intento de sonreír duela porque sientes que no lo mereces, que no mereces ser feliz. Ahora vivo en carne propia lo que es estar muerto en vida. Perdón, mi amor, perdóname por no comprender tu dolor.

— Mi vida... ¿y qué dejas para mí? en estos momentos yo comprendo tu desesperación por hacerme entrar en razón, ese dolor por miedo a perder también a la persona que amas, la inmensidad de la angustia en tus días por lidiar con la ausencia de nuestro hijo y mi lejanía. En estos momentos comprendo lo injusta que fui las veces que creía que para ti era más fácil. Perdóname, mi vida, perdona porque fui débil y te ocasioné tanto dolor...
— Se abrazaron con fuerza, tanta como para unir los trozos de sus corazones y sus almas quebradas — . Permíteme intentar hacer contigo lo que hiciste por mí alguna vez, déjame ayudarte.

— Te amo tanto, Magela. — Acarició su rostro.

— Y yo a ti, Bruno, es por eso que lo haremos sencillo, mi amor, o los dos nos ponemos en pie y aprendemos a vivir de nuevo buscando la manera de salir adelante o... — Hizo una pausa — . O ambos nos dejamos llevar por la tristeza. Pero ten presente que de cualquiera de las dos maneras estaré junto a ti.

— Y yo junto a ti. — Unieron sus frentes luego de sellar ese pacto

con un casto beso.

— Yo también te extraño, Alexia — dijo Oriana frente a su laptop. Era cierto, extrañaba todo de ella: su presencia, sus charlas, sus besos... pero estaba orgullosa de ella. Estaba logrando uno de los primeros lugares en su clase y ya contaba con varias ofertas para cuando volviera, sin contar con que en cada lugar que hacía sus prácticas quedaban encantados con ella — . Ya falta poco para que estemos juntas otra vez.

— Lo sé, Ori, y eso me hace muy feliz ¡Estoy tan contenta con todo esto! estar aquí es un sueño; este lugar es inmenso, la gente tiene una mente tan distinta... los lugares son diferentes a los que hay por allá, es casi mágico ¡Me encantaría que estuvieras aquí conmigo!

— Y a mí me gustaría mucho estar ahí contigo o que estuvieras aquí, pero cada una está cumpliendo su meta profesional y eso nos ayudará para un mejor futuro juntas.

— Te lo dije mil veces y te lo repetiré mil más, gracias. Gracias por apoyarme en esto tan importante para mí, por estar de mi parte y sacrificar la dicha de estar juntas para que yo pueda cumplir esta meta.

— Tu felicidad es la mía. Además, ¿qué son unos meses separadas comparado con toda una vida juntas?

— Toda la vida juntas suena maravilloso. — Se sonrieron a través de esa pantalla que se había vuelto su confidente — . ¿Cómo van tus estudios y el trabajo?

— Todo bien. Estamos empezando a pensar en los exámenes que comienzan en un par de meses, Alejandra me dará licencia para que pueda prepararlos con tranquilidad, ya sabes lo largo y tediosos que son... y hay algo más.

— ¿Qué? no me asustes, Oriana, ¿qué pasa?

— No es nada malo, solo... inesperado. Hace tres días vino mi papá a buscarme.

—¿Y eso?, ¿qué quería? — Su voz dejó ver el miedo. Los padres de Oriana habían sido los causantes de la mayoría de los problemas que tuvo que enfrentar y el que ellos volvieran a su vida podía significar algo peor que acabar su relación, estaba el riesgo de que la chica sufriera una recaída. Porque eso era lo que más le preocupaba; el bienestar y salud mental de la muchacha.

— Tranquila, sólo quería hablar. Me pidió perdón por todo lo que me hizo sufrir, por sus rechazos, por su ausencia, por ser un mal padre... me pidió

una nueva oportunidad.

— ¿Y tú que le dijiste?

— Al principio le reproché cada cosa que me hizo, saqué lo que tenía dentro, todo ese dolor. Le hice saber el sufrimiento que sus acciones me provocaron y lo corrí, pero esa noche, Mía me dijo algo que me dejó pensando.

«Entiendo muy bien lo que estás pasando, el rechazo de un padre duele más que nada en el mundo porque va contra las leyes de la naturaleza. Se supone que ellos deberían protegernos del sufrimiento, no provocarlo; pero no siempre es así y no importan los motivos por los que fueron crueles, lo que importa es que acepten su error y tengan la humildad de admitir que se equivocaron. Y es ahí donde nosotros marcamos la diferencia y tenemos el poder de cambiarlo todo y somos capaces de perdonarlos, no por creernos superiores a ellos sino para sanar nuestro corazón y tomar esa nueva oportunidad que la vida nos regala. Una vez escuché que la única prueba fehaciente de que existe el infinito es el amor de los padres, pero créeme que el amor de los hijos también puede serlo. No lo rechaces, podrías arrepentirte después.»

Oriana recitó cada palabra como si en ese mismo instante las estuviera oyendo, y es que le quedaron grabadas a fuego en su memoria.

— ¡Qué lindo, Mía es demasiado sabia para su edad!

— Sí... por eso mismo al día siguiente lo busqué y decidí darle, darnos, una oportunidad. Claro que llevará tiempo, compromiso y dedicación de parte de ambos y yo estoy dispuesta a intentarlo. Me preguntó por ti, le conté por donde andas y también que a tu regreso nos casaremos.

— ¿Y...?

— Y... dijo *«soy feliz de verte feliz»* eso dijo.

— ¿Y tu madre? — Esa mujer sí la odiaba y por más que no le temía a su presencia, sí la atormentaba pensar en sus actos.

— Se fue. Mi padre y ella discutieron cuando él le dijo que me buscaría, lo presionó diciéndole que si me acogía con mis locuras incluidas, ella se marcharía.

— Bueno, creo que allí tienes la primera prueba de que tu papá de verdad quiere recomponer la situación contigo.

— Pues sí — dijo y bostezó.

— Ve a dormir, cariño. Mañana hablamos, descansa.

— Igual tú, te amo.

— Y yo a ti.

¿Cuál es el tiempo prudencial para armar una despedida sin que se note? algunos pueden creer que eso no existe, otros tal vez piensen que dejarlo todo en orden es suficiente y quizás haya quienes creen que también es necesario hacer notar a todos quienes nos rodean que en verdad los amamos para que cuando no estemos puedan recordar el cariño que les teníamos.

La mente del ser humano puede ser sorprendente ya que se puede llegar al punto de idear y planear algo de forma tan minuciosa como certera, pensando solo en su fin, en su destino, en su ya todo acabó.

Mía cumplió sus dieciocho y celebraron con una bella fiesta donde estaban familiares y amigos. Ya Rodrigo había sido presentado de manera formal ante todos y su relación se veía muy bonita, los papás de él le tenían un gran cariño a Mía y estaban felices con ese noviazgo. Acabaron la preparatoria con excelentes notas y cada uno de los muchachos emprendería su carrera para estudiar eso que les apasionaba.

Cuatro días después de la fiesta, otro gran acontecimiento, la mudanza de Tamara a la casa de Nicolás. Un nuevo momento de felicidad y dicha, muchos sueños por delante, muchas ilusiones compartidas. Esa noche, todos juntos y sentados en el suelo comieron pizzas compradas, en medio de las cajas llenas de libros de medicina y las bolsas con ropa, todos reían y celebraban. Tamy estaba radiante junto al amor de su vida, sus amigas, su hija y el novio de ésta... ¡Y hasta sus padres! la vida había sido benévola al final de cuentas y agradeció a Dios por tenerlos a todos allí.

— Magela, ¿cómo hacías para fingir que estabas mejorando cuando en realidad tu interior se derrumbaba? — preguntó Bruno esa noche mientras acariciaba su pelo después de compartir sus cuerpos. Ese era el único acto de amor que les quedaba intacto después de todo, a parte del cariño genuino de sus amigos.

— Me enfoqué tanto en qué era lo que merecía que lo terminé creyendo. Terminé por convencerme que ese era mi castigo por ser mala madre, mala mujer, mala persona... me castigaba de esa manera.

— ¿Y nunca te daba culpa por engañarnos así? — Ella volteó a mirarlo.

— Todo el tiempo, pero más culpa me daba sentir que yo no era digna de ti y de tu amor. Creía que lo mejor era que yo desapareciera y tú fueras feliz con alguien más.

— ¡Eso jamás! sólo tú puedes hacerme feliz. — Besó su frente —.

¿Cómo fue que no noté que fingías? perdóname.

— No, mi amor, no tengo nada que perdonarte. Esa era mi intención, que no lo notaras, supongo que lo hice bien.

— Ya falta menos para irnos.

— Sí... falta menos...

Poco tiempo pasó, Oriana salvó cada uno de sus exámenes con excelentes calificaciones y pasó al segundo de tres años que duraba esa carrera. La relación con su papá cada vez se solidificaba más, se estaban volviendo muy unidos y más al descubrir la cantidad de cosas que tenían en común — cómo el gusto por las películas de acción y ver los espectáculos de ballet — el sólo huía cuando a ella le daba el ataque repentino por escuchar a *Justin Bieber*. En realidad sólo Alexia soportaba esa faceta suya .

Demoraron dos meses en preparar la boda, sería en febrero para que la luna de miel no interviniera en el comienzo de las clases. Y así fue... una boda romántica y dulce, se veían bellas y la dicha les brotaba por los poros. La ceremonia fue emotiva y cuando el juez las declaró «*unidas en matrimonio*» el salón estalló en aplausos. Bailaron, rieron, se divirtieron y brindaron por el amor y la felicidad, pero... ¿qué es la felicidad?

¿Es aprender a sonreír con lo que tenemos y no llorar por eso que nos falta?, ¿es una elección?, ¿está en nuestro interior o está depositada en los seres que amamos?, ¿es el destino quien decide si somos felices?

Nadie lo sabe con certeza, pero hay algo que sí es cierto; no existe la felicidad absoluta, más bien son momentos que hay que disfrutar al máximo.

Antes de marcharse, Oriana apartó a sus amigas.

— No podía irme sin despedirme de ustedes. Sólo serán diez días, pero nunca nos separamos tanto tiempo. — Rieron — . Estoy muy sentimental hoy, las amo, amigas. Gracias por tanto, son las mejores.

— También te amamos — dijo Tamy iniciando un abrazo grupal.

— Ori... — Magela tomó sus manos y la miró fijo a los ojos — , se muy feliz, chiquita. Estoy muy orgullosa de ti, de ambas. — Soltó una de sus manos para tomar a Tamara — . Son el mejor regalo que me dio la vida, solo Dios sabe lo que las quiero, no lo olviden nunca.

— Eso suena a despedida — protestó Tamara.

— No seas tonta — respondió conteniendo las lágrimas — . Quería que lo supieran, eso es todo. Nada hubiera sido lo mismo sin ustedes.

— ¿Ya acabaste? — Le preguntó Bruno a su mujer.

— Sí, la carta para Oriana, otra para Tamara, para Mía, para Alejandra... y la de mi mamá. — Esta última la nombró con más dolor que

las demás — . Ella es la que más me preocupa.

— Aún tenemos un día más. — Se acercó a ella — . No tienes que hacerlo, Magela.

— Es lo que quiero, ¿recuerdas el trato? o salimos a flote juntos o nos marchamos los dos. Sí no lo hago ahora contigo, ya luego no podría y mi vida será un infierno. — Se abrazaron.

— ¿Qué quieres hacer ahora?

— Pasar el día con mi mamá, ¿vamos?

— Vamos.

A Pilar no le pareció rara la cariñosa actitud de su hija y su yerno. Fueron al puerto y almorzaron allí, después al museo y más tarde a tomar un helado. A la noche compraron empanadas y vieron los tres una película, Bruno se quedó dormido en el sofá.

— Magela, eres mi hija y te conozco demasiado, intuyo lo que planean.

— Mamá...

— No, escúchame. No voy a rogarte nada, no voy a hacerte una escena y tampoco me haré la víctima. Y no porque sea una insensible sino porque quiero que estés en paz, si eso incluye alejarte de mí no voy a oponerme.

— Yo te amo, mamá, eres mi mayor ídolo.

— ¿A dónde piensan irse?

«Al paraíso.» Pensó ella.

— Lejos, pero buscaré la manera de hacerte saber que estamos bien.

— Estoy segura que así será. Además yo creo en los milagros.

A la mañana siguiente, muy temprano, dejaron las cartas correspondientes, una sobre la mesa de noche de Pilar, una en casa de Oriana, dos en casa de Tamy y Nico y una en el apartamento de Mía.

Solo con sus documentos, sin nada más que lo puesto, caminaron tomados de la mano por toda la ciudad. Ese día no sentían hambre, ni sed, ni calor... la paz comenzaba a invadirlos de forma lenta y cada letra que sus amigos leían en esa tinta tatuada en hojas blancas era un paso más cerca de la tranquilidad de sus almas.

Al atardecer, se sentaron a la orilla del puente. Se dieron mil besos junto a cientos de «*te amos*» sin soltarse las manos, jamás.

El eterno adiós resonaría en el lugar.

Capítulo Final

— ¿Me lo juras, ma? — preguntó Mía. La muchacha temblaba nerviosa, ansiosa y feliz, su vestido marfil le quedaba de maravilla y más aún junto a ese tocado de ensueño y perfecto maquillaje. Era sábado y corría el mes de agosto, hacía frío y hasta estaba pronosticado que podía nevar; ese era su clima favorito y si eso ocurría sería el broche de oro para ese día tan especial. Le preguntaba a su madre por enésima vez si de verdad su atuendo le lucía bien.

— Ya te lo dije, mi amor, te ves hermosa — respondió Tamara — . Rodrigo se volverá a enamorar de ti cuando te vea.

— ¡Ay, ma! no comiences a llorar otra vez, por favor — le pidió abanicando sus ojos — . Me haces llorar a mí también.

— Es que no lo puedo creer, mi niña se está por casar. — Posó su mano derecha sobre la mejilla de la muchacha —. ¿Sabes? siempre agradezco al cielo el haber abierto los ojos a tiempo, sé que me perdí de mucho contigo, pero hay que mirar el medio vaso lleno y no el medio vaso vacío, así que una vez más te digo gracias, hija; por perdonarme, por permitirme ser parte de tu vida y poder acompañarte en los momentos más felices para ti. Gracias por no juzgarme, por jamás haberme echado en cara mi pasado contigo a pesar de que sé, te dolió. Te amo, mi amor.

— Yo también te amo, mamá. — Se abrazaron fuerte entre lágrimas de felicidad.

— Permiso... — Oyeron el sonido de la puerta —. ¿Podemos pasar?

— ¡Claro! — respondió Tamara.

— Es que, si no les molesta, tengo una novia que entregar en el altar y un novio esperándola casi al borde de un ataque de nervios.

— Ya vamos, pero antes... — dijo Mía acercándose a Nico — . Gracias por aceptar ser mi padrino de bodas.

— Gracias a ti por escogerme aun estando tu abuelo para serlo.

— Es sólo una manera de agradecer lo feliz que has hecho a mi mamá todos estos años y lo buen amigo que has sido para mí. Has sido un ángel en nuestras vidas, te quiero mucho.

— Y yo a ti. Vengan, mis mujeres hermosas. — Las juntó para abrazarlas a ambas.

— ¿Y yo qué? — preguntó Elías con el ceño fruncido.

— Creí que ya no te gustaba que anduviéramos abrazándote — respondió su padre.

— Pero este abrazo es diferente — comentó.
— Ven aquí, enano — le dijo su hermana.
— No me digas enano, peliteñida.
— ¿Peliteñida? y tú, rezongón.
— Y tú te crees la sabelotodo sólo porque eres maestra... pero igual te amo, hermana.
— Y yo a ti, mi angelito — dijo besándolo en la mejilla y uniéndolo al abrazo familiar.

— ¿Por qué demorarán tanto? — Rodrigo estaba impaciente esperando a su futura mujer.

— Tranquilo, ya deben estar por llegar, las novias siempre se hacen esperar — le decía su padre por milésima vez.

— Yo voy a preguntarles a las chicas si saben algo. — No tuvo que moverse demasiado para llegar a donde ellas estaban sentadas —, ¿saben algo de Mía? — Les soltó con nerviosismo.

— Recién llamé a Tamy, dice que acaban de salir de la casa — le informó Oriana —. Quédate tranquilo, ¿de verdad crees que esa muchacha puede arrepentirse? yo lo dudo, mejor ve a tu lugar y cálmate para que disfrutes de este día.

— Gracias, Ori — respondió el chico y ella le guiñó un ojo.

— Mejor voy a buscar a Bruno al patio. — Magela se puso de pie para salir. Al llegar, ahí estaba él, entreteniendo a los niños de los invitados con unos títeres que solo Dios sabe de dónde había sacado, ella lo observó enamorada como siempre; verlo así solo lograba que el amor que sentía por él creciera más y más. Bruno la vio de lejos y le hizo una seña para que se acercara —, la novia ya viene en camino — dijo —, hay que entrar a la capilla. — Todos los niños corrieron hacia allá.

— ¡Pero mamá, estábamos divirtiéndonos haciéndoles la actuación a los nenes! — protestó Luz.

— Hay que obedecer a mamá — le dijo Bruno —. Después seguimos jugando.

— Eso mismo, Luz. Mejor acompañemos a papá a dejar los títeres donde estaban. — Habló su hermana mayor.

— Vayan, aquí los espero. — Bruno le robó un beso casto a Magela y corrió con las chicas rumbo a un salón que había a un costado, reían como tres pequeños descubiertos en una travesura. En esos momentos agradecía a la vida por esos dos tesoros que le habían llegado de forma sorpresiva dándoles

una nueva oportunidad.

— ¿Estás listo, mi amor? — preguntó Magela nerviosa a su esposo.

— Sí, ¿y tú?, ¿estás segura de esto?

— Yo sólo quiero estar a tu lado para siempre. — Sus miradas se conectaron con profundidad. El mundo seguiría girando sin ellos, en poco tiempo solo serían un recuerdo entre algunos pocos, sabían que no era lo mejor, sentían que habían más alternativas, pero guiados y engeguados por el dolor era la única salida que veían.

— Señora, ¿tiene algo de dinero para comprar un pan?

— Escucharon de pronto tras ellos. Aún con las manos entrelazadas giraron con cuidado de no caer al agua, cosa que les resultó contradictoria.

— ¿Disculpa? — preguntó Magela confusa.

— Tenemos hambre. — Eran dos niñas hermosas aunque sucias y despeinadas, con la ropa rota y desgarrada, demasiado desabrigadas para el fresco de la noche pues aunque era verano las temperaturas descendían a cierta hora.

— ¿Y sus papás? — Bruno soltó a su mujer girando al cien por ciento su cuerpo y bajando del borde del puente.

— No tenemos papás, vivimos con una tía, pero no nos cuida. — El hombre miró a su mujer y ésta sonrió, bajó y se puso junto a él.

— ¿Cómo se llaman? — Le preguntó Magela a la niña mayor.

— Ella Luz y yo Milagros. — En ese instante un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar las palabras de su mamá «yo creo en los milagros.» Ella también estaba creyendo en ellos ya que en ese instante los tenía frente a sus ojos y su corazón le gritaba que así era, sus milagros llegaron a salvarlos.

— Eres nuestro milagro — dijo en un susurro —, la niña la observó sin entender —. Amor, ¿habrás traído algo de dinero?

— No sé... — Comenzó a hurgar en sus bolsillos y entre sus documentos se hallaba una de las tarjetas de crédito —. Es un milagro que esto esté aquí.

— No, el milagro aquí es otro — le aseguró ella.

Compraron comida y leche para las niñas, las observaban comer desesperadas, se notaba que hacía días no probaban bocado. Le preguntaron a Milagros qué edades tenían a lo que respondió: «Luz tiene dos años y yo ocho.» Se apartaron un poco de ellas.

— ¿Qué haremos, Bruno? no podemos dejarlas así.

— Lo sé... creo que ellas nos salvaron de cometer una locura, ahora nos toca a nosotros rescatarlas.

Llevaron a las niñas a un hospital y allí solicitaron asistencia social para la causa. Las pequeñas tenían marcas de golpes constantes y hasta marcas de quemaduras con cigarrillos, esa madrugada la pasaron junto a las niñas, al día siguiente volvieron a su casa donde todos estaban desesperados a causa de sus cartas de despedida; al verlos, entre llanto de alivio y algunos reclamos contaron todo lo sucedido, desde que planearon su partida hasta el encuentro con las niñas y toda la situación.

Una semana después, las chicas fueron entregadas al estado, Bruno y Magela se presentaron a pedir las en adopción, lo habían decidido apenas supieron que irían a parar a ese lugar. No les fue muy sencillo, no llegó a oídos de la jueza el último evento protagonizado por la pareja, pero si constaba en acta sus historiales de depresión. Con un buen abogado, los partes médicos de Alejandra y Nicolás, sumado un buen comportamiento de ambos y el inicio de los estudios de Magela consiguieron la custodia temporal de las niñas, después de tres años de idas y venidas pudieron firmar la adopción.

De todo aquello ya habían pasado casi siete años en los que los cuatro tuvieron que aprender a conocerse, descubrirse, aceptarse y acostumbrarse a que todo era distinto ahora, las niñas a que ya no pasarían hambre, a que cada acercamiento era para una caricia, a que ahora tenían papás, una abuela, tías y mucha gente que las amaba; y la pareja a superar ese miedo constante de que en cualquier momento podían perderlas.

Se encontraban viviendo como una familia amorosa, los cuatro junto a Pilar y Pepe — el caniche que le regalaron Nico y Tamara a Luz para su cumpleaños, convencidos por su hijo — estaban en medio de los preparativos para la fiesta de quince de Milagros y planeando un viaje para las vacaciones de verano por las buenas calificaciones de ambas. La vida no era oscura después de todo.

Iban al cementerio en ciertas fechas y nunca ocultaron a las niñas el hecho de que desde el cielo tenían a dos ángeles velando por ellas.

La ceremonia de Mía y Rodrigo fue muy bonita, la felicidad de los muchachos inundó el ambiente contagiando a todos los presentes. La fiesta duró la noche entera y quedaron todos rendidos de tanto bailar; los novios se marcharon casi al amanecer al hotel para en la tarde tomar el avión rumbo a su luna de miel.

El río seguía siendo su punto favorito de encuentro, el sitio donde hablaban, algunas veces de todo y otras tantas veces de nada. Pero ese día era diferente ya que sería la última vez que estarían juntas allí. Inundadas por la

nostalgia, pero sabiendo que era lo mejor para ella despedían a la más pequeña de las tres, quien tras mucho tiempo de analizarlo con su pareja, sus amigas y su papá, había decidido la propuesta de llevar adelante la administración de una cadena de hoteles en España y allí también podría especializarse en contabilidad para un futuro aún más prometedor.

— No sabemos cuándo volveremos a vernos, a abrazarnos, a sentirnos, pero seguiremos siendo las mismas amigas de siempre — les dijo Oriana — . Son mucho más que mis amigas; son mis hermanas, mis tías, mis madres, mis confidentes. Gracias por regalarme su amistad, por enseñarme a valorar lo pequeño de la vida, por demostrarme que la verdadera amistad sí existe. Gracias por rescatarme cuando era aquella adolescente perdida y hundida, sin ustedes no habría logrado salir adelante porque hoy sé que la mayor parte de mi problema era solo la falta de cariño, de atención y de amor.

— ¡Ay, Ori! — Tamy tomó su mano derecha — . Estoy sintiendo que mi otra hija está desplegando sus alas rumbo a su felicidad, deseo que todo salga como quieres y que tú y Alexia tengan un futuro maravilloso, que puedan armar su familia. En cuanto al resto... saben que las amo, que son parte fundamental en mi vida, también son mi todo. Gracias por mostrarme que la vida puede ser tan luminosa o tan oscura como uno mismo decida, porque ese es el mayor poder que tenemos, decidir hasta donde llegar, elegir quienes podemos ser y de qué forma vivir. Gracias por abrir a través de sus experiencias mis ojos ennegrecidos por el dolor. Gracias por enseñarme a ser cada día mejor.

— ¿Y yo que puedo decirles? — preguntó la última de ellas — , gracias por llenar mis días de esperanza, de sonrisas, de llantos, de cosas positivas y de aprendizajes. Ustedes me han enseñado a ser fuerte, ¿pero saben que es lo más importante aquí? — Negaron — , que a pesar de habernos refugiado la una en la otra y apoyarnos, hoy por hoy podemos seguir adelante por nosotras mismas y no porque ya no nos hagamos falta, aprendimos a creer en nosotras mismas, a querernos y valorarnos, esto empezó como un escape donde buscábamos librarnos del encierro obligado, de las presiones de las sesiones, del autoestima excesiva de Alejandra... terminó siendo la entrada a esta relación tan hermosa y que estoy segura de que en ninguna parte del mundo hay tres amigas que se amen tanto como nosotras, por algo somos *Las tres Marías*, ¿no? — Las tres rieron — . Esto es sólo un nuevo comienzo, Oriana, te irá sensacional, tienes todo para que así sea. Te amamos, chiquita.

— Y yo a ustedes. — Se abrazaron para luego ponerse de frente a ese río y absorber su paz como muchas otras veces.

Hay quienes dan pelea, quienes insisten y creen poder salir adelante. Otros son llevados a la fuerza para superar sus miedos, vencer los fantasmas del pasado y encontrarse consigo mismos. Y algunos, por más que estén rodeados de amor, apoyo y sostén, no lo logran, se dejan ir llevándose por el dolor y la amargura de los acontecimientos y no son capaces de luchar; a veces por falta de fuerza, otras veces porque es el camino más sencillo, en ocasiones por no querer arrastrar a otros a su desdicha.

La vida es como un río, la corriente es el destino que te lleva a algún lugar, una meta. En el río de la vida hay dos tipos de personas: las que flotan y las que nadan. Las personas que flotan por el río dejan que el destino las lleve a donde quiera, se cansan de remar contra la corriente y frustrados se dejan vencer; por el contrario, las personas que nadan saben hacia donde van y utilizan la corriente para poder llegar más rápido hacia la meta, no se la dejan tan fácil al destino.

Lo único cierto es que solo tú puedes tomar la decisión, trata de que sea la que te haga disfrutar del camino, del agua, del sol, de la orilla del río, de las personas que te encuentres en el camino nadando a tu lado, en fin, disfruta de lo que te vayas encontrando a tu paso porque la familia y los amigos siempre harán que el trayecto sea mucho más ligero.

«Sé cómo el río que fluye silencioso y no teme a las tinieblas de la noche,

si hay estrellas en el cielo, las refleja.

Y si los cielos se cubren de nubes como el río, las nubes son agua, refléjalas también sin amargura en las profundidades tranquilas.»

Manuel Bandeira

Fin

Agradecimientos

A Dios, por darme la vida y la capacidad de crear nuevos mundos en mi mente y poder plasmarlos.

A mi hijo por darme tanta luz.

A mi mamá — mi primera lectora — quien me impulsó a seguir y escucha por horas cada una de mis locas ideas.

A mi esposo por su paciencia.

A mis lectoras de Wattpad, sin ellas no sería lo mismo.

A mi querida amiga Carolina Vivas; la primera persona a quien le hablé de esta historia.

A mi bella Julieth Ferrebus por la maravillosa portada.

A ti, por estar aquí.

Redes Sociales

Puedes descubrir mis otras historias en las siguientes redes sociales:

·Wattpad: @Ammarillys

·Facebook: Karen Maiotto Vega
Karen M. Vega/Libros

·Instagram: @Ammarillys